MEMORIAS DE UN BURRO
CONDESA DE SEGUR



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Novela para niños

CONDESA DE SEGUR
(Sofia Rostopchin)



Memorias de un burro.

(Novela para niños)

Traducción de Matilde Ras

No me acuerdo de mi infancia; fui, probablemente, desgraciado como todos los borriquitos, bonito, gracioso, como lo somos todos; tuve, seguramente, ingenio vivo, puesto que, ya tan viejo como soy, tengo aún más que mis camaradas.

Me he burlado más de una vez de mis pobres amos, que como no eran más que hombres, no podían tener el talento de un burro.

Voy a empezar por contaros una de las jugarretas que les hice en el tiempo de mi infancia.



I

El mercado

*C*omo las personas no tienen obligación de saber todo lo que saben los burros, ignoráis, sin duda, los que leéis este libro, lo que es conocido de todos mis amigos los burros: que todos los martes hay en la villa de Laigle un mercado donde se venden hortalizas, mantequilla, huevos, quesos, frutas y otras excelentes cosas.

Ese martes es un día de suplicio para mis pobres colegas; lo era también para mí antes que me hubiese comprado mi buena anciana dueña, vuestra abuela, con la cual vivo ahora. Yo pertenecía a una granjera exigente y mala. Figuraos, mi querido señorito, que llevaba la malicia hasta recoger todos los huevos que le ponían sus gallinas, toda la mantequilla y todos lo quesos que le daban la leche de sus vacas, todas las legumbres y todas las frutas que maduraban en la semana, para llenar las cestas que cargaba sobre mi lomo.

Y cuando estaba tan cargado que ya no podía más, la mala mujer se sentaba encima de los cestos, y me obligaba a trotar así, abrumado, aplastado, hasta el mercado de Laigle, que distaba una legua de la granja.

Yo tenía una rabia que no osaba dejar traslucir, por miedo a la vara, con que me pegaban de firme. Cada vez que yo veía los preparativos de marcha, me ponía a suspirar, a gemir y a rebuznar, con la esperanza de enternecer a mis amos.

"Vamos gandul –me decían-, ¿quieres callarte? ¡Pues vaya una música! Julio, hijo mío, acerca el burro, para que tu madre le ponga la carga… Ahí va un cesto de huevos… ¡Otro! Los quesos, la mantequilla.. Ahora el cesto de las hortalizas… Marieta, hija, trae una silla, para que tu madre pueda montarse… ¡Muy bien! ¡Buen vieja!... Y ahora, arread al burro… ¡Pin, pan! Con otras poquitas caricias de esta clase, veréis cómo trota…"

Y venga pegarme. Yo corría, casi galopaba; pero la dueña no dejaba de pegarme. Tanta injusticia y tanta crueldad me indignaron, y quise tirar ama y carga al suelo. No pude, pero di unas buenas sacudidas, que la enlodaron, y me pegó con tal furia, que apenas pude llegar hasta la villa. Llegamos, por fin. Me quitaron de mi pobre lomo desollado la carga. Mi dueña, después de haberme atado a un poste, se fue a almorzar, y a mí, que me moría de hambre y de sed, no fue para ofrecerme ni una hierba ni una gota de agua.

Hallé medio de acercarme a las hortalizas durante su ausencia, y me refresqué la lengua, llenando mi estómago con un cesto de lechugas y de coles. En mi vida las había comido tan ricas, y estaba terminando la última col cuando llegó mi ama. Dio un grito al ver el cesto vació, y no os repetiré todas las injurias con que me abrumó; era muy grosera, y cuando se enfurecía decía cosas tan feas que, burro y todo, me hacían enrojecer. Después empezó a pegarme tan bárbaramente, que yo perdí la paciencia y le solté tres coces: la primera le rompió la nariz y dos dientes; la segunda, el puño, y la tercera le alcanzó el estómago y la tiró al suelo. Veinte personas se precipitaron sobre mí y me insultaron y me apalearon. Llevaron a la dueña no sé adónde y me dejaron atado al poste, cerca del cual estaban extendidas las mercancías que y o había llevado.

Allí permanecí mucho tiempo; viendo que nadie se acordaba de mí, me zampé todo lo de un segundo cesto, lleno de excelentes verduras; corté con los dientes la cuerda que me retenía y me volví tan campante a la granja.

Las personas que topaba en la carretera se sorprendían de verme solo.

-Lleva la cuerda rota- decía uno.

-Se habrá escapado- decía otro.

-No le cansará la carga- añadía un tercero.

-Atrápale- dijo una mujer a su marido-, y montamos al pequeño en la albarda.

Yo, queriendo dar buena opinión de mi buen carácter, me acerqué a la aldeana y me paré delante de ella, por si quería subirse en mi albarda.

-¡No tiene traza de malo!- dijo el hombre, ayudando a su mujer a montarse.

Yo sonreí oyendo esto. ¡Malo! ¡Como si un burro bien tratado fuese nunca malo! Si nos volvemos furiosos, desobedientes y testarudos, sólo es para vengarnos de las palizas que recibimos. Cuando nos tratan bien, somos buenos, mucho mejores que otros animales.

Llevé a su casa a la mujer y a su hijo, un bonito niño de dos años, que me acariciaba y que hubiera querido guardarme para él. Pero pensé que eso no estaba bien. Mis amos me habían comprado y yo les pertenecía. Ya estaba bastante vengado con mis coces. Viendo que la mamá iba a ceder al deseo de su niño, di un salto de lado, y antes que hubiera podido coger la brida, huí galopando y volví a mi casa-

Marieta, la hija de mi amo, fue la primera en verme.

-¡Ah! Ve ahí a Cadichón. ¡Qué pronto ha vuelto! Julio, ven a quitarle la albarda.

-¡Maldito burro! –dijo Julio con mal talante-. Siempre hay que ocuparse de él ¿Por qué vuelve solo? Apuesto a que se ha escapado. ¡Mala bestia, toma! –añadió, dándome un puntapié en las patas-. Si supiera que te habías escapado, te arrearía cien vegajazos.

Acababan de quitarme la albarda y rienda y huí a galope.

A poco oí gritos que llegaban de la granja. Saqué la cabeza por entre unos setos y vi que habían llevado a mi ama; Sus hijos eran los que chillaban. Oía que Julio decía a su padre:

-Padre, voy a coger el látigo del carretero; ataré el burro a un árbol y le pegaré hasta hacerle caer a palos.

-Ve, hijo, pero no lo mates, que perderíamos lo que nos ha costado. Lo venderé en la próxima feria.

Yo me eché a temblar viendo a Julio correr hacia la cuadra para buscar el látigo. No había que vacilar, y esta vez, sin más escrúpulos, corrí a los setos que me separaban del campo, salté por encima y corrí, corrí mucho tiempo, creyendo siempre que me perseguían. Por fin, no pude más, y me detuve y escuché… No oí nada. Entonces respiré y empecé a alegrarme de verme libre de tan malvados dueños.

Pero si me quedaba en el país me reconocerían, me atraparían y me devolverían a ellos. ¿Qué hacer? ¿Adónde ir?

Miré en trono mío; me hallaba aislado y desgraciado, e iba ya a llorar cuando noté que estaba a la entrada de un bosque magnífico; era la selva de Saint-Evroult.

“¡Qué dicha! –me dije-. Hallare ahí hierba tierna, agua, fresco musgo; me estaré varios días; después iré a otro bosque, más lejos, mucho más lejos de la granja de mis amos.”

Entré en el bosque; comí alegremente hierba tierna y bebí de una rica fuente. Empezaba a anochecer, y , tendiéndome en el musgo al pie de un abeto, me dormí en paz hasta el día siguiente.



II

La persecución

Al despertarme comí y bebí, pensando en mi felicidad.

"Ya estoy salvado –me dije-; dentro de dos días cuando esté bien descansado, iré más lejos aún."

De repente oí el ladrido de un perro y después otro; poco después distinguí los aullidos de toda una jauría.

Algo asustado, me levanté y me dirigí hacia un arroyo. Apenas entré en él, cuando oí la voz de Julio, hablando a los perros:

-Vamos, perros, buscad a ese maldito burro, mordedle y traédmelo, que yo pruebe mi vara en sus costillas.

Casi me caí del susto, pero pensé que, andando por el agua, los perros no darían con el rastro de mis pasos; me eché, pues, a correr por el arroyo, felizmente bordeado de espesos matorrales. Los ladridos se alejaban, así como la voz del malvado Julio, y acabé por no oír nada.

Seguí anhelante y agotado el curso del riachuelo, hasta que salí del bosque y me encontré en unos prados donde pacían más de cincuenta bueyes.

Me tendí al sol en la hierba; los bueyes no se fijaban en mí, de modo que pude hartarme y descansar a mis anchas.

Al oscurecer llegaron dos hombres al prado.

-Recojamos los bueyes –dijo uno-. Dicen que hay lobos en el bosque.

-¿Lobos? ¿Quién dice esa tontería?

-Las gentes de Laigle. Parece que se han llevado un burro y lo han devorado en el bosque.

-Por si acaso, será mejor que guardemos nuestros bueyes.

Yo no me movía de mi rincón; la hierba era tan alta, que me escondía del todo; se llevaron los bueyes hacia el lado opuesto, a la granja que habitaban sus dueños.

Yo no temía los lobos, porque el asno de que hablaban era yo mismo, y en toda la noche no vi ni rabo de lobo.

Me dormí de un tirón toda la noche, y acababa de desayunarme cuando volvieron los bueyes, guiados por dos perrazos.

En éstas, uno de los perros me ve, ladra amenazador y corre hacia mí; el otro hace lo propio. ¿Cómo escapar? Me lanzo sobre las empalizadas que limitan el prado; afortunadamente pude saltarlas y oí la voz de los hombres que llamaban a sus perros.

Continué mi camino y llegué a otra selva, cuyo nombre ignoro.

Debía de estar a más de diez leguas de mi granja; estaba, pues en salvo; nadie me conocía y podía mostrarme sin temor de ser devuelto a mis antiguos amos.

III

Los nuevos dueños

iví en paz en esta selva un mes. A veces me aburría un poco, pero prefería vivir solo a vivir desgraciado.

V

Era, pues, feliz a medias, cuando advertí que la hierba diminuía; las hojas caían, el agua se helaba, la tierra se ponía húmeda.

"¡Ay! –pensé-. ¿Qué hacer? Si me quedo aquí, perecerá de frío y de hambre. Pero ¿adónde ir?"

A fuerza de pensar, di con un medio de hallar abrigo. Salí de la selva y entré en un pueblecito próximo. Vi una casita aislada; una buena mujer hilaba, sentada ante la puerta. Me agradó su aire de bondad y de tristeza. Me acerqué a ella y apoyé mi cabeza sobre su hombro.

La buena mujer, asustada, dio un grito y se levantó de la silla. Yo, sin moverme, la miré con aire dulce y suplicante.

-¡Pobre animal! –dijo-; no tienes aire de malo. Si no tienes amo, yo estaré muy contenta de que reemplaces a mi pobre Grisón, que se ha muerto de viejo, y así podré seguir ganando mi vida vendiendo verduras en el mercado. Pero… sin duda tienes amo- añadió suspirando.

-¿Con quién habla, abuela?- dijo una dulce voz desde dentro de la casa.

-Con un borriquito que me mira con un aire tan cariñoso, que no tengo alma para echarlo.

-A ver…- dijo la vocecita.

Y al punto vi en la puerta a un hermoso niño de seis a siete años. Iba vestido pobremente, pero muy limpio.

Me miró con curiosidad.

-¿Puedo acariciarlo, abuela?

-Sí, pero con cuidado, no te vaya a morder.

El niño se me acercó y yo no me moví, para no asustarlo; al fin, volví la cabeza hacia él y le lamí la mano.

JORGE –Abuela, ¡qué bueno es este burro! Me ha lamido la mano.

ABUELA.- Es raro que esté solo. Mira, Jorge, vete al pueblo y a la posada; allí preguntarás de quién es este asnillo. Quizá su amo lo anda buscando.

JORGE.- ¿Llevo el burro?

ABUELA.- No te seguirá. Dejemos que haga lo que quiera.

Jorge se fue corriendo y yo troté detrás.

Entonces me dijo:

-Ya que me sigues, me dejarás montarme…

Y saltando sobre mi lomo, gritó:

-¡Arre! ¡Arre!

Yo arranqué con un trotecillo, lo que encantó a Jorge.

-¡Soo! ¡Soo!- gritó al llegar a la posada.

Me paré al punto y el niño saltó; me quedé a la puerta, tan quieto como si estuviese atado.

-¿Qué quieres, chico?- preguntó el amo.

-Vengo a saber, señor Duval, si ese burro es suyo o de algún parroquiano.

El señor Duval me miró atentamente.

-No- contesto-; no es mío ni de nadie que yo conozca.

Jorge se volvió a montar en mí; eché a andar y él a preguntar de puerta en puerta de quién era yo.

Nadie me reconoció y volvimos a casa de su abuela, que seguía hilando a la puerta.

JORGE.-Abuela, el burro no es de nadie. ¿Qué haremos? No quiere dejarme…

ABUELA.-Pues entonces, Jorge, no lo vamos a dejar afuera. Llévalo a la cuadra del pobre Grisón, ponle heno y un cubo de agua. Mañana lo llevaremos al mercado; quizá esté allí su amo.

JORGE.- ¿Y si no aparece el amo, abuela?

ABUELA.-Pues lo guardaremos hasta que lo reclamen. No vamos a dejarlo perecer de frío o caer en manos de algún bribón que le pegue y lo maltrate.

Jorge medió de comer y de beber, me acarició y le oí decir al cerrar la puerta:

-¡Ojalá no tenga amo y se quede con nosotros!

Al día siguiente la abuela me puso una albarda ligera y una correa al cuello; Jorge le llevó un cesto de verduras que se colocó en el regazo después de montar y nos fuimos al mercado de Mamers.

La buena mujer vendió bien sus legumbres; nadie me reconoció y yo volví con mis nuevos amos.

Viví con ellos cuatro años. Fui feliz; no hacía mal a nadie; los servía bien; quería mucho a mi amito, que no me pegaba nunca; no me cansaba demasiado; me alimentaban con abundancia. Por lo demás, no soy glotón. En verano, las mondaduras de las legumbres, la hierba que no querían los caballos ni las vacas; en invierno, heno, peladuras de patatas, nabos, zanahorias: esto nos basta a nosotros los burros.

Sin embargo, había días perores, y eran aquellos en que mi ama me alquilaba a los niños de la vecindad. No era rica, y los días que no tenía trabajo procuraba ganar algo alquilándome a los niños del castillo vecino, que no siempre eran buenos.

He aquí lo que me ocurrió un día durante uno de estos paseos.

IV

El puente

H abía seis burros alineados en el patio; yo era uno de los más hermosos. Tres niñas nos trajeron avena; mientras comía escuchaba lo que decía los niños.

CARLOS.- Vamos a escoger nuestros burros. Yo, por de pronto, elijo éste. (Y me señalaba a mí.)

-¡Sí, tú siempre te has de llevar lo mejor! –dijeron a coro los otros-. Hay que sortearlos.

CARLOS.- ¿Cómo vamos a sortearlos?

ANTONIO.- Se los numera uno, dos tres, cuatro, cinco y seis, se ponen los números en un saco y se saca a la suerte.

-¡Eso!- dijeron los otros cinco-. Ernesto, haz los números mientras nosotros los escribimos sobre el lomo de cada burro.

"Estos chicos son tontos –pensaba yo-. Si tuvieran el talento de un burro, en vez de escribirnos los números, con ponerlos alineados junto a la pared y contarnos, ya estaba."

Entre tanto. Antonio había traído un carbón y me escribía un enorme 1 en la grupa; mientras otro escribía el 2 sobre mi camarada, yo me sacudo fuerte y he aquí que desaparece el 1 trazado con carbón.

Va mi camarada, que me había visto sacudirme y que era muy malicioso, y se sacude también.

Antonio empieza a enfadarse; los otros se ríen y se burlan de él. Yo hago una señal a los camaradas y nos dejamos numerar. Ernesto vuelve con los numeritos en un pañuelo, y, mientras los sacan, vuelvo a hacer otra seña a mis camarada y todos nos sacudimos a más y mejor. Los números se borran. Los chicos se enfadan y se insultan; mis camaradas y yo rebuznamos.

El alboroto atrae a los papás y a las mamás. Se les explica lo que hay. Por fin uno de los papás discurre alinearnos junto a la pared. Se sacan los números.

-¡Uno! Grita Ernesto. (Era yo.)

-¡Dos!

-¡Tres!

Y así hasta el último.

-Ahora, arranquemos –dice Carlos-. Yo, el primero.

-¡Oh, ya sabré yo alcanzarte! -contesta vivamente Ernesto.

-¡A que no!- dice Carlos.

-¡A que sí!- replica Ernesto

Carlos pega a su burro, que sale al galope.

Yo arranco también, tan ligero, que pronto alcanzo a Carlos y a su asno.

Ernesto está encantado; Carlos, furioso.

Yo corría como el viento; pronto dejo atrás a Carlos y oigo a los otros que se ríen y gritan:

-¡Bravo por el burro número uno! ¡Bravo!... corre como un caballo.

El amor propio me da valor; sigo galopando hasta que llegamos a un puente. Me detengo de pronto; acababa de ver que un ancho tablón del puente estaba podrido; yo no

quería caer al agua con Ernesto, sino volver con los otros, que se habían quedado muy atrás.

-¡Al puente, borriquito mío, al puente!- me dijo Ernesto.

Yo resisto y me arrea un varazo.

Sigo marchando hacia los otros.

-¡Terco! ¡Mala bestia! ¿Quieres volverte y pasar ya el puente?

Y yo siempre andando hacia los camaradas; me reúno a ellos, a pesar de las injurias y de los palos de aquel perverso chico.

-¿Por qué le pegas al burro, Ernesto? –dice Carolina-. Es muy bueno; él te ha hecho pasar a Carlos.

-Le pego porque se obstina en no pasar el puente –dice Ernesto-; se empeña en volver sobre sus pasos.

-Será porque estaba solo; ahora que estamos todos reunidos, pasará el puente como los demás.

"¡Desgraciados! –pensaba yo-. Todos van a caer al río. Voy a ver cómo les demuestro que hay peligro."

Vuelvo al galope hacia el puente, con satisfacción de Ernesto y algazara de los niños.

Galopo hasta el puente; allí me detengo de pronto como si tuviese miedo.

Ernesto, asombrado, me incita a seguir; yo retrocedo con un aire de espanto que sorprende más aún a Ernesto. El imbécil no veía nada y, sin embargo, el tablón podrido era harto visible.

Los otros miraban los esfuerzos de Ernesto por hacerme cruzar el puente y los míos para no cruzarlo. Acaban por apearse y me empujan y me pegan; yo no me muevo.

-¡Tírale del rabo! –exclama Carlos- Los burros son tan tercos, que si se les quiere hacer retroceder, adelantan.

Y he aquí que quieren agarrarme por la cola; todos me pegan, y yo, parado.

-Espera- dice Carlos-; voy yo a pasar primero y tu burro me seguirá de fijo.

Quiere avanzar, yo me planto de través ante el puente, y me hace retroceder a palos.

"¡Bueno! –me digo-, si este malvado quiere ahogarse, que se ahogue; yo ya he hecho lo que podía por salvarle; que beba unos tragos, ya que tanto lo desea…"

Apenas su burro pone la pata en el tablón podrido, éste se rompe, y he aquí Carlos y su borrico al agua. Por mi camarada no había cuidado, porque sabía nadar como todos los asnos. Pero Carlos se agitaba y chillaba sin poder salir.

-¡Una vara, una vara! –decía.

Los niños gritaban y corrían por todas partes. Por fin, Carolina ve una larga rama, la recoge y se la tiende a Carlos, que la agarra. Su peso arrastra a Carolina, que pide socorro.

Ernesto, Antonio y Alberto corren y con mil trabajos logran sacar al desdichado Carlos, que había bebido más de lo que tenía sed y que estaba hecho una sopa.

Cuando lo ven en salvo, los chicos empiezan a reírse de su lamentable traza. Carlos se enoja; los niños montan en sus burros y le aconsejan, riéndose, que entre en casa para mudarse de ropas.

Sube todo mojado en su burro. Yo me reía de su ridícula facha. La corriente se había llevado su sobrero y sus zapatos, el agua le corría hasta el suelo, y su aire furioso acababa de ponerle risible.

Debo añadir que el burro de Carlos era aborrecido de todos nosotros, porque era reñidor, glotón y muy bestia, lo que es raro entre los borriquitos.

Por fin, Carlos desapareció y los niños se calmaron. Me acariciaron y admiraron mi talento; después regresamos todos, yo a la cabeza de la banda.



V

El cementerio

bamos al paso y nos acercábamos al cementerio del pueblo, que está a una legua del castillo.

I

-Si tomásemos otro camino… -dijo Carolina.

CECILIA.- Por qué?

CAROLINA. –No me gustan los cementerios.

CECILIA.- (Con aire burlón.) ¿Crees que te vas a quedar allí dentro?

CAROLINA.-No, pero pienso en los pobre muertos y me da pena.

Los niños se burlaron de Carolina y pasaron adrede junto a los muro.

De pronto, Carolina detiene su burro y corre a la verja, la traspasa vivamente, entra en el cementerio, mira en torno suyo y corre hacia una tumba recién removida.

Ernesto la había seguido con inquietud y la alcanzó en el momento en que Carolina levantaba a un niño como de tres años, a quien había oído llorar.

CAROLINA.- ¿Qué tienes, pequeño, y por qué lloras?

El niño sollozaba sin poder contestar; era muy bonito e iba muy mísero.

CAROLINA.- ¿Cómo es que estás solito aquí?

EL NIÑO.- (sollozando.) Me han dejado. Tengo hambre.

CAROLINA.- ¿Y quién te ha dejado aquí?

EL NIÑO.- Los hombres negros… Hambre.

CAROLINA.- Ernesto, ve a buscar provisiones; hay que dar de comer a este pobrecito; ya nos explicará después por qué está aquí.

Ernesto corrió al cesto de las provisiones, mientras Carolina procuraba consolar al chiquitín.

Ernesto reapareció con toda la banda, atraída por la curiosidad.

Le dieron al niño un trozo de pollo frío y sopa en vino. A medida que comía, sus lágrimas se secaban y ponía carita risueña.

Carolina le preguntó cómo es que estaba tendido sobre aquella tumba.

EL NIÑO.- Han metido a abuela aquí. Quiero esperarla…

CAROLINA.- ¿Y tu papá?

EL NIÑO.- Yo no sé.

CAROLINA.- ¿Y tu mamá?

EL NIÑO.- Yo no sé. Los hombres negros se la llevaron, como a la abuela.

CAROLINA.- Pero… ¿quién te cuida?

EL NIÑO.- El ama.

CAROLINA.- ¿Y dónde está tu ama?

EL NIÑO.- Por ahí…

CAROLINA.- ¿Y qué hace?

EL NIÑO.- Come hierba.

CAROLINA.- ¿Hierba?

Todos los niños se miraron con sorpresa.

CECILIA.- Estará loca…

ANTONIO.- No sabe lo que se dice. Es muy pequeño.

ERNESTO.- Vamos a decirle que nos lleve a su casa; allí veremos a su ama y nos explicará.

CAROLINA.- ¿Sabes ir a tu casa?

EL NIÑO.- Sí, pero solito no voy; tengo miedo de los hombres negros.

CAROLINA.- Vamos contigo; enseña por dónde se va.

Carolina se montó en su burro, llevando al pequeño en brazos, que señaló el camino, y cinco minutos después llegamos a la cabaña de la tía Thibaut, que se había muerto la víspera y a quien habían enterrado por la mañana.

El niño corrió a la casa y llamó:

-¡Ama, ama!

Al punto apareció una cabra, corrió hacia el niño y demostró su alegría al verlo con mil saltos y caricias.

El niño la besaba y decía:

-Mamar

La cabra se tumbó en el suelo; el chiquito se echó junto a ella y se puso a mamar tan campante.

ERNESTO.- ¡Anda, quién es el ama!

ANTONIO.- Pues ya no tenemos nada que hacer. Ahí te quedas con tu cabra.

Los niños se indignaron.

CAROLINA.- Estaría muy mal abandonar a este niño, que se moriría sin cuidados de nadie.

ANTONIO.- ¡Qué! ¿Te lo vas a llevar a tu casa?

CAROLINA.- Ciertamente. Mamá verá si tiene alguien y entre tanto lo guardará en casa.

ANTONIO.- ¿Y nuestra excursión? ¿Vamos a volver todos a casa?

CAROLINA.- No. Ernesto hará el favor de acompañarme y vosotros podéis seguir vuestro paseo; sois cuatro y os podéis pasar sin Ernesto y sin mí.

ANTONIO.- Tiene razón; montemos en nuestros burros, y a divertirnos.

Y se fueron, dejando a la buena Carolina con su primo Ernesto, a quien llevaba yo.

Comprendí, con mi inteligencia acostumbrada, que convenía llegar cuanto antes al castillo. Me puse a galopar y mi compañero me siguió; llegamos en media hora.

Carolina contó lo que nos había ocurrido con el niño. Su mamá no sabía qué hacer, cuando la mujer del guardián se ofreció a criarlo con su hijo, que era de la misma edad. La señora aceptó el ofrecimiento.

Hizo preguntar en el pueblo quién era aquella criatura y qué era de sus padres. Se supo que el padre había muerto hacía un año y la madre hacía seis meses; que el niño se había quedado con su vieja abuela, mala y avara, que había muerto el día anterior.

Nadie pensó en el niño, que había seguido al ataúd hasta el campo santo. Por lo demás, su abuela poseía bienes y el niño no era pobre.

Fueron a buscar a la cabra que criaba al niño, y éste con el tiempo fue una buena persona.

Le conozco; se llama Juan Thibaut; no hace nunca daño a los animales, lo que demuestra su buen corazón y me quiere mucho, lo que indica su talento.

VI

El escondite

Y o era feliz, pero mi dicha había de terminar pronto.

El padre de Jorge era soldado; volvió a su pueblo, trajo algún dinero, que le había dejado al morir su capitán, y la cruz, que le había dado su general.

Compró una casa en Mamers, se llevó a su niño y a su anciana madre, y me vendió a un vecino que tenía una pequeña granja.

Yo estuve muy triste al dejar a mi buena dueña y a mi buen amito Jorge; los dos habían sido buenos para mí y yo había cumplido bien mis deberes.

Mi nuevo dueño no era malo, pero tenía la tonta manía de querer hacer trabajar a todo el mundo, a mí como a los demás.

Me engancharon a un carrito y me hacían transportar tierra, estiércol, manzanas, leña. Yo empezaba a volverme perezoso; no me gustaba estar enganchado y, sobre todo, no me gustaban los días de mercado.

No me cargaban demasiado y no me pegaban, pero ese día tenía que permanecer sin comer desde la mañana hasta las tres o las cuatro de la tarde. Cuando el calor apretaba, yo me moría de sed y había que esperar a que todo estuviese vendido y cobrado, que se hubiera despedido de los amigos y que se hubieran echado unos tragos.

No era yo muy bueno entonces; quería que me tratasen con cariño, sin lo cual trataba de vengarme.

He aquí lo que discurrí un día: el de mercado se madrugaba más que de costumbre; se cogían legumbres, se hacía mantequilla, se recogían los huevos. Me acostaba fuera durante el verano, en un gran prado. Veía y oía los preparativos y sabía que a las diez de la mañana tenían que venir a buscarme para engancharme al carrito, lleno de todo lo que querían vender. Había observado en el prado un gran barranco lleno de matorrales y de espinas; pensé que podía esconderme de modo que no me hallasen en el momento de la marcha.

El día de mercado, cuando empezaban las idas y venidas de los de la granja, yo me metí callandito en el barranco y me escondí tan bien, que era imposible dar conmigo.

Hacía ya una hora que estaba allí, achantado bajo los matorrales, cuando oí al chico que me llamaba, corriendo por todos lados. Sabía sin duda por el amo que yo había desaparecido, porque después oí la voz del propio, llamando a su mujer y a los criados para que me buscasen.

- Vamos, corred, muchachos; no puede estar muy lejos; id de prisa y traedlo, que el tiempo pasa y vamos a llegar tarde.

Todos echan a correr por campos y bosques, llamándome. Yo me reía achantado en mi escondite.

Las pobres gentes volvieron sudorosas y cansadas; el dueño, cerca de mí, soltaba juramentos y decía que sin duda me habían robado y que yo había sido un estúpido en dejarme llevar; hizo enganchar al carrito uno de sus caballos y se fue renegando.

Cuando me vi solo, saqué la cabeza con precaución y después salí del todo. Corrí al otro lado del prado, para que no pudieran adivinar de dónde salía, y me puse a rebuznar con todas mis fuerzas.

Al ruido, acudieron los criados de la granja.

- ¡Toma! Ya ha vuelto… - exclamó el pastor.

-¿De dónde viene? – dijo la dueña.

En mi gozo de haberme librado del mercado, corrí hacia ellos. Me recibieron muy bien, me acariciaron, me dijeron que era muy listo por haberme salvado de los ladrones, y tanto me alabaron, que yo sentí remordimiento, pues comprendía que más merecía palos que caricias.

Me dejaron pacer tranquilamente. Cuando el amo volvió y supo de mi regreso se puso muy contento, pero también muy sorprendido. Al otro día dio la vuelta al prado y tapó con cuidado todas las brechas de la empalizada que lo rodeaba.

-Será bien listo si se escapa otra vea –dijo-. He tapado con espinas hasta las más pequeñas aberturas; no puede pasar ni un gato.

La semana pasó tranquilamente y ya ni pensaban en mi aventura.

Pero al llegar el día del mercado, volví a mis mañas y me escondí en aquel barranco que me evitaba tanto cansancio y tanto aburrimiento.

Me buscaron como la otra vez, se asombraron aún más y creyeron que un hábil ladrón me había llevado, haciéndome saltar la empalizada.

El amo se fue suspirando, otra vez con el caballo enganchado a mi carrito.

Como la semana anterior, salí de mi escondrijo cuando me vi solo; pero juzgué más prudente no anunciarme con mis rebuznos.

Cuando me hallaron paciendo tranquilamente en el prado, y cuando el amo supo que yo había vuelto poco después de su marcha, noté que sospechaban de mí; me miraron con aire receloso y noté que me vigilaban más que antes.

Pero me burlaba de ellos pensando:

“Muy listos tenéis que ser, amiguitos, si descubrís mi jugarreta; soy más fino que vosotros y os volveré a engañar siempre.”

Me escondí, pues, por tercera vez. Mas apenas me había ocultado en mi barranco, cuando oí el fuerte ladrido de un perro de presa y la voz de mi amo que decía:

-¡Búscale, Alerta! Baja al barranco y muérdele… ¡Anda, Alerta!

Alerta, en efecto se lanzó a mi agujero y me mordía las patas y la tripa; me habría devorado si no me decido a saltar fuera del barranco; iba a huir sobre la empalizada, cuando el granjero, que me esperaba, me echó un lazo corredizo y me detuvo en seco. Se había armado de látigo y me lo hizo sentir rudamente; el perro me mordía mientras mi amo me pegaba; yo me arrepentía amargamente de mi pereza.

Por fin, el granjero echó a Alerta, dejó de pegarme y me llevó, hecho una lástima, a engancharme al carrito.

Supe después que uno de los chicos del amo se había quedado espiándome en el prado; me vió salir del escondite y se lo dijo a su padre. ¡El traidorzuelo!

Desde entonces fueron más severos para mí; quisieron encerrarme, pero yo hallé medio de abrir todas las barreras con los dientes; si era un pestillo, lo levantaba; si era un botón, lo giraba; si era un cerrojo, descorría.

Yo entraba y salía por todas partes. El granjero juraba, renegaba y me pegaba; se volvió malo para mí y yo cada vez peor para él. Me sentía desgraciado por culpa mía; comparaba mi miserable vida con la que llevaba otras veces con estos mismos amos; pero, en vez de corregirme, me volvía cada vez más terco y malicioso.

Un día, en el huerto, me comí todas las lechugas; otro tiré por el suelo a su hijo pequeño, que me había acusado; otra vez me pimplé un cubo lleno de leche, que tenían para hacer mantequilla. Aplastaba sus pollitos y sus pavipollo, mordía a sus cochinos; en fin, tan malo me volví, que la dueña pidió a su marido que me vendiese en la feria, que iba a celebrarse a los quince días.

Me había puesto tan flacucho a fuerza de palos y de mala alimentación, que, para venderme mejor, prohibieron a los criados que me pegasen, no me hicieron trabajar y me dieron bien de comer; fui muy feliz durante esos quince días.

Mi amo me llevó a la feria y me vendió en cien francos. Al dejarle, de buena gana le hubiera arreado un buen mordisco, pero temí dar mala opinión de mí a mis nuevos dueños, y me contenté con volverle el rabo con un gesto de desprecio.



VII

El medallón

*F*ui comprado por un señor y una señora que tenían una hija de doce años siempre enferma y que se aburría.

Vivía en el campo, muy solita, porque no tenía amigas de su edad. Su padre son se ocupaba de ella; su mamá sí la quería, pero no podía sufrir ver que ella quisiese a nadie, ni siquiera a los animales. Sin embargo como el médico le había ordenado distracción, pensó que algunas excursiones en burro la divertirían.

Mi amita se llamaba Paulina; era muy buena y muy linda. Todos los días la llevaba a pasear por los bonitos senderos de los bosquecillos que yo conocía.

Al principio nos acompañaba un criado, pero cuando vieron que yo era manso y cuidadoso de mi amita, la dejaron ir sola. Me llamaba Cadichón, nombre que me ha quedado.

-Con un burro como éste- le decía su padre –no hay peligro; es inteligente como una persona y siempre sabrá traerte a casa.

Salíamos, pues, juntos. Cuando se cansaba del paseo, yo me acercaba a un alto del terreno para que pudiera apearse. La conducía cerca de los avellanos cargados de frutos y me paraba con el fin de que los cogiese a su gusto.

Mi amita me quería mucho; cuando el mal tiempo no nos dejaba salir, venía a la cuadra a traerme pan, hojas de lechuga, zanahorias; me hablaba, aun creyendo que yo no la entendía; me contaba sus penas y a veces lloraba.

-¡Oh mi pobre Cadichón! –decía-. Eres un burro y no puedes comprenderme, pero eres mi único amigo. Mamá me quiere, pero es tan celosa que no consiente que yo quiera a nadie, y me aburro tanto…

Y Paulina lloraba y me acariciaba.

Un día llegó corriendo hacia mí muy alegre.

-Cadichón –me dijo-, mamá me ha dado un medallón con sus cabellos; quiero añadir los tuyos, porque también tú eres mi amigo.

En efecto, Paulina cortó un poco de mi crin, abrió el medallón y los mezcló con los de su mamá.

Yo estaba la mar de orgulloso de ver mis pelos en un medallón, pero debo confesar que no era de lindo efecto; grises y rudos, se mezclaban feamente con los de mamá. Paulina no se daba cuenta, y estaba admirando su medallón, cuando la mamá entró y dijo:

-¿Qué miras ahí?

PAULINA.- (Escondiéndolo a medias.) Mi medallón, mamá.

LA MAMÁ.- ¿Y para qué lo has traído aquí?

PAULINA.- Para enseñárselo a Cadichón.

LA MAMÁ.- ¡Qué patochada! ¿Qué va a entender él?

PAULINA.- Sí que entiende, mamá. Me ha lamido la mano cuando…

Paulina se puso colorada y se calló.

LA MAMÁ.- ¡Acaba! ¿Cuándo qué?

PAULINA.- Si te lo digo, me vas a reñir…

LA MAMÁ.- (Con viveza) ¿Qué es ello? Vamos, habla. Apuesto a que has dado tanta avena a Cadichón que se ha empachado.

PAULNA.- No, nada de eso... Es que… he cortado unos pelos a Cadichón para… ponerlos en el medallón.

LA MAMÁ.- (Furiosa.) ¡Y qué has hecho de mi mechón de pelo?

PAULINA.- (Presentando el medallón). Pues aquí está también.

LA MAMÁ.- ¡Mi pelo mezclado con el del burro! ¡De modo que el burro merece tanto cariño como yo!

Y arrancando el medallón de manos de la pobre Paulina, lo tira al suelo, lo patea y lo hace trizas. Después, sin mirar a su hija, sale de la cuadra ando un portazo.

Paulina estalla en sollozos y, abrazándose a mi cuello, exclama:

-¡Cadichón, ya ves cómo me tratan! Pero te querré siempre, porque ere bueno, y no me das ningún pesar y procuras divertirme en nuestros paseos.

Yo estaba conmovido, pero no podía darle a entender que la comprendía. Sentía rabia contra aquella madre que por estupidez o por exceso de ternura hacia su hija la hacía tan desgraciada.

En éstas, una doncella abre la puerta y dice a Paulina:

- Señorita, su mamá no quiere que esté usted en la cuadra con Cadichón, y dice que su puesto está en el salón y no en la cuadra.

Paulina, sin replicar, me abrazó una vez más y sentí correr sus lágrimas sobre mi cuello.

Desde ese tiempo se puso más triste y empeoró; tosía; yo la veía palidecer y adelgazar. El mal tiempo nos impedía dar largos paseos.

Cuando me conducían ante la puerta del castillo, Paulina se montaba en mi lomo sin hablarme; pero cuando nos perdíamos de vista, saltaba al suelo, me acariciaba y me contaba sus penas para aliviar su corazón y pensando que yo no podía entenderla.

Así fue como supe que su mamá estaba siempre de mal humor desde la aventura del medallón, que Paulina se aburría y se entristecía más que nunca y que la dolencia que sufría se iba haciendo cada vez más grave.

VIII

El incendio

*U*na noche empezaba a dormirme y me despertaron los gritos de ¡Fuego!

Inquieto, asustado, traté de librarme de la correa que me sujetaba; pero por más que tiraba, la maldita correa no se rompía. Por fin se me ocurrió cortarla con los dientes, lo que logré después de algunos esfuerzos.

La luz del incendio iluminaba mi cuadra; los gritos aumentaban; yo oía los lamentos de los criados, el crujir de las paredes, las tablas que se desmoronaban, devoradas por las llamas; el humo entraba en la cuadra y nadie se acordaba de mí ni se le ocurría la caritativa idea de abrir mi puerta para que yo pudiese escapar.

Las llamaradas aumentaban; sentía un calor sofocante.

"¡Se acabó! –pensé-. Estoy condenado a quemarme vivo… ¡Qué horrorosa muerte! ¡Oh, Paulina, mi querida amita! Has olvidado a tu pobre Cadichón."

Apenas había pensado esto, cuando mi puerta se abrió con violencia y oí la voz aterrada de Paulina, que me llamaba.

Feliz de verme salvado, me lancé hacia la puerta, e íbamos a salir, cuando un crujido espantoso nos hizo retroceder. Un edificio enfrente de la cuadra se había hundido; sus escombros interceptaban la salida; mi pobre amita debía perecer por haber venido a salvarme.

El humo, el calor y el polvo nos ahogaban. Paulina se dejó caer a mi lado. Tomé súbitamente un partido peligroso. Agarré con los dientes el vestido de la niña, casi desmayada, y me lancé al través de las vigas llameantes que cubrían el suelo.

Tuve la suerte de atravesarlo todo sin que se prendiese el vestido; me detuve para ver a qué lado debía dirigirme: todo ardía en torno nuestro. Desesperado, iba a depositar en el suelo a Paulina, completamente desmayada, cuando advertí una bodega abierta; me precipité, porque sabía que estaríamos seguros en las bodegas, de sólidas bóvedas, del castillo.

Dejé a Paulina cerca de un cubo de agua, para que pudiera mojarse las sienes y la frente al volver en sí, lo que no tardo en suceder.

Cuando se vió salvada y al abrigo de todo peligro, se puso de rodillas y dirigió una conmovedora oración a Dios por haberla preservado de tan terrible peligro. Después me dio las gracias con un cariño que me enterneció. Bebió unos tragos de agua y escuchó. El fuego continuaba sus estragos y todo ardía.

-¡Pobre mamá y pobre papá! –dijo Paulina-; sin duda creen que he perecido desobedeciéndolos por ir a buscar a Cadichón. Ahora hay que esperar a que el incendio se acabe, aunque pasemos la noche en la bodega. Mi buen Cadichón –añadió-, gracias a ti, vivo.

No habló más, porque se durmió, con la cabeza apoyada en un tonel vacío, Yo tenía sed; bebí del cubo y no tardé en dormirme a mi vez.

Me desperté de madrugada. Paulina dormía aún. Abrí la puerta: todo estaba quemado y extinguido; era fácil, saltando sobre los escombros, salir fuera del patio del castillo.

Paulina abrió los ojos, corrió hacia la puerta y miró en torno suyo.

-Ven, Cadichón –me dijo-; salgamos ahora; busquemos a papá y mamá para tranquilizarlos; sin duda me creen muerta.

Salió entre las paredes hundidas y las vigas aún humeantes. Yo la seguía; se montó en mi lomo y me dirigí al pueblo. No tardamos en encontrar la casa donde se habían refugiado los padres de Paulina, que creían a su hija perdida y estaban desconsolados.

Cuando la vieron, dieron un grito de alegría y se lanzaron hacia ella, que les contó con cuanto valor la había yo salvado.

En lugar de acariciarme, la madre me miró con ojos indiferentes, y el padre ni me miró siquiera.

-Por culpa suya has estado a punto de perecer –dijo la mamá-. Si no hubieras hecho la locura de ir a abrirle la cuadra, tu padre y yo no habríamos pasado esta noche de desolación.

-Pero es él quien… -iba a explicar Paulina.

-Cállate –dijo su madre-; no me hables más de ese animal que aborrezco, y que por poco te cuesta la vida.

Paulina me miró con pena y se calló.

Ya no volví a verla. El espanto del incendio, la noche pasada sin acostarse y el frío de la bodega aumentaron su dolencia.

La llevaron a la cama, de donde ya no se levantó. Murió al cabo de un mes, sin importarle la vida ni temer la muerte. A veces, me nombraba en el delirio de la fiebre.

Nadie se ocupaba de mí. Cuando vi salir de la casa el ataúd que llevaba el cuerpo de mi pobre amita, sentí un dolor agudo y dejé aquella tierra a la que nunca más he vuelto.

IX

Carrera de burros

o vivía miserablemente a causa del invierno; había escogido una floresta, donde apenas si hallaba lo justo para no perecer de hambre y de sed.

Y Cuando el frío helaba los arroyos, comía nieve; me alimentaba de cardos y dormía bajo los abetos.

Iba algunas veces a los alrededores de un pueblo situado fuera del bosque, para saber lo que pasaba por el mundo.

Un día, al comenzar la primavera, vi mucha animación y cierto aire de fiesta en el pueblo, y (lo que más me sorprendió) todos los burros de la comarca reunidos, muy peinados y cepillados, algunos hasta adornados de flores.

"¡Qué raro! –pensé-. ¿Qué hacen aquí todos estos camaradas tan peripuestos? ¡Y qué gorditos están!", y me miré a mí mismo, flaco, sucio, con los pelos hirsutos; pero me sentía fuerte y vigoroso.

Me acerqué para saber lo que significaba esta reunión de asnos, cuando uno de los mozos que estaba con ellos me vió y se echó a reír:

-¡Mirad qué burro tan elegante se nos viene aquí!

-¡Y qué lucido! –exclamó otro-. ¿Vendrá para el concurso?

-Pues que corra también –dijo otro-; no hay miedo de que se lleve el premio.

Una risa general acogió estas burlas, que no me hicieron maldita la gracia. Ya vi que se trataba de unas carreras. Me puse a escuchar para enterarme bien.

-¿Dónde van a correr los burros? –preguntó una buena mujer.

JUANICO.- En el prado del molino, tía Tranchet.

TÍA TRANCHET.- ¿Cuántos burros hay aquí presentes?

JUANICO.- Hay dieciséis, sin contarla a usted, tía Tranchet.

Nuevas risas acogieron esta gracia.

TÍA TRANCHET.- (Riendo.) ¡Mira qué chistoso! ¿Y qué gana el primero que llega?

JUANICO.- Primero, el honor, y además, un reloj de plata.

TÍA TANCHET.- Me gustaría ser borriquita para ganar el reloj; nunca he tenido bastante para comprar uno.

JUANICO.- Si tuviera usted un burro, podría correr la suerte.

TÍA TRANCHET.- ¿Y de qué queréis que yo tenga burro? ¿Tengo yo para comprar uno ni para mantenerlo?

Esta buena mujer me agradaba por su aire bondadoso y alegre. Se me ocurrió hacerle ganar el reloj. Yo estaba habituado a correr; todos los días me daba largos trotes en el bosque, para entrar en calor; y tenía fama, en otros tiempos, de correr como un caballo.

Eché un trotecillo y me coloqué detrás del último burro; desde allí lancé un vigoroso rebuzno.

ANDRÉS.- ¡Hola, amigo! Acaba tu música y lárgate. No tienes amo y estás demasiado facha para el concurso.

Me callé, pero sin moverme de sitio. Unos se reían, otros se enfadaban.

TÍA TRANCHET.- Si no tiene amo, va a tener ama. Ya lo conozco ahora; es Cadichón, el burro de la pobre señorita Paulina; lo echaron cuando la niña no estuvo allí para protegerlo y yo creo que ha vivido todo el invierno en la floresta, porque nadie lo ha vuelto a ver desde entonces. Lo tomo, pues, a mi servicio y va a correr par mí.

-¡Cadichón! –decían de todas partes-. ¡Es el famoso Cadichón!

Yo me acerqué a la tía Tranchet, le hice una reverencia y una pirueta, con aire tan de propósito, que los mozos empezaron a temer que yo ganase el premio.

ANDRÉS.- (Bajito.) Oye, Juanico: Cadichón tiene pinta de listo y a lo mejor nos sopla el reloj.

JUANICO.- ¡Qué va! ¡Vaya una facha que hace! Nos vamos a reír… No irá muy lejos.

ANDRÉS.- ¡Qué sé yo! Vamos a ofrecerle avena para hacer que se largue. Anda, ve a buscar un poco y haremos que se vaya antes que se dé cuenta la tía Tranchet.

Yo lo había oído y entendido todo; así que, cuando vino Andrés con un pienso de avena, yo me dirigí a la tía Tranchet, que charlaba con unos amigos. Andres me siguió y Juanico me tiró de las orejas para hacerme volver la cabeza, creyendo que yo no veía la avena.

No me moví, a pesar de lo que me apetecía. Entonces comenzaron a empujarme y yo solté un rebuzno con mi más hermosa voz. La tía Tranchet se volvió y notó la maniobra.

-¿Qué es eso, chicos? No hay que llevarse a Cadichón. Tenéis miedo de él, a lo que parece.

ANDRÉS.- ¿Miedo de ese cochino burro? ¡Miedo vamos a tener!

TÍA TRANCHET.- ¿Pues por qué tiráis de él?

ANDRÉS.- Era para darle este pienso.

TÍA TRANCHET.- (Con aire burlón.) ¡Eso es otra cosa! Echadle la avena en el suelo, que coma a sus anchas.

Andrés y Juanico estaban avergonzados y descontentos, pero lo disimulaban. Yo estaba encantado. Comí la vena con avidez, y sentí que me renacían las fuerzas.

En éstas, el alcalde manda alinear en orden a los burros: yo me puse modestamente a la cola. Como aparecí solo, preguntaron a quién pertenecía.

-A nadie –dijo Andrés.

-A mí –dijo la tía Tranchet.

-Bueno. Apuntad a la tía Tranchet –dijo el alcalde-. ¿Todo está listo? –añadió-. ¡Una, dos, tres! ¡Al trote!

Los mozos que sujetaban a los asnos soltaron cada cual el suyo, dándoles un latigazo. Aunque a mí nadie me retenía, arranqué honradamente el último. Todos me llevaban, pues, alguna ventaja. Pero no habían corrido cien pasos, cuando ya los había alcanzado.

Los mozos gritaban y hacían restallar sus látigos en el aire para excitar a sus borricos. Estos, furiosos de quedarse detrás de mí, pobre desconocido de facha lamentable, redoblaron sus esfuerzos para alcanzarme y adelantarme; dos veces fui casi cruzado por el burro de Juanico; vi que no debía descuidarme si no quería quedar vencido. De un vigoroso avance, volví a pasar más allá de mi rival; en aquel momento, me agarraron por el rabo; el dolor casi me hizo caer, pero el honor de vencer me dio el valor de arrancarme
a su diente, dejando un cacho de mi cola.

El deseo de venganza me puso alas. Corrí con tal velocidad, que llegué a la meta, no sólo el primero, sino dejando lejos de mí a todos mis rivales. Estaba anhelante

y agotado, pero feliz y triunfante. Escuché con regocijo los aplausos de los miles de espectadores que bordeaban el prado.

Adopté un aire vencedor y volví orgullosamente hasta la tribuna del alcalde, que debía dar el premio. La tía Tranchet se acercó a mí, me acarició y me prometió un buen pienso de avena. Ya tendía la mano para alcanzar el reloj que el alcalde iba a darle, cuando Andrés y Juanico llegaron gritando:

-¡Espere, señor alcalde! Eso no es junto. Nadie conoce ese burro; no le pertenece a la tía Tranchet que a un recién llegado. Ese burro no cuenta, y el de Juanico ha sido el primero; con que el reloj tiene que ser para él.

Otro dijo:

-El burro de la tía Tranchet es verdaderamente quien lo ha ganado.

-Señor alcalde: reúna al Consejo Municipal y no decida usted solo.

El alcalde pareció indeciso; cuando yo vi que titubeaba, agarré bruscamente el reloj con los diente y lo puse en las manos de la tía Tranchet, que estaba temblando, en espera de la decisión del alcalde.

Esta acción inteligente puso a los risueños de nuestra parte, y me valió aplausos atronadores.

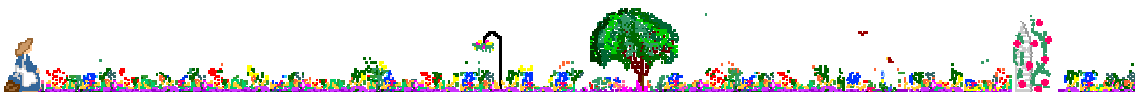
-He aquí la cuestión resuelta por el vencedor, a favor de la tía Tranchet –dijo el alcalde riendo, y añadió maliciosamente, mirando a Juanico y a Andrés-: Amiguitos, creo que el más burro de nosotros no es el de la tía Tranchet.

-¡Bravo! ¡Bravo, señor alcalde! –gritaban de todas partes.

Y todo el mundo se reía, menos Andrés y Juanico, que se fueron enseñándome el puño.

Y yo ¿estaba contento? No; mi orgullo se sublevaba; encontré que el alcalde había sido insolente conmigo, creyendo injuriar a mis enemigos al calificarlos de burros. Eso era ingrato, era cobarde.

Yo había tenido valor, moderación, paciencia, talento, ¡Y he aquí mi recompensa! Después de haberme insultado, me abandonaban. La misma tía Tranchet, en su alegría de haber ganado el reloj, olvidaba a su bienhechor, no pensaba más en su promesa de regalarme con un buen pienso de avena, y se marchaba entre la muchedumbre sin darme la recompensa que yo tenía tan merecida.



X

Los buenos amos

e quedé solo en el prado. Estaba triste, y mi cola me hacía sufrir.

M

Me preguntaba a mi mismo si los burros no eran mejores que las persona, cuando sentí que una suave mano me acariciaba y oí una voz dulce que decía:

-¡Pobre burro! ¡Qué malos han sido para ti! ¡Ven, pobre animal, ven a casa de abuela, que te dará de comer y te cuidará! ¡Pobre! ¡Qué flaco estás!

Me volví y vi un lindo pequeño de cinco años; su hermanita, de unos tres años, acudía con la niñera.

JUANA.- Santiago, ¿qué le dices a ese pobre burro?

SANTIAGO.- Le digo que se venga a vivir a casa de abuela. ¡Está solo!

JUANA.- Si, Santiago; espera, voy a montarme. Chacha, chacha, súbeme…

La niñera puso a la niña en mi lomo; Santiago quiso guiarme, pero yo no tenía bridas.

-¿Qué hacer, chacha?- preguntó Santiago, que tenía gana de hacer pucheritos.

LA CHACHA.- Vamos al pueblo a pedir una cuerda. Ven, Juanita, baja del borriquito.

JUANA.- (Agarrándose a mi cuello.) No, no quiero bajar; quiero que me lleve a casa.

LA CHACHA.- Pero no tenemos cuerda para hacerle andar. Ya ves que no se mueve, como si fuera de piedra.

SANTIAGO.- Espera, chacha, vamos a ver. Yo sé que se llama Cadichón: me lo ha dicho la tía Tranchet. Voy a acariciarlo y a ver si nos sigue.

Santiago se me acercó y me dijo, acariciándome:

-¡Anda, Cadichoncito, anda!...

La confianza de la criatura me conmovió; noté con placer que en vez de pedir un palo para obligarme a andar, recurría a los medios de la dulzura y del cariño. Así, que en enseguida me puse en marcha.

-¡Ya lo ves, chacha, me ha entendido! –Exclamó Santiago, lleno de alegría, y corriendo delante para enseñarme el camino.

LA CHACHA.- ¡Un burro va a entenderte! Anda porque se aburre aquí.

SANTIAGO.- ¿Pero no ves cómo me sigue?

LA CHACHA.- Porque huele el pan que llevas en el bolsillo.

SANTIAGO.- ¿Tendrá hambre, chacha?

LA CHACHA.- De fijo. Mira qué flaco está.

SANTIAGO.- Es verdad. ¡Pobre Cadichón!

Y sacando de su bolsillo el pedazo de pan que la chacha le había puesto para merendar, me lo presentó.

Yo estaba ofendido de la sospecha de la niñera y estuve contento de poder demostrarle que había juzgado mal, que yo no seguía a Santiago por interés y que llevaba a Juana por pura complacencia.

Rehúse, pues, el pan que me ofrecía el buen Santiago y le lamí la mano.

SANTIAGO.- ¡Chacha! ¡Me besa la mano y no quiere el pan! ¡Querido Cadichón, cuánto te quiero!

LA CHACHA.- Mejor para ti si te crees que tienes un burro modelo. Pero te prevengo que todos son tercos y malos y yo no los quiero ni pizca.

SANTIAGO.- ¡Oh chacha! Mira qué bueno es Cadichón para mí…

LA CHACHA.- No durará mucho.

Yo le lancé una mirada furiosa, que ella cortó porque dijo:

-¡Qué aire de malo tiene! ¡Me mira como si quisiera devorarme!

-¡Y a mí me mira como si quisiera besarme! –dijo Santiago.

Los dos tenían razón; yo me proponía ser bueno para él, Juana y todas las personas que fueran buenas para mí; y malo para los que me maltratasen o me insultasen, como lo había hecho la niñera. Este mal pensamiento de venganza fue mi perdición.

Andando, andando, llegamos al castillo de la abuelita de Santiago y de Juana.

Me dejaron en la puerta y allí me estuve como burro bien educado, sin siquiera probar el césped que bordeaba el paseo de arena.

Dos minutos después, apareció Santiago, de mano de su abuela.

-¡Ven, abuelita, ven a ver qué manso es y cuánto me quiere! No creas a la chacha….

-No, abuelita, no la creas –añadió Juana.

-Veamos ese famoso burro –dijo la señora sonriendo.

LA ABUELITA.- En efecto, tiene un aire muy cariñoso; pero ¿cómo lo vamos a guardar, si no es nuestro? Hay que buscar a su dueño.

SANTIAGO.- No tiene, abuelita. La tía Tranchet me lo ha dicho. Es Cadichón, el burro de la pobre Paulina, que se murió; sus padres lo echaron y ha pasado el invierno solo en el bosque.

LA ABUELITA.- ¡Ah! ¿Este es el famoso Cadichón, el que salvó del incendio a su amita? ¡Ah! Verdaderamente es un asno extraordinario y admirable.

Yo estaba orgulloso de mi reputación, tan justamente adquirida, y me ponía muy hueco.

LA ABUELITA.- Pues sí, nos lo quedamos, ya que ha sido abandonado y rechazado por los mismos que debieron cuidarlo y quererlo. Llama a Bouland Y que lo lleve a la cuadra.

Santiago, encantado, corrió a buscar a Bouland, que llegó en seguida.

LA ABUELITA.- Bouland, lleve ese asno a la cuadra y déle de comer y de beber. Es el famoso Cadichón; lo echaron al morir su amita; los niños lo han encontrado abandonado en el campo y lo han recogido. Así que lo guardaremos.

BOULAND.- Y muy bien que hará la señora en guardarlo. Me han contado de él cosas asombrosas: dicen que entiende todo lo que se habla. Va a ver la señora… Ven, Cadichón, ven a comer un pienso de avena.

Yo me volví al punto y seguí a Bouland, que se iba.

-Es asombroso –dijo la abuela-; se ve que lo ha entendido.

Los niños quisieron acompañarme a la cuadra; tenía allí por compañeros dos caballos y otro asno.

Me dieron una enorme medida de avena y pusieron cerca de mí un gran cubo lleno de agua.

Tenía sed y empecé por beberme la mitad del cubo; después me zampe la avena, regocijándome de haber sido conducido allí por el buen Santiaguito.

Hice aún algunas reflexiones sobre la ingratitud de la tía Tranchet; comí un montón de heno, me tendí sobre mi cama de paja, donde me encontré acostado como un rey, y me dormí.



XI

Cadichón, enfermo

A l día siguiente, toda mi tarea fue la de pasear a los niños durante una hora.

Santiago me traía por sí mismo la avena, y, a pesar de las observaciones de Bouland, me daba como para alimentar a tres asnos. Yo me lo zampaba todo, tan campante. Pero al tercer día me sentí mal; tenía fiebre y me dolían la cabeza y el estómago; no pude comer avena ni hierba y permanecí tendido en la paja.

Cuando Santiago vino a verme, dijo:

-Vamos, Cadichón, ya es hora de que te levantes; aquí te traigo avena.

Trate de levantarme, pero mi cabeza recayó pesadamente en la paja.

-¡Ay Dios mío! ¡Cadichón está malo! Bouland, Bouland, acuda…

Bouland se acercó al pesebre y vió que yo no había comido.

Me tocó las orejas.

-Tiene las orejas calientes…

-¿Y qué quiere decir eso? –exclamó el pobre niño, alarmado.

-Eso quiere decir que tiene calentura, que le has dado demasiado que comer y hay que llamar al veterinario.

-¿Qué es un veterinario? –preguntó Santiago, cada vez más asustado.

-Es el médico de los caballos. Ya lo decía yo. Este pobre burro estaba muy hambriento, y además sofocado de correr tanto en el concurso. Había que darle poca avena, sólo hierba para refrescarse…

-¡Ay Dios mío! ¡Dios mío!... Mi pobre Cadichón va a morirse… ¡Y yo tendré la culpa! –dijo el pobre pequeño sollozando.

-No, no se va a morir por eso, pero habrá que sangrarlo.

-Le harán mucha pupa… -replicó Santiago sin dejar de llorar.

-No; vas a ver. Lo voy a sangrar yo, en lo que viene el veterinario.

-¡No quiero verlo! –exclamó Santiago escapándose-. Estoy seguro de que le harás daño…

Y salió corriendo.

Bouland cogió una lanceta, la apoyó en una vena de mi cuello, dio un pequeño martillazo y la sangre brotó al punto. Esto me alivió; ya no me ahogaba y pronto pude levantarme.

Me puse mejor, pero no del todo curado; tardé cerca de ocho días en restablecerme.

Santiago y Juana me cuidaron con una bondad que nunca olvidaré. Venían varias veces al día; me traían hojas de lechuga, coles, zanahorias, patatas asadas con sal…

Un día, este buen Santiago quiso darme su almohada porque decía que yo tenía la cabeza demasiado baja durmiendo. Otra vez, Juana quiso ponerme el edredón de su cama para que yo no tuviese frío.

Yo estaba desolado de no poder testimoniarles mi agradecimiento, pero tenía la desgracia de comprenderlo todo y no poder decir nada.

Me restablecí por fin, y supe que se proyectaba una excursión de burros en el bosque, con los primos y las primas.



XII

Los ladrones

T odos los niños estaban reunidos en el patio: habían llevado muchos asnos de los pueblos próximos. Reconocí a casi todos los de las carreras; el de Juanico me miraba con aire inquieto, mientras yo le dirigía miradas burlonas.

La abuelita de Santiago tenía en su casa a casi todos sus nietos: Camila, Magdalena, Isabel, Enriqueta, Juana, Pedro, Luis y Santiago. Las mamás iban a ir montadas con ellos, y los papás a pie con sendas varas, para arrear a los perezosos.

Antes de partir disputaron por quién tomaría el mejor burro; todos me preferían, hasta que decidieron echar suertes.

El afortunado fue Luisito, excelente pequeño. Y yo hubiera estado muy contento de mi suerte si no hubiera visto al pobre Santiaguito enjugarse una lágrima. Yo sentía pena, pero no podía consolarlo; por lo demás, convenía que aprendiese, como yo, la resignación y la paciencia.

Al montar en su burro, le dijo a su primo Luis:

-Yo estaré cerca de ti, Luis; no hagas galopar demasiado a Cadichón, para que yo no me queda atrás.

LUIS.- Pero ¡por qué has de quedarte atrás?

SANTIAGO.- Porque Cadichón galopa más que todos los demás burros.

LUIS.- ¡Cómo lo sabes?

SANTIAGO.- Los he visto correr para ganar el premio en la fiesta del pueblo, y Cadichón los pasó a todos.

Luis prometió a su primo que no iría demasiado de prisa y los dos partieron al trote.

Mi camarada no era malo, de suerte que me fue fácil ir a la par. Los otros nos seguían bien o mal, y así llegamos a un bosque, donde los niños iban a visitar las ruinas de un antiguo convento y capilla. Tenían mala fama en el país; se decía que, de noche, se oían ruidos extraños, gemidos, lamentos, arrastrar de cadenas; algunos viajeros se burlaban de esto, pero habían ido a las ruinas y no habían vuelto.

Cuando todos se apearon y nos dejaron pacer libremente, los papás y las mamás cogieron a los niños de la mano y yo vi con inquietud cómo se alejaban y desaparecían entre las ruinas.

Yo también me aparté de mis compañeros y me refugié a la sombra de un arco medio derruido, que estaba próximo al bosque y un poco más lejos que el convento.

En éstas oí ruido allí cerca y me escondí tras el espesor de un muro, desde donde yo podía ver sin ser visto. El ruido parecía proceder de debajo de tierra.

No tardé en ver aparecer una cabeza de hombre, que salía con precaución de entre los matorrales.

-Nada…- dijo en voz baja, mirando en torno suyo-. Nadie… Podéis venir camaradas. Que cada cual coja uno de esos burros y se lo lleve a escape.

Se ladeó para dar paso a una docena de hombres, que se deslizaron a lo largo del lindero del bosque, muy espeso por allí; los asnos, que buscaban la sombra, pacían la hierba. A una señal convenida, cada uno de los ladrones cogió un burro por la rienda y

se lo llevó dentro del bosque. Estos burros, en vez de resistir y de rebuznar para dar la alarma, se dejaron atrapar como unos imbéciles; un cordero no habría sido más tonto.

Cinco minutos después, los ladrones llegaban al escondite cerca del arco. Hicieron entrar a mis camaradas uno por uno entre los matorrales, donde desaparecieron.

Yo oí el rumor de sus pasos, internándose en el subterráneo, y luego todo quedó en silencio.

"He aquí la explicación de los ruidos que asustan a los campesinos –pensé-: una banda de ladrones se esconce en los sótanos del convento. Hay que cogerlos; pero ¿cómo?"

En éstas oí las voces de los niños que buscaban a sus burros. Corrí a ellos para impedir que se acercasen al arco y a los matorrales, que escondían tan bien la entrada de los subterráneos que era imposible darse cuenta.

-¡Ahí está Cadichón! –exclamó Luis.

-¿Y los otros? –gritaron los niños.

-Estarán detrás de aquel arco –dijo el papá de Santiago-; hay buena hierba y habrán querido pacer.

Yo temblé pensando en el peligro que corrían y me puse delante para impedirles seguir. Quisieron apartarme, pero yo les obstruía el paso de cualquier lado que intentaban andar, con tal insistencia, que el papá de Luis detuvo a su cuñado y le dijo:

-Escúchame: la insistencia de Cadichón tiene algo de extraordinario. Ya sabes lo que nos han contado de la inteligencia de este animal. Hagámosle caso, créeme, y volvamos atrás.

-Ahora veo –dijo el papá de Santiago- que cerca del arco hay mucha hierba pateada. ¿Será que han robado nuestros burros?

Se volvieron hacia las mamás y yo les seguí, con el corazón alegre por haberles evitado quizá una terrible desgracia. Vi que todos hablaban bajito, en un grupo.

-¿Qué vamos a hacer? –dijo la mamá de Luis-. Un solo burro no puede llevar a todos los niños.

-Montemos a los más pequeños en Cadichón, y los mayorcitos que sigan a pie con nosotros –dijo la mamá de Santiago.

-A ver, Cadichón, a ver cuántos vas a poder llevar –dijo la mamá de Enriqueta.

Pusieron a Juana, que era la más pequeña, delante; después, a Enriqueta, después a Santiago y después a Luis. Ninguno pesaba mucho; yo les hice ver, pillando el trote, que llevaba a los cuatro sin fatigas.

Después seguí al paso, para que pudieran ir conmigo todos, chicos y grandes.

-Mamá- dijo Enrique, que encontraba el camino pesado, ¿por qué papá no ha buscado nuestros burros?

LA MAMÁ.- Porque tu papá cree que los han robado.

ENRIQUE.- ¿Y por quién? Yo no he visto a nadie.

LA MAMÁ.- No, pero había huellas de pasos cerca del arco. Démonos prisa a volver a casa; los tíos y los papás irán al pueblo a dar parte.

PEDRO.- ¿Para qué?

LA MAMÁ.- Para prevenir a los gendarmes, a ver si recuperan los burros.

CAMILA.- Siento que hayamos visitado esas ruinas.

MAGDALENA.- ¿Por qué? ¡Es muy hermoso!

CAMILA.- Pero peligroso. ¡Si en vez de coger los burros los bandidos nos hubieran agarrado…!

ISABEL.- ¡Imposible! Somos muchos.

CAMILA.- ¿Pero si los ladrones son más?

ISABEL.- ¿Qué? No va a haber un ejército de ladrones.

MAGDALENA.- ¡Con que haya una docena!

ISABEL.- ¡Que bobada! ¿Crees que los ladrones van por docenas, como las ostras?

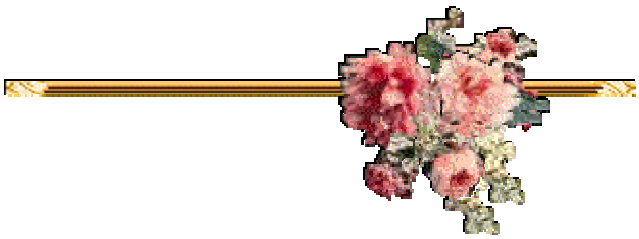
Los demás se reían de esta conversación; pero como empezaban a enfadarse, la mamá de Isabel les hizo callar, diciendo que Magdalena podía tener razón en cuanto al número de ladrones.

No tardamos en llegar a casa, donde la sorpresa fue grande al ver a todo el mundo a pie, y a mí, Cadichón, llevando a cuatro niños. Pero cuando los papás contaron la desaparición de los burros y mi terquedad en no dejarles aproximarse al arco por donde querían pasar para buscar a los animales perdidos, los criados hicieron unas suposiciones absurdas; unos decían que a los burros se los habrían llevado los diablos; otros pretendían que las almas de las monjitas enterradas allí se habrían apoderado de ellos para ir a correr mundo. A nadie se le ocurrió la idea de los ladrones escondidos en los subterráneos.

Los papás hicieron enganchar el coche para dar parte en la Gendarmería de la población vecina, y volvieron dos horas después con el oficial y seis gendarmes.

Yo tenía tal fama de inteligencia, que juzgaron la cosa grave al saber la resistencia que yo había opuesto a que se acercase nadie al arco. Iban todos armados de pistolas y de carabinas, prontos a ponerse en campaña.

Sin embargo, aceptaron la comida que les ofreció la abuelita, y se sentaron a la mesa con las señoras y los señores.



XIII

Los subterráneos

La comida no fue larga, pues los gendarmes estaban impacientes por hacer su inspección antes que anocheciese. Pidieron a la abuela el premiso para llevarme.

-Nos será muy útil, señora –dijo el oficial-. Este Cadichón no es un burro ordinario y ha hecho cosas más difíciles de las que vamos a pedirle ahora.

-Llévenlo, señores –dijo la abuelita-, pero no le cansen mucho, se lo ruego. El pobre animal ha vuelto con cuatro de mis nietos encima.

Esté tranquila, señora; lo trataremos con el mayor cuidado.

Yo tenía ya mi pienso en el cuerpo; avena, una brazada de lechugas, zanahorias y otras legumbres; bien comido y bien bebido, estaba pronto al trote. Me coloqué a la cabeza de la tropa, para servir de guía a los gendarmes. Algunos creen que los gendarmes son severos y duros, y es todo lo contrario; no hay personas más caritativas, más pacientes, y más generosas que ellos.

Comenzaba a bajar la luz cuando llegamos al convento. Yo les llevé sin vacilar hasta el arco, cerca de los matorrales por donde había visto salir a los ladrones. Vi con inquietud que se quedaban cerca de la entrada. Para alejarlos, di algunos pasos detrás del muro y me siguieron. Cuando estuvieron todos, volví a las malezas, impidiéndoles adelantar cuando querían seguirme. Me comprendieron y se quedaron escondidos detrás del muro.

Me acerqué entonces a la entrada de los subterráneos y me puse a rebuznar con todas mis fuerzas.

No tardé en obtener lo que yo quería. Todos mis camaradas, encerrados en las cuevas, me respondieron a más y mejor. Di un paso hacia los gendarmes, que adivinaron mi maniobra y volví a colocarme a la entrada de los sótanos. Y vuelta a rebuznar, pero esta vez no me contestaron; adiviné que los ladrones, para impedir a mis camaradas el traicionarlos, les habían atado piedras a la cola.

Todo el mundo sabe que, para rebuznar, levantamos la cola; no pudiendo alzarla, por el peso de las piedras, mis camaradas se callaban.

Cuando veo surgir una cabeza de hombre de los matorrales y mirar con cautela; no viendo más que a mí, dijo:

-Este es el bribón que no pudimos coger esta mañana. Vas a reunirte a tus camaradas, rebuznador.

Iba a cogerme y me retiré dos pasos; me sigue y me alejo, hasta que lo conduje al rincón del muro tras del cual estaban mis amigos los gendarmes.

Antes que mi ladrón hubiera tenido tiempo de dar un grito, se arrojaron sobre él, lo amordazaron y lo tendieron en el suelo.

Yo volvía a la entrada a rebuznar, no dudando de que otro vendría a ver lo que le pasaba a su compañero. En efecto, pronto apareció una nueva cabeza, mirando con precaución; al tratar de alcanzarme en vano, este segundo ladrón hizo como el primero; yo ejecuté la misma maniobra y lo hice prender por los gendarmes antes de darse cuenta de nada.

Así continué hasta que hice prender a seis. Pero después, por más que rebuzné, nadie apareció. Los ladrones se habían escamado, no viendo volver a sus camaradas, y no osaban arriesgarse.

A todo esto había anochecido y no se veía gota. El oficial mandó a uno de sus hombres a buscar refuerzo, para atacar a los ladrones en los subterráneos. A mi me dejaron en libertad de conducirme a mi modo, después de haberme acariciado y cumplimentado por mi conducta.

-Si no fuera un burro –dijo un gendarme-, merecía una cruz.

-¿No tiene una en el lomo? –dijo otro.

-Cállate –dijo un tercero-. ¿No sabes que esa cruz está marcada sobre los asnos en recuerdo de que uno de ellos tuvo el honor de lleva a Nuestro Señor Jesucristo?

-¡Silencio! –dijo el oficial en voz baja-. Cadichón endereza las orejas.

Yo oía, en efecto, un ruido extraordinario del lado del arco, algo como crujidos y gritos ahogados. Los gendarmes lo oían también, pero sin adivinar lo que podía ser.

Por fin, un humo espeso se escapó por las ventanas bajas del convento; después surgieron algunas llamaradas; poco después, todo ardía.

-Han incendiado los sótanos para escapar por las puertas –dijo el oficial-. Vigilemos todas las salidas y si aparecen los ladrones, ¡fuego sobre ellos!

El oficial había adivinado bien la faena de aquellos ladrones; habían comprendido que estaban descubiertos, que sus camadas habían sido presos, y esperaban que, a favor del incendio, podrían escaparse.

Pronto vimos a los seis ladrones restantes y a su capitán salir con precipitación de la entrada disimulada por las malezas; sólo tres gendarmes estaban apostados allí y dispararon sus carabinas antes que los ladrones pudiesen hacer uso de sus armas. Dos ladrones cayeron y el tercero dejó caer su pistola: tenía un brazo roto. Pero los tres últimos y su capitán se lanzaron con furor contra los gendarmes, que, sable en mano, se defendían como leones.

La llegada del refuerzo puso fin al combate. En un abrir y cerrar de ojos, el capitán fue rodeado, desarmado, atado y tendido cerca de los demás ladrones apresados.

Durante la lucha el fuego se había apagado; sólo habían ardido los matorrales y leña menuda. El refuerzo de seis nuevos gendarmes había traído una carreta para llevar los presos. Se los ató tumbados en ese vehículo; el oficial, que era muy humano, dio orden de quitarles las mordazas, de suerte que decían a los gendarmes mil insultos. Los gendarmes ni hacían caso. Dos de ellos se subieron a la carreta para dar escolta a los presos; se hicieron angarillas para llevar a los heridos.

Durante estos preparativos, yo acompañé al oficial en su bajada a los subterráneos donde los bandidos habían establecido su residencia.

Una de las cuevas les servía de cuadra; allí vi a todos mis camaradas, cada cual con una piedra en la cola, que se les quitó inmediatamente, y todos se pusieron a rebuznar al unísono. En el subterráneo, era un ruido como para volverse loco.

-¡A callar, burros! –dijo un gendarme.

“A este hombre –dije entre mí- no le gusta la música. ¿Qué tiene que decir de la voz de mis camaradas? ¡Estos pobres camaradas que cantan su liberación!”

Seguimos explorando. Uno de los sótanos estaba lleno de cosas robadas. En otros tenían encerrados a sus prisioneros, a quienes obligaban a hacer la cocina y a confeccionar los vestidos y el calzado. Había desgraciados que estaban allí hacía dos años y llevaban cadenas sujetas a un aro de hierro empotrado en el muro.

Supe más tarde que aquellos desgraciados eran los viajeros y visitantes de las minas que habían desaparecido hacía dos años. Había catorce y contaron que los

ladrones habían asesinado a tres: a dos, porque estaban enfermos, y a uno, que se negó resueltamente a trabajar.

Los gendarmes libertaron a todos estos pobrecillos, llevaron los burros al castillo, condujeron los heridos al hospicio y metieron a los ladrones en la cárcel. Fueron juzgados y condenados: el capitán, a muerte, y los otros, a presidio.

En cuanto a mí, fui admirado por todo el mundo; cada vez que salía oía decir a mi alrededor:

-Es Cadichón, el famoso Cadichón, que vale más él solo que todos los burros de la comarca.



XIV

Teresa

M is amitas (pues eran mis amos y mis amas todos los nietos de la señora) tenían una prima, a quien querían mucho, poco más o menos de su edad. Se llamaba Teresa y era buenísima.

En uno de los paseos que di con todas las niñas, vimos una chiquilla sentada a un lado de la carretera, que se levantó penosamente al vernos y vino cojeando a pedir limosna. Su aire triste y tímido llamó la atención a Teresa y a sus primas.

TERESA.- ¿Por qué cojeas, pequeña? –le preguntó con mucho interés.

LA CHICA.-Porque me hieren mis zuecos, señorita.

TERESA.- ¿Por qué no dices a tu mamá que te compre otros?

LA CHICA.-Porque no tengo mamá.

TERESA.--¿Y tu papá?

LA CHICA.-No tengo papá.

TERESA.- ¿Pero con quien vives?

LA CHICA.-Con nadie. Vivo completamente sola.

TERESA.- ¿Cuántos años tienes?

LA CHICA.-Yo no sé; quizá siete…

TERESA.- ¿Y dónde duermes?

LA CHICA.- Donde me reciben. Cuando todos me rechazan, duermo debajo de un árbol o donde puedo.

TERESA.-Pero ¡en invierno debes de helarte!

LA CHICA.- Paso frío; pero estoy acostumbrada.

TERESA.- ¿Has comido hoy?

LA CHICA.- Desde ayer, no.

TERESA.- ¡Eso es horrible!... ¿Verdad que la abuelita querrá que demos de comer a esta pobrecita y dejarla dormir en casa?

MAGDALENA.- Pero… ¿cómo hacerla llegar hasta casa? Mira cómo cojea.

TERESA.- Pues que se monte en Cadichón.

Las tres primas exclamaron:

-¡Es verdad! ¡Qué buena idea!

Y colocaron a la niña sobre mi lomo.

Camila tenía aún en el bolsillo un pedazo de pan que le sobró de la merienda y se lo dio a la pequeña, que lo comió con avidez.

Al llegar al castillo, Camila e Isabel hicieron entrar a la mendiga en la cocina, en tanto que Magdalena y Teresa corrían al cuarto de su abuela.

MAGDALENA.- Abuelita, ¿nos das permiso para dar de comer a una pobrecita que hemos encontrado en la carretera?

LA ABUELITA.- Si, querida mía; pero ¿quién es?

MAGDALENA.-No sé, abuelita.

LA ABUELITA.- ¿Dónde vive?

MAGDALENA.- En ninguna parte.

LA ABUELITA.- ¿Cómo es eso? Sus padres vivirán en algún sitio.

MAGDALENA.- No tiene padres, abuelita. Está sola.

LA ABUELITA.- Es preciso que yo la vea y le hable.

Se levantó y siguió a los niños a la cocina, donde la chiquita estaba acabando de comer.

La señora la interrogó y obtuvo las mismas respuestas. Se encontró sin saber qué hacer. Dejar en su abandono a aquella criatura le parecía imposible. Guardarla allí, era difícil, ¿A quién confiarla?

-Escucha –le dijo-: en espera de que yo me informe y sepa si has dicho la verdad, dormirás y comerás aquí. Y dentro de unos días, ya veremos lo que hacemos.

Dio órdenes para que preparasen una cama para la niña y para que no le faltase de nada.

Pero la pobrecilla estaba tan cochinísima que nadie quería tocarla ni acercarse. Teresa estaba desolada; no podía obligar a los criados de su tía a hacer lo que les repugnaba.

“Soy yo quien la ha traído aquí –pensaba-; mío debe ser el cuidado. ¿Qué hacer?”

Se le ocurrió una idea, y corrió hacia su mamá.

TERESA.- Mamá, yo tengo que tomar un baño, ¿verdad?

LA MAMÁ.- Sí, hijita; la chacha te espera.

TERESA.- ¿Me permites que bañe en mi lugar a la pobrecita que hemos traído aquí?

LA MAMÁ.- ¿Qué pobrecita?

TERESA.- Una niña que no tiene papá ni mamá ni quien la cuide. La abuelita de Camila consiente en tenerla aquí, pero ningún criado quiere tocarla.

LA MAMÁ.- ¿Por qué?

TERESA.-De tan sucísima como va. Si tú quieres, la haré bañar en mi lugar, yo misma la desnudaré y la jabonaré; le cortaré el pelo, que lleva todo revuelto y con unas pulgas blancas, pero que no saltan.

LA MAMÁ.- Pero…, mi pobre Teresa, ¿no te repugnará eso?

TERESA.- Un poco, mamá; pero pensaré que si yo estuviera en su lugar, me pondría muy contenta de que quisieran cuidarme, y esa idea me dará valor. Y después, cuando esté bañada, ¿me dejarás ponerle ropas viejas mías, hasta que le compre otras?

LA MAMÁ.-Sí, Teresita; pero ¿Con qué dinero le comprarás vestidos?

TERESA.- ¿Olvidas los veinte francos que tengo yo guardados?

LA MAMÁ.- ¿Los que te ha dado tu papá para que no los gastes? Son para comprarte un hermoso devocionario, como el de Camila.

TERESA.- puedo pasarme sin el libro de misa, mamá; aún sirve el viejo.

LA MAMÁ.- Haz lo que quieras, hija mía.

Y, besándola, fue a ver a aquella criatura a quien nadie quería tocar.

La niña esperaba en la puerta; la mamá la miró, la hizo sentar sobre la hierba, pidió unas tijeras y le cortó el pelo, que cayó al suelo, e hizo que le recogieran con una pala para tirarlo a la basura; después, con agua caliente, la lavó y jabonó bien la cabeza.

Luego de enjugarla bien, le dijo a Teresa:

-Ahora, hija mía, ya puedes bañarla, mientras echamos sus andrajos al fuego.

Camila, Magdalena e Isabel acudieron a ayudar a Teresa: llevaron a la niña al cuarto de baño, y entre todas, a pesar de la repugnancia que les inspiraba, la desnudaron y la metieron en el baño y la jabonaron de pies a cabeza.

Después de friccionarla y secarla bien, le pusieron una camisa y un trajecito de Teresa; al ir a calzarla, se dieron cuenta de que tenía una llaga en el pie; era lo que la hacía cojear.

Camila corrió a pedir un ungüento a su abuela, y después, auxiliada por sus tres amigas, le vendó la llaga con el ungüento; estuvieron cerca de un cuarto de hora para arreglarle la compresa y la venda; tan pronto estaba muy apretada como demasiado floja, o muy alta o muy baja; las niñas disputaban y daban tirones al pie de la pobrecilla, que no se atrevía a quejarse. Por fin, el pie quedó vendado y le pusieron medias y unas viejas zapatillas de Teresa.

Cuando la pequeña entró en la cocina, nadie la conocía.

- ¿Es posible que ésta sea aquel horror de hace un rato? –decía un criado.

-La misma, pero es otra, porque está muy guapa y antes metía miedo –decía otro.

EL COCINERO.- Ya es mérito en la señora y en sus nietas el haberla limpiado así, porque yo, ni por veinte francos lo hubiera hecho.

EL COCHERO.- Cadichón me parece que anda escuchando por las puertas; de todo se entera; no he visto un burro más astuto.

El cochero me llamó y me llevó a la cuadra, y después de quitarme la albarda y darme mi pitanza, me dejó solo, es decir, en compañía de los caballos y de un burro, a quien yo despreciaba demasiado para entrar en compañía con él.

Al día siguiente, por la tarde, me pusieron la albarda, montaron a la mendiga y seguidos por las cuatro niñas, a pie, fuimos al pueblo.

Comprendí por el camino que iban a comprar ropitas para la pobrecita. Teresa quería pagarlo todo; las otras querían pagar a escote y discutían con tanto ardor, que si yo no me detengo a la puerta de la tienda, la hubieran pasado.

Casi tiraron a la pobrecita al suelo, por querer apearla todas a un tiempo; una le tiraba de las piernas; otra, de los brazos, e Isabel, que era la más fuerte las empujaba a todas para apear sola a la pequeña, que empezaba a asustarse, cuando la dueña de la tienda abrió la puerta.

-Buenos días, señoritas; permítanme que las ayude; no tienen bastante fuerza para apear a esta chica.

Mis amitas, contentas de no tener que ceder entre sí, soltaron a la pequeña, y la de la tienda la puso en el suelo.

MAGDALENA.-Venimos a comprar ropa para vestir a esta niña, señora Juivet.

SEÑORA JUIVET.- Muy bien, señoritas. ¿Qué hace falta?

CAMILA.- De todo, señora Juivet; hay que equiparla de pies a cabeza.

TERESA.- (Bajito.) Camila, déjame detallar, ya que soy yo quien paga.

CAMILA.- (Bajito.) No queremos que lo pagues todo; nosotras vamos a la parte.

SEÑORA JUIVET.- (Impaciente.) ¿Qué telas necesitan?

Mientras Camila y Teresa discutían en voz baja, Magdalena e Isabel se apresuraron a comprar todo lo que hacía falta.

-Adiós, señora Juivet –le dijeron-; envíen todo a casa con la cuenta.

- ¿Cómo? ¿Ya está todo comprado? –exclamaron Camila y Teresa.

- Claro que sí –dijo Magdalena-; en lo que charlabais, hemos escogido todo lo necesario.

- ¿Cuánto es todo? –preguntó Teresa.

SEÑORA JUIVER.- Treinta y dos francos.

TERESA.- (Asustada.) ¡Treinta y dos francos! ¡Y yo sólo tengo veinte!

CAMILA.- Bueno, pues ya pagaremos lo que resta.

ISABEL.- ¡Mejor! Así habremos contribuido todas a vestir a la pequeña.

MAGDALENA.- (Riendo.) ¡Ya estamos de acuerdo, gracias a la señora Juivet!

Yo lo había oído todo desde la puerta y estaba indignado contra la señora Juivet, que hacía pagar a mis buenas amitas el doble, por lo menos, de lo que valían aquellas mercancías. Esperaba que las mamás no dejarían concluir el trato.

Hacía hermoso tiempo; estaban todos sentados en la hierba, delante de casa, cuando llegamos.

Pedro, Enrique, Luis y Santiago habían pescado en uno de os estanques en lo que nosotros estábamos en el pueblo; habían sacado tres grandes peces y muchos menudos. Mientras Luis y Santiago me quitaban la albarda, las cuatro primas explicaron a sus mamás lo que habían comprado.

- ¿Y cuánto te queda de tus veinte francos, Teresa? –le preguntó su mamá.

Teresa enrojeció ligeramente.

- No me queda nada, mamá –contestó.

- ¡Veinte francos para vestir a una criatura de seis o siete años! –dijo la mamá de Camila-. ¡Es carísimo!

La llegada de la vendedora con su paquete inerrumpió la conversación.

-Buenos días, señora Juivet –dijo la abuelita-; deshaga su paquete aquí sobre la hierba y tuéstenos los encargos de las niñas.

La señora Juivet saludó, deshizo su paquete, sacó la nota, que presentó a Magdalena, y extendió las compras.

La abuelita tomó la cuenta de manos de Magdalena y exclamó con sorpresa:

- ¡Treinta y dos francos por vestir a una pequeña mendiga!... Señora Juivet –añadió con tono severo-, usted ha abusado de la ignorancia de mis nietas; usted sabe muy bien que las telas que trae son demasiado caras para vestir a una niña pobre; llévese todo esto y sepa que desde hoy en adelante ya no compraremos nada más en su tienda.

-Señora –dijo la señora Juivet con ira contenida-, estas señoritas han comprado lo que han querido; yo no las he obligado absolutamente a nada.

LA ABUELITA.- Pero usted hubiera debido enseñarles tejidos a propósito y no tratar de encajarles esas telas pasadas de moda y que ya nadie quiere.

SEÑORA JUIVET.- Señora, las niñas han comprado esas telas y tienen que pagarlas.

LA ABUELITA.- No pagarán nada y usted se va a llevar ahora mismo todo esto. ¡Márchese! Voy a mandar a mi doncella a comprar en casa de la señora Jourdan todo lo que hace falta.

La señora Juivet se marchó con un furor espantoso. Yo la acompañé un trozo de camino rebuznando con aire burlón y saltando en torno suyo, lo que divertía a los niños, pera ella tuvo miedo, porque se sentía culpable y temía que yo fuese a castigarla; se me creía algo brujo en el país y todos los bribones me temían.

Las mamás riñeron a las niñas y sus primos se burlaron de ellas; yo me quedé por allí cerca, paciendo la hierba y mirándolos correr, brincar y jugar.

Oí, durante ese tiempo, que los papás organizaban una partida de caza para el día siguiente, que Pedro y Enrique llevarían fusiles pequeños para ser de la partida, y que un joven vecino de campo había de ir también.



XV

La caza

A l día siguiente iba a tener lugar, como ya he dicho, la excursión de caza.

Pedro y Enrique estuvieron listos antes que nadie; era la primera vez; llevaban sus fusiles en bandolera, sus morrales colgados del hombro; les brillaban los ojos de contento; habían adoptado un aire orgulloso y batallador, que parecía decir que toda la caza del país iba a caer bajo sus disparos.

Yo les seguía de lejos y vi los preparativos de caza.

-Pedro –dijo Enrique con aire resuelto-, cuando nuestros morrales estén llenos, ¿dónde meteremos la caza matada?

-Estaba pensando en eso mismo –contestó Pedro-; le pediré a papá que nos dejé llevar a Cadichón.

Esta idea no me gustó; sabía que los cazadores noveles tiran a diestro y siniestro, sin fijarse en lo que tienen delante. Queriendo tirar a una perdiz, me podían arrear un tiro, y esperé con inquietud en lo que iba a parar la proposición.

-Papá –dijo Pedro a su padre, que llegaba-; ¿podemos llevar a Cadichón?

EL PAPÁ.- ¿Para qué? ¿Quieres cazar a burro y tirar a las perdices a la carrera? Habría que ponerle alas a Cadichón.

ENRIQUE.- (Contrariado.) No, papá; es para ayudarnos a llevar la caza.

EL PAPÁ.- (Riendo.) Pero ¿os creéis, pobres inocentes, que vais a matar algo?

ENRIQUE.- (Picado.) Claro que sí; llevo veinte cartuchos y cobraré por lo menos quince piezas.

EL PAPÁ.- ¡Ja, ja! ¡Esta sí que es buena! ¿Sabes lo que mataréis entre vosotros dos y vuestro amigo Augusto?

ENRIQUE.- ¿El qué, papá?

EL PAPÁ.- El tiempo, y nada más.

ENRIQUE.- (Ofendido.) Entonces, papá, no sé por qué nos has dado fusiles, ni por qué vamos a cazar, si nos crees tan torpes que no vamos a matar nada.

EL PAPÁ.-Pues para enseñaros a cazar. No se mata nunca nada las primeras veces; sólo a fuerza de ensayos se aprende a cazar.

La conversación fue interrumpida por la llegada de Augusto, que también iba dispuesto a matar todo lo que se le pusiese por delante.

PEDRO.- Papá cree que no cazaremos nada, Augusto; ya le haremos ver que somos más listos de lo que se figura.

AUGUSTO.- Pierde cuidado; mataremos más perdices que ellos.

ENRIQUE.- ¿Por qué mas que ellos?

AUGUSTO.- Porque somos jóvenes y listos, mientras nuestros papás son ya algo viejos.

ENRIQUE.- Eso es verdad. Papá tiene cuarenta y dos años; Pedro, quince, y yo, trece. ¡Qué diferencia!

AUGUSTO.- ¡Pues y mi padre, que tiene ya cuarenta y tres años! Y yo ¡sólo catorce!

PEDRO.- Oye, voy callandito a ponerle a Cadichón la albarda y los cestos. Nos seguirá y le haremos cargar con la caza.

AUGUSTO.- Sí, sí. Haz que le pongan grandes cestos, porque, a lo mejor, cazamos un corzo.

Yo me reía a socapa de su previsión. Estaba seguro de volver con los cestos tan vacíos como a la ida.

-¡En marcha! –dijeron los papás-. Muchachos, seguidnos de cerca… Pero, ¿qué es esto? ¿Cadichón nos sigue?... ¿Y esos dos enormes cestos?

-Es para la caza de los señoritos –dijo el guarda con mucha risa.

EL PAPÁ.- ¡Ja, ja! Se han empeñado en traerlo…

Y miró sonriendo a Pedro y a Enrique, que se daban aire de chicos desenvueltos.

ENRIQUE.- ¿Tu fusil está cargado, Pedro?

PEDRO.- Todavía, no; es tan duro de cargar, que prefiero esperar a ver aparecer una perdiz.

EL PAPÁ.- Ya estamos en el llano; ahora tiremos todos siempre al frente, para no herirnos.

Las perdices no tardaron en salir de todas partes; yo me quedé prudentemente detrás y un tanto lejos; hice bien, porque un perro rezagado recibió los perdigones.

Los tiros partían hacia el frente. Yo no perdía de vista a mis tres jóvenes fanfarrones; veía que tiraban a menudo, pero no cogían nada: ni liebre ni perdiz. Se impacientaban, tiraban al azar, demasiado lejos o demasiado cerca.

Los papas hacían, al contrario, buena faena: tantos tiros, tantas piezas en sus morrales.

Después de dos horas de caza, el papá de Pedro y de Enrique se les acerco.

-¿Qué, muchachos, habéis cargado mucho a Cadichón, o queda aún un hueco para vaciar yo mi morral, que está demasiado lleno?

Los chicos no contestaron. Yo me acerqué corriendo y giré uno de los cestos hacia el papá.

EL PAPÁ.- ¿Cómo? ¿Nada dentro? Vuestros morrales van a reventar si los llenáis demasiado.

Los morrales estaban aplastados y vacíos. El padre se echó a reír del aspecto consternado de los jóvenes cazadores, vació su morral en uno de mis cestos y se volvió hacia su perro, que estaba en espera.

AUGUSTO.- ¡Digo, si tu padre caza perdices! Como que tiene dos perros que se las llevan y nosotros no tenemos ninguno.

ENRIQUE.- Eso es verdad. Quizá hemos matado muchas perdices, pero como no tenemos perros que nos las traigan…

PEDRO.- Pero yo no he visto caer ninguna.

AUGUSTO.- porque la perdiz no cae al recibir el tiro: vuela cierto tiempo y va a caer muy lejos.

PEDRO.- Lo que yo veo es que cuando papá o mis tíos tiran, las perdices caen en seguida.

Todos empezaban a andar con un paso menos firme y ligero que al empezar y se preguntaban qué hora era.

-Tengo hambre –dijo Enrique.

-Tengo sed –dijo Augusto.

-Me canso –dijo Pedro.

Pero había que seguir a los cazadores, que acertaban y se divertían.

Sin embargo, para no cansar demasiado a los chicos, propusieron un alto para almorzar. Los muchachos aceptaron con alegría. Llamaron a los perros y se dirigieron a una granja, que distaba cien pasos, y adonde la abuela había mandado provisiones.

Se sentaron bajo una encina y sacaron el contenido de los cestos: pastel de aves, un jamón, huevos duros, queso, mermeladas, confituras, un gran roscón, un enorme bizcocho y algunas botellas de vino añejo.

Todos comían con excelente apetito; pero la señora había provisto con tanta largueza, que aún quedó la mitad de las provisiones para los guardas y criados de la granja.

-No habéis tenido suerte, chicos –dijo el papá de Augusto- Cadichón no anda muy cargado…

AUGUSTO.- Claro, como vosotros teníais todos los perros… Habrían buscado las perdices que hemos matado…

EL PADRE.- ¡Ah! Pero ¿es que crees que habéis alcanzado alguna?

AUGUSTO.- Ciertamente; pero como no las veíamos caer, no podíamos recogerlas.

El padre, los tíos y hasta los guardas soltaron una risa que puso a los chicos colorados de rabia.

-Escuchad –dijo el padre de Pedro y de Enrique-: puesto que habéis perdido la caza por no tener perros, ahora, cuando volvamos, tendréis cada uno el vuestro.

PEDRO.- Pero los perros no querrán seguirnos.

EL PADRE.- Para obligarlos, os llevaréis los dos guardas, y nosotros saldremos media hora después que vosotros, para que los perros no tengan la tentación de reunírsenos.

PEDRO.- (Radiante.) ¡Oh, gracias, papá! ¡Ahora sí que vamos a cazar tanto como vosotros!

Después de descansar un rato, los jóvenes cazadores emprendieron la marcha con los perros y los guardas.

-Ahora si que parecemos cazadores de verdad –dijeron muy satisfechos.

Y yo, detrás de ellos, pero siempre a distancia.

Las perdices volaban de todas partes, como por la mañana; los chicos tiraban, como por la mañana, y no mataban ninguna, como por la mañana. Sin embargo, los perros cumplían con su obligación; corrían, husmeaban, buscaban…; pero no traían nada. Cuando en ésta, Augusto, impaciente, ve que se detiene uno de los perros; cree que tirando antes que la perdiz vuele la matará más fácilmente: apunta, dispara… y el perro cae, lanzando un aullido de dolor.

-¡Es nuestro mejor perro! –exclama el guarda corriendo hacia él.

Cuando llegó, el perro expiraba. El tiro le había herido en la cabeza.

-¡Buena la ha hecho usted, señorito! –dijo el guarda.

Augusto se había quedado consternado; Pedro y Enrique estaban conmovidos por la muerte del perro; el guarda, muy enfadado, lo miraba sin decir nada.

Yo me acerqué a ver quién era la desgraciada víctima de la torpeza de Augusto.

¡Cuál no fue mi pena al reconocer a Medor, mi amigo, mi mejor amigo! ¡Y cuál no fue mi espanto y mi duelo cuando vi al guarda levantar a Medor y ponerlo en uno de los cestos que yo llevaba! ¡He aquí lacaza que me veía obligado a llevar!

Al llegar a la granja, encontramos a los cazadores que, al no disponer de los perros, habían preferido descansar y esperar la vuelta de los chicos.

-¡Ya! –exclamaron al vernos.

EL PAPÁ DE PEDRO.- Creo, en verdad, que han cobrado una gran pieza. Cadichón va muy cargado y uno de los cestos se inclina, como si llevar un gran peso.

La cara confusa de los niños llamó la atención a los señores.

EL PAPÁ DE AUGUSTO.- (Riendo.) ¡No tienen un aire muy triunfante!

El guarda se acercó.

EL PAPÁ.- ¿Qué hay, Michand? Parece que estás cabizbajo.

EL GUARDA.- Y con motivo, señor. Traemos una triste caza. Su perro Medor, el mejor de todos, a quien ha matado el señorito Augusto, tomándolo por una perdiz.

EL PAPÁ.- ¡Medor!... ¡Torpe! Como vuelva a cazar aquí…

-Acércate, Augusto –le dijo su padre-. ¡He aquí adónde te ha conducido tu necia vanidad! Di adiós a tus amigos; vas a volver a casa ahora mismo y a guardar tu fusil para no volver a cogerlo, hasta que te hayas hecho razonable y modesto.

AUGUSTO.- (Con desenvoltura) Pero, papá, no sé por qué te enfadas así. Sucede a menudo eso de matar a los perros en la caza.

EL PAPÁ.- ¡Es demasiado!... ¿Dónde has aprendido esas nociones de caza? Queridos amigos, les ruego que me dispensen por haber traído un chico tan torpe como Augusto. No le creía de tanta estupidez. Y tú, ya has oído mis órdenes; vete.

AUGUSTO.- Pero, papá…

EL PADRE.- (Con voz severa.) ¡Silencio! Cállate, si no quieres probar el sabor de una correa.

Augusto bajó la cabeza y se retiró, todo confundido.

-Y veis, hijos míos –dijo el papá de Pedro y de Enrique-, adónde lleva la presunción; es decir, la creencia en un mérito que no se posee. Habéis despreciado nuestros consejos y habéis sido causa de la muerte del pobre Medor. Se ve, después de esto, que sois aún demasiado chicos para cazar. Ya veremos dentro de un año o dos.

Pedro y Enrique bajaron la cabeza sin replicar, y volvieron a casa tristemente.

Los niños quisieron enterrar por sí mismos, en el jardín, a mi desgraciado amigo, cuya historia os voy a referir.

Ya veréis por qué lo quería yo tanto.

XVI

"Medor"

Y no conocía a Medor hacía mucho tiempo. Era yo muy joven y él más joven aún cuando nos conocimos.

Vivía yo miserablemente en casa de aquellos malvados granjeros que me habían comparado, y de los que libré con tanta traza.

Estaba flaco, porque tenía hambre perpetua.

Medor, que les había sido dado como perro guardián, era menos desgraciado que yo; divertía a los niños, que le daban pan y otras cosas; además, me confesó que cuando podía colarse en la lechería sin que lo vieran, atrapaba algunos sorbos de leche y algún poco de mantequilla.

Medor era bueno; mi flacura le daba lástima; un día me trajo un mendrugo y me lo presentó con aire de triunfo.

-Come, mi pobre amigo –me dijo en su lenguaje-; me sobra pan del que me dan, y tú no tienes, en cambio, más que cardos y cuatro hierbajos.

-Mi buen Medor –le contesté-; estoy cierto de que te privas de tu pan por mí. No sufro tanto como te figuras; estoy acostumbrado a comer poco, a dormir poco y a que me peguen mucho.

-Te aseguro –me dijo Medor –que no tengo hambre. Demuéstrame tu amistad aceptando mi regalito. Es poco, pero te lo ofrezco con buena voluntad, y si lo rehusas me darás un disgusto.

-Entonces, acepto, mi buen Medor –le contesté-, porque te quiero, y te confieso que este pan me hace mucho bien, porque perezco de hambre.

Y me comí el pan de Medor, que miraba con alegría cómo me lo zampaba. Me sentí fortalecido por esta inesperada merienda, y se lo dije a Medor, para que viese mejor mi agradecimiento; resultó que todos los días me traía el mendrugo más gordo de los que le daban.

Por la noche se venía a acostar cerca de mí, bajo el árbol que yo escogía para dormir; entonces hablábamos sin que nadie nos oyese. Nosotros, los animales, no pronunciamos palabras como los hombres, pero nos comprendemos por otros signos, movimientos de cabeza, orejas y cola, y charlamos entre nosotros como las personas.

Un día lo vi llegar triste y abatido.

-Amigo mío –me dijo-; temo no poder traerte ya más pan; los amos han decidido que soy ya bastante grande y debo estar atado todo el día, soltándome sólo por la noche. Además, la dueña ha prohibido a los chicos que me den pan; quiere alimentarme ella misma, para convertirme en un buen perro de guarda.

-Si es por el pan que me traes por lo que tienes pena, tranquilízate; ya no lo necesito; he descubierto esta mañana un boquete en la pared del cobertizo del heno; he sacado un poco y creo que podré sacar más todos los días.

-¿De veras? –exclamó Medor-. Me alegro infinito; pero, sin embargo, me daba mucho gusto compartir mi pan contigo. Y luego, es triste estar todo el día atado y sin venir a verte.

Hablamos aún un buen rato y me dejó muy tarde.

Todo el día siguiente se pasó sin que yo viese a mi pobre amigo.

Hacia la noche, yo lo esperaba con impaciencia, cuando oí sus lamentos. Corrí a la empalizada y vi a la malvada dueña que lo tenía agarrado por la piel del cuello, mientras Julio le daba de latigazos.

Me lancé al través de la empalizada por una brecha abierta; me arrojé sobre Julio y le mordí el brazo de modo que se le cayó el látigo de las manos. Lan granjera soltó a Medor, que se escapó: eso es lo que yo quería; yo solté también el brazo de Julio, e iba a volver a mi puesto, cuando me sentí agarrar por las orejas; era le dueña, que gritaba a Julio, toda rabiosa:

-¡Trae el látigo, que yo corrija a esta mala bestia! No he visto un burro peor intencionado en mi vida. Y si no, anda, pégale tú mismo.

-No puedo mover el brazo –dijo llorando Julio-; lo tengo entumecido.

El ama recogió el látigo y corrió hacia mí para vengar al malvado de su hijo.

No hice la tontería de aguardar, como podéis suponer. De un salto, me alejé fuera de su alcance. Seguimos, ella persiguiéndome y yo huyendo, muy divertido con esta carrera. Veía la ira de mi dueña aumentar a medida que se cansaba y que sudaba, la mala mujer ya no podía más y se detuvo, toda rendida.

Mi amigo estaba vengado. Lo busqué con la vista, pues lo sentí correr hacia mi cercado; pero él esperaba presentarse cuando no lo viera mi cruel dueña.

-¡Miserable! ¡Criminal! –gritaba hecha una furia al retirarse-. ¡Ya me las pagarás todas!

Me quedé solo. Medor salió tímidamente de su escondite; corrí hacia él.

-Ven –le dije-. Ya se ha ido. ¿Qué habías hecho? ¿Por qué te pegaba Julio?

-Porque cogí un pedazo de pan que uno de los niños había dejado en el suelo: me ha visto, se ha abalanzado contra mí, ha llamado a Julio y le ha mandado que me pegase sin compasión.

-¿Y no ha habido nadie que te defendiese?

-¡Sí, sí; defenderme! Todos gritaban: “¡Duro con él! ¡Duro, para que escarmiente!”

-¡Infames! –exclamé-. Pero, ¡por qué cogiste el pan, Medor? ¿No te habían dado tu sopa?

-Sí, por cierto; pero el pan de mi sopa estaba tan desmigajado que no pude sacar nada para ti, y si yo hubiera podido atrapar aquel pedazo tan grande, hubieras tenido un buen regalo.

-¡Ah, pobre Medor! ¿De modo que te han pegado por mí?... Gracias, gracias; no olvidaré nunca tu amistad y tu bondad. Pero no vuelvas a hacerlo; te lo suplico. ¿Piensas que ese pan me habría dado gusto al saber que sufrías por esa causa? Mejor quisiera cien veces vivir sólo de cardos y saber que estabas bien tratado y dichoso.

Así, hice prometer a Medor que no daría nunca ocasión, por causa mía, de ser castigado; le prometí, a mi vez, hacer toda clase de picardías a las gentes de la granja, y cumplí mi palabra.

Un día tiré a un foso lleno de agua a Julio y a su hermana, y eché a correr, dejándolos salir como pudieran.

Otro día perseguí al pequeño de tres años, como si quisiera morderle: gritaba, y corría con un temor que me regocijaba.

Otra vez hice como que me dolía la tripa, y me revolqué por el suelo, en la carretera, con una gran carga de huevos, que se chafaron toditos; la dueña, aunque furiosa, no se atrevía a pegarme: me creía realmente doliente, y pensaba que me iba a morir y a perder el dinero que yo le había costado; así que, en lugar de pegarme, me hizo volver a casa y me dio un buen pienso. Es la mejor jugarreta que se me ha ocurrido en mi vida, y por la noche, cuando se la conté a Medor, nos tronchábamos de risa.

Otra vez vi tendida su ropa a secar; cogí las prendas una por una, con los dientes, y las tiré en el estercolero. Nadie me vió. Cuando el ama no encontró su ropa blanca, y después de haberla buscado por todas partes, la halló entre la basura, le entró un furor espantoso; pegó a la criada, la cual pegó a los chicos, y éstos pegaron a los gatos, a los perros, a los terneros y a los corderos. Se armó una barahunda encantadora para mí, porque todos chillaban, juraban y rabiaban. Esa fue otra velada bien divertida para Medor y para mí.

Reflexionando en todas estas maldades, me las he reprochado sinceramente, porque era vengarme sobre los inocentes de las faltas de los culpables. Medor me censuraba algunas veces y me aconsejaba más indulgencia; pero yo no le escuchaba y me volvía cada vez más malo; bien castigado estuve, como se verá más adelante.

Un día, día de duelo, un señor que pasaba vió a Medor, lo llamó, lo acarició; después fue a hablar con el amo y se lo compró en cien francos. El hombre, que creía tener un perro de poco valor, estaba encantado. Mi pobre amigo fue atado con una cuerda y conducido por su nuevo dueño; me miró con aire dolorido; yo corrí por todos lados para buscar una salida por la empalizada, pero todas las brechas estaban tapadas; no tuve siquiera el consuelo de recibir los adioses de mi querido Medor.

Desde ese día, me aburrí mortalmente; poco tiempo después ocurrió lo del mercado y mi fuga al bosque de Saint-Evroult. Durante los años que siguieron a esta aventura, yo me acordaba a veces de mi amigo, deseando encontrarle; pero ¿dónde buscar?

Cuando me llevaron al castillo de la abuelita, juzgad de mi alegría al ver, poco tiempo después, llegar con el tío y los primos Enrique y Pedro a mi amigo, a mi queridísimo Medor.

Había que ver la sorpresa general cuando vieron a Medor correr hacia mí, haciéndome mil fiestas, y a mí seguirlo por todas partes. Creyeron que la alegría de Medor era por verse en el campo, y la mía por tener un compañero.

Medor estuvo muy contento cuando le referí mi vida tranquila y feliz, la bondad de mis amos, mi gloriosa reputación el país; gimió conmigo al relato de mis tristes aventuras; se rió, aunque censurándome, de las jugarretas que le hice al granjero que me compró al ti o Jorge; se estremeció de orgullo al oír mi triunfo en la carrera de burros; gimió por la ingratitud de los padres de Paulina, y derramó algunas lágrimas sobre la triste suerte de aquella desgraciada niña.

XVII

Los chicos de la escuela

M edor se había alejado un día de la casa donde había nacido y donde vivía bastante feliz, persiguiendo un gato que le había quitado un trozo de carne, regalado por el cocinero. La carne estaba un poco pasada; pero Medor, que no era delicado, se la había llevado a su perrera, cuando un gato, que andaba al acecho, saltó encima y salió corriendo con ella.

Mi amigo no solía disfrutar de tan ricos bocados; echo a correr tras el ladrón, y lo habría atrapado, si al maldito gato no se le hubiese ocurrido trepar a un árbol. Medor no podía seguirle tan alto y se vió obligado a mirar cómo el bribón devoraba ante sus propios ojos el excelente manjar.

Justamente enojado por semejante desvergüenza, se quedó al pie del árbol, ladrando, gruñendo y haciendo mil reproches. Sus ladridos atrajeron a unos chicos que salían de la escuela y que se juntaron a Medor para injuriar al gato; acabaron por apedrearlo. El gato se escapó a lo más alto del árbol y se escondió entre las ramas más espesas, lo que o impidió a los diablos de los chicos continuar su juego y lanzar hurras de gozo cada vez que un maullido lastimero deshacía saber que el gato había sido alcanzado.

Medor empezaba a aburrirse de este juego; los dolorosos maullidos del gato habían disipado su cólera y temía que los chicos fuesen demasiado crueles. Se puso, pues, a ladrar contra ellos y a tirarles de las blusas; pero no por eso dejaron de tirar piedras, sino que también lanzaron algunas contra mi pobre amigo.

Por fin, un grito ronco, seguido de un crujido de las ramas, anunció que se habían salido con la suya, pues el gato cayó muerto al suelo; le habían roto la cabeza con una piedra. Los malvados se alegraron de su éxito, en vez de llorar por su crueldad y por los sufrimientos que le habían causado al pobre animalito.

Medor miró a su enemigo con aire de lástima, e iba a volver a casa, cuando uno de los chicos vociferó:

-Vamos a darle un baño en el río, que será muy divertido.

Y he aquí a Medor perseguido por todos aquellos canallas, ellos y él a todo correr; eran, desgraciadamente, una docena, lo que le obligaba a correr siempre de frente, porque si trataba de escaparse de lado, le atajaban, retardando su fuga. Era muy joven entonces; no tenía más que cuatro meses, y no podía correr mucho ni largo tiempo; acabó, pues, por ser atrapado; uno lo agarró por la cola; otro, por una pata; otros, por el cuello, las orejas, el lomo; cada uno tiraba por su lado y se divertían con sus quejas.

Por fin, le ataron una cuerda al cuello y lo hicieron adelantar a fuerza de puntapiés; llegaron al río e iban a tirarle, cuando el más grandullón exclamó:

-Esperad; voy a atarle dos vejigas al cuello para hacerle nadar y luego lo llevaremos hasta el molino y que pase bajo la rueda.

El pobre Medor se defendía en vano; ¿qué podía hacer contra tantos chicos? Andrés, el peor de la banda, le ató las dos vejigas al cuello y lo lanzó en el centro del río.

Mi desgraciado amigo, medio ahogado y empujado por la corriente, llegó al sitio donde el agua se precipitaba con violencia bajo la rueda del molino.

Los obreros volvían de comer y se aprestaban a levantar la esclusa que contenía el agua. El que iba a levantarla, vió a Medor, y se dirigió a los malvados, que se reían esperando ver al pobrecillo arrastrado bajo la rueda.

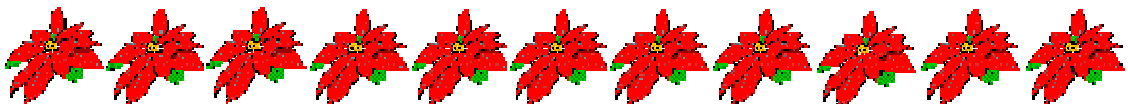
-¡Eh, amigos –gritó el obrero-; venid a castigar a estos chicos, que se divierten en ahogar a un pobre perro!

Sus camaradas acudieron, y mientras él salvaba a Medor, echándole una tabla, sobre la cual se subió, los otros dieron caza a los atormentadores, los cogieron a todos y les dieron una buena paliza con unas varas. Todos chillaban a cuál más; pero no por eso dejaban los obreros de zurrarlos a más y mejor. Por fin, los dejaron y todos se fueron gimiendo y llorando.

El salvador de Medor lo llevó a su casa, pero le dijeron que podía guardárselo, que tenían demasiados perros y no lo querían. Como era muy buen hombre, tuvo lástima de él y lo llevó consigo. Pero cuando su mujer vió el perro, empezó a chillar, diciendo que no tenía para mantener un perro que no servía para nada y que, además, tendrían que pagar el impuesto de los perros.

Tanto dijo y protestó, que el marido, para tener paz, se deshizo de Medor, regalándolo al malvado granjero, en cuya finca vivía yo, y que necesitaba un perro de guarda.

Y he ahí cómo Medor y yo nos conocimos, y he ahí por qué nos queríamos tanto.



XVIII

El bautizo

edro y Camila iban a ser padrino y madrina de la niña de una mujer que había sido niñera de Camila.

P Camila quería poner su nombre a su ahijada.

-No quiero –dijo Pedro-; yo soy el padrino y puedo ponerle el nombre que se me antoje. Se llamará Petra.

CAMILA.- ¡Huy, qué nombre más feo! Soy la madrina y quiero que la niña se llame Camila.

PEDRO.- No, porque el padrino manda más.

CAMILA.- Pues si le pones Petra no quiero ser madrina.

PEDRO.- Y si le pones Camila, no quiero ser padrino.

CAMILA.- Me importa poco, porque le diré a papá que sea el padrino en tu lugar.

PEDRO.- ¿Y a mí qué? Yo sé que mi tío no ha de consentir en que se llame Camila la criatura. ¡Vaya un nombre soso!

CAMILA.- ¿Pues quién me lo ha puesto a mí sino papá? ¡Anda a decirle que Camila es soso! Y a todo esto, decidamos de una vez; vamos a salir dentro de una hora y hace falta un padrino.

PEDRO.- Quiero serlo si se llama Petrita, y no quiero, si se llama Camila.

CAMILA.- Vamos a hacer una cosa. Preguntemos a la criada qué nombre quiere para su hija.

PEDRO.- Eso, sí. Ve a preguntárselo.

Camila fue corriendo y volvió pronto.

- ¡Pedro, Pedro! La mamá quiere que su niña se llame María Camila.

PEDRO.- Pero… ¿le has propuesto también el nombre de Petra?

CAMILA.- Sí, por cierto, y se ha echado a reír, porque dice que es muy feo.

Pedro no replicó nada, suspiró y preguntó dónde estaban los confites.

CAMILA.- En un cesto que llevarán a la iglesia. Ya está todo preparado, y toda esta calderilla.

PEDRO.- ¿Para qué?

CAMILA.- Para echársela a los chicos de la escuela.

PEDRO.- ¿Cómo a los chicos de la escuela? ¿Es que vamos a ir a la escuela después del bautizo?

CAMILA.- ¡No es eso! Es para repartir a la puerta de la iglesia. Todos los chicos del pueblo acuden allí y les echan a voleo confites y perras chicas, que ellos atrapan. Y dicen que es muy divertido.

PEDRO.- No creo; seguramente disputan y se pegan, y no me gusta eso de que se les echen al aire los confites a los niños, como si fueran perros.

MAGDALENA.- (Corriendo anhelante.) ¡Camila! ¡Pedro! Ya traen a la niña y nos vamos en seguida.

Todos acudieron corriendo hacia la criatura.

PEDRO.- ¡Oh, qué guapa es nuestra ahijada!

CAMILA.-¡Ya puede estar guapa, con su ropa de cristianar toda forrada de seda rosa!

PEDRO.- ¿Se la has regalado tú?

CAMILA.- ¡Oh, no! Yo no tenía bastante dinero; todo lo ha pagado mamá, menos el gorrito, que se lo he comprado yo.

Todo el mundo estaba listo. Hacía hermoso tiempo, el coche estaba enganchado y subieron a él el niño y su ama, el padrino y la madrina.

Camila y Pedro estaban muy huecos de encontrarse, como personas mayores, solos en el coche. Arrancaron; yo iba enganchado al cochecito de los niños, donde montaron Luis, Enriqueta, Santiago y Juana; Magdalena e Isabel se colocaron delante para guiar, y Enrique trepó detrás.

Las mamás, los papás y las criada iban a pie, cerca de nosotros, para hallarse con los niños en caso de accidente; pero esto era un exceso de prudencia, pues, yendo conmigo, no había nada que temer.

Partí al galope, porque mi amor propio me empujaba a pasar el coche de los padrinos. Los niños estaban encantados.

- ¡Bravo, Cadichón! –gritaban-. ¡Otro galope! ¡Viva Cadichón, el rey de los burros!

Y me aplaudían.

- ¡Bravo! –gritaban los pasajeros de la carretera-. ¡Ese burro corre como un caballo! ¡Buena suerte y que no volquéis!

Los papás y las mamás, que se habían escalonado a lo largo del camino, no estaban muy tranquilos; quisieron hacerme ir más despacio, pero yo no los escuchaba y, por fin, paré triunfalmente delante del coche; los caballos me miraban con sorpresa y, humillados por ser vencidos por un asno, quisieron también echarse al galope; pero el cochero los frenó, y se vieron obligados a retardar el paso, mientras yo apresuraba el mío.

Cuando el coche se detuvo ante la iglesia, todos mis amitos y amitas habían bajado del coche, y yo me había arrimado cerca de una empalizada, buscando la sombra, pues tenía calor y estaba sofocado.

A medida que los demás iban llegando, me admiraban por mi velocidad, y todo se volvía cumplidos a los niños por su equipo.

La verdad es que el coche y yo producíamos buen efecto. Yo estaba cepillado, peinado; los arreos, barnizados y lustrosos, con pompones rojos; me habían adornado las orejas con dalias blancas y encarnadas. El coche estaba muy barnizado. Estábamos de buen ver.

Oí por la ventana abierta la ceremonia del bautizo; la criatura gritaba como si la degollasen. Camila y Pedro, un poco atortolados con sus grandezas, se embrollaron diciendo el Credo, y el cura tuvo que ayudarlos.

Eché una ojeada por la ventana; vi a la pobre madrina y al desgraciado padrino rojos como cerezas y con lágrimas en los ojos. Sin embargo, lo que les sucedía era muy natural y a veces les ocurre a los mayores.

Cuando la pequeña María Camila estuvo bautizada, salieron todos de la iglesia para arrojar entre los chicos, que esperaban a la puerta, los confites y la calderilla.

Al ver aparecer al padrino y a la madrina, todos los arrapiezos gritaron:

- ¡Viva el padrino! ¡Viva la madrina!

Se entregó el cesto de confites a Camila, y el de las perrillas, a Pedro. Camila cogió un puñado y lo hizo caer en lluvia sobre los chicos; allí comenzó una verdadera batalla, una escena de perros hambrientos.

Los chicos se peleaban por los confites y por los céntimos; todos se abalanzaban sobre el mismo punto; se pegaban, se tiraban de los pelos, se disputaban cada confite y cada moneda, de todo lo cual la mitad se perdió entre la hierba, pateada por tantos pies.

Pedro no se reía; Camila, que se había divertido a los primeros puñados, ya no se reía tampoco. Veía que las batallas iban en serio, que algunos niños lloraban y otros tenían la cara arañada.

-Tenías razón, Pedro –dijo cuando salieron al coche-; si yo vuelvo a ser madrina, daré confites a los niños, pero no se los arrojaré.

-Ni yo los céntimos –dijo Pedro-; se los daré como tú dices.

Los coches partieron.

-Cadichón ha hecho sensación –dijo la mamá de Camila-; ahora ya puede volver más despacito. Y así haremos el camino con vosotros.

Cuando llegamos al castillo, cada cual bajó de su coche y fue a quitarse sus bonitos vestidos; a mí me quitaron también mis pompones y mis dalias y volví a pacer mi hierba, mientras los niños comían su merienda.



XIX

El burro sabio

*U*n día vi acudir a los niños al prado en donde yo pacía, en las proximidades del castillo.

Luis y Santiago jugaban por allí y se divertían en saltar sobre mi lomo; se creían ágiles como acróbatas, cuando, a decir verdad, eran bastante patosos, sobre todo Santiaguito, más gordo y más bajito que su primo.

Luis agarrándose a mi cola, llegaba a trepar sobre mi lomo; pero el gordifloncillo corría, se caía, se sofocaba y sólo podía llegar se le ayudaba su primo, poco mayor que él.

Para facilitarles el juego, me acerqué a un altozano, y Luis y Santiago habían logrado montar, cuando oímos a toda la banda, que corría alegremente.

-Santiago, Luis –gritaban-; vamos a divertirnos; pasado mañana hay feria y veremos un burro sabio.

SANTIAGO.- ¿Qué es un burro sabio?

ISABEL.- Un burro que sabe hacer muchas habilidades.

SANTIAGO.- No hará tantas como Cadichón.

ENRIQUE.- ¡Cadichón! ¡Qué va! Es muy bueno y muy listo para ser un burro; pero no sabe lo que el burro sabio de una feria.

CAMILA.- Si se le enseñase, haría otro tanto.

PEDRO.- Primero, veamos lo que hace ese burro sabio, y ya veremos si sabe más que Cadichón.

Santiago y Luis callaban, después de haberse dicho algunas cosas al oído. Cuando los niños se fueron, y después de asegurase de que nadie los veía ni oía, se pusieron a bailar en trono mío y a cantar:

Cadichón, Cadichón,
a la feria vendrás,
burro sabio verás,
y tú le imitarás.
Todos te aplaudirán,
todos te alabarán,
y tú serás, pon, pon,
el sabio Cadichón.

- ¡Qué bonito es esto que cantamos! –dijo Santiago.

LUIS.- ¡Ya lo creo! Como que son versos. ¿Hago otro? Fíjate:

Y te puedo hacer ciento,
porque tengo talento.

SANTIAGO.- ¿Crees que nos dejarán llevar a Cadichón a la feria?

LUIS.- Sí, sobre todo cuando les digamos en secreto para qué queremos que Cadichón vea el burro sabio.

ANTIAGO.- Vamos a pedir el permiso.

Y he aquí corriendo a los dos hacia la casa, justamente cuando los papás se dirigían al prado para ver lo que hacían los niños.

LUIS.- ¡Papá! ¿Sabes que pasado mañana habrá un asno sabio en la feria?

EL PAPÁ DE LUIS.- No, no lo sabía; pero ¿qué nos importan todos los asnos sabios teniendo a Cadichón?

LUIS.- Eso mismo es lo que decíamos, papá; que Cadichón es más sabio que ellos. Mis hermanas, mis primas y mis primos irán a la feria a ver a ese burro, y nosotros querríamos llevar a Cadichón , para que lo vea y haga otro tanto.

EL PAPÁ DE SANTIAGO.- ¿Cómo? ¿Y vais a poner a Cadichón entre la gente para ver al burro?

SANTIAGO.- Sí, papá; en vez de ir en coche, montaremos en Cadichón, y nos pondremos cerca del corro donde el burro sabio hará sus habilidades.

EL PAPÁ DE SANTIAGO.- Bien me parece; pero dudo de que Cadichón aprenda gran cosa en una lección.

SANTIAGO.- ¿Verdad, Cadichón, que tú sabrás tanto como ese imbécil de burro sabio?

Al dirigirme esta pregunta, Santiago me miraba con aire tan inquieto, que yo me puse a rebuznar para tranquilizarlo.

- ¡Oyes, papá? Cadichón dice que sí –exclamó Santiago con aire de triunfo.

Los dos papás se echaron a reír y prometieron ir a la feria con los niños y conmigo.

"¡Ah! –me decía yo entre mí-. Dudan de mi talento… ¡Es asombroso que los chicos sean más listos que los papás!"

Llegó el día de la feria.

Una hora antes de llevarme, me cepillaron y me peinaron hasta impacientarme y me pusieron una silla y riendas nuevas.

Al fin, estuve todo pomposo y bien ensillado; los papás estaban listos; colocaron a los pequeños en mi silla, y yo empecé a andar al paso, para no hacer correr a los pobres papás.

Una hora después, llegábamos al campo de la feria; había ya mucho público en el círculo indicado por una cuerda, donde el asno sabio había de lucir sus gracias.

Los papás de mis amiguitos los hicieron colocar conmigo cerca de la cuerda. Mis otros amos llegaron pronto y se situaron muy próximos a nosotros.

Un redoble de tambor anunció que mi sabio colega iba a presentarse. Todos los ojos estaban fijos en la barrera, que al fin se abrió y apareció el burro sabio. Estaba flaco y tenía un aire muy mohíno. Su dueño lo llamó; acudió sin prisa e incluso con algo de temor; comprendí que el pobre animal habría sido muy castigado para prender lo que sabía.

- Señores y señoras –dijo el dueño-; tengo el honor de presentar a Mirliflor, el príncipe de los jumentos. Este que ven ustedes, no es tan burro como sus camaradas; es un burro sabio, más sabio que alguno de ustedes: es un burro sin par. Vamos, Mirliflor, por de pronto, saluda como un asno bien educado.

Yo era orgulloso y este discurso me enfureció; decidí vengarme antes que terminase la sesión.

Mirliflor se adelantó tres pasos y saludó con la cabeza, con aire doliente.

- Ve, Mirliflor; lleva este ramo a la señora más guapa de la sociedad.

Mirliflor dio la vuelta al ruedo y se paró delante de una gorda y fea (supe después que era la mujer del amo) y que tenía azúcar en la mano. Mirliflor le dejó el ramo de flores.

Esta falta de gusto me indignó; salté por encima de la cuerda, con gran sorpresa de la asamblea; saludé graciosamente, delante, detrás, a derecha y a izquierda, me dirigí con paso resuelto hacia la gorda, le quité el ramo, lo deposité en las rodillas de Camila y me volví a mi puesto, entre los aplausos del público.

Todos se preguntaban qué significaba esta aparición; algunos creyeron que estaba arreglado de antemano y que se trataba de dos burros en vez de uno; otros, que me veían en compañía de mis amigos y que me conocían, estaban pasmados de mi inteligencia.

El amo de Mirliflor parecía muy contrariado y Mirliflor se mostraba indiferente a mi triunfo; yo empezaba a creer que, verdaderamente, era un bestia, lo que es bastante raro entre nosotros los burros.

Cuando se restableció el silencio, el amo llamó de nuevo a Mirliflor.

- Ven, Mirliflor; haz ver a estos señores y señoras que después de distinguir la belleza, sabes distinguir también la tontería; coge este gorro y pónselo en la cabeza al más tonto de los concurrentes.

Y le presentó u gorro con orejas de burro y con cascabeles y cintajos de colores.

Mirliflor lo cogió con los dientes y se dirigió hacia un chico muy coloradote, que bajaba la cabeza de antemano para recibir el gorro. Era fácil de conocer, por su parecido con la gorda, proclamada falsamente como la más linda del público, que aquel mofletudo era el hijo y el compadre del dueño.

“Llegó el momento -pensé- de vengarme de las palabras insultantes de ese imbécil.”

Y antes que pudieran detenerme, me lancé al ruedo, corrí a mi colega, le arranqué el gorro en el momento en que iba a plantárselo al chico, y, corriendo hacia el amo, apoyé las patas delanteras sobre sus hombros, y quise ponerle el gorro.

Me rechazó con violencia y aún se puso más feroz cuando las risas, mezcladas de aplausos, resonaron por todas partes.

- ¡Bravo! –gritaban-. ¡Este sí que es el verdadero burro sabio!

Envalentonado por los aplausos, hice otro esfuerzo por poner el gorro al amo; a medida que retrocedía, yo adelantaba, y acabamos por dar la vuelta al ruedo, yo corriendo detrás de él, sin acabar de ponerle el gorro; por fin, se cayó y yo aproveché la caída para encasquetarle el gorro hasta la barbilla.

Me retiré al punto; el hombre se levantó, pero como tenía los ojos tapados, se puso a girar y a saltar; yo me puse a imitarlo, de modo grotesco, girando y saltando como él y de cuando en cuando me interrumpía en esta burlesca imitación para soltarle un rebuzno en una oreja.

Describir las risas, los ¡bravos!, los aplausos del público, es imposible. Jamás burro en el mundo obtuvo semejante éxito. El ruedo fue invadido por miles de personas que querían tocarme, acariciarme, verme de cerca.

Los que me conocían estaban orgullosos de mí y me nombraban a los que no me conocían, contando una porción de historietas verdaderas y falsas, donde yo desempeñaba un gran papel.

Referían que yo había apagado un incendio, dándole a la bomba; que había salvado de un tercer piso a mi amita y que, viniendo las llamas por las escaleras, me había lanzado desde el tercer piso, con la niña montada, y que no nos habíamos herido, porque el ángel custodio de mi amita nos había sostenido en el aire para hacernos bajar al suelo con cuidadito.

Otra vez había matado yo solo a cincuenta bandidos, uno tras otro, y después había acudido a libertar, en sus cavernas, a cincuenta prisioneros que tenían allí los ladrones.

Otra vez, por fin, yo había vencido en las carreras a los mejores caballos del país y en cinco horas había corrido veinticinco leguas sin detenerme.

A medida que se esparcían semejantes noticias, la admiración aumentaba, y tanto se apretaba la gente, atropellándose, en torno mío, que los gendarmes tuvieron que apartar a la muchedumbre.

Por fortuna, los padres de Luis, de Santiago y de mis otros amitos, se habían llevado a los niños cuando la multitud se arremolinó en torno mío.

Me costó trabajo salir de allí, hasta con la ayuda de los gendarmes; querían llevarme en triunfo. Para sustraerme a ese honor, tuve que soltar algunas coces, pero con cuidado de no lastimar a nadie, sino sólo para infundir miedo y abrirme paso.

Ya libre del gentío, busqué a Luis y a Santiago, pero no los vi por parte alguna. Yo no quería, sin embargo, que mis queridos amitos volviesen a pie a su casa. Corrí sin perder tiempo a la cuadra donde ponían siempre a los caballos y los correajes. Tampoco los encontré; se habían marchado.

A todo correr por la carretera que conducía al castillo, no tardé en atrapar los dos coches, donde se habían amontonado, entre chicos y grandes, quince personas.

- ¡Cadichón! ¡Ahí está Cadichón! –exclamaron todos los niños al verme.

Pararon los coches, Santiago y Luis se apearon para abrazarme y volver a pie; después, Juana y Enriqueta; en seguida, Pedro y Enrique, Isabel, Magdalena y Camila.

-Ya veis –decían Luis y Santiago- que conocíamos mejor que vosotros el talento de Cadichón. ¡Qué bien ha comprendido los trucos de ese tonto de Mirliflor y del imbécil de su amo!

-Es verdad –dijo Pedro-; pero, ¿por qué se empeñaba en ponerle al amo el gorro de orejas de burro? ¿Habrá comprendido que era un bruto y que ese gorro significa la tontería?

CAMILA.- De seguro; tiene bastante talento para eso.

ISABEL.- ¡Ja, ja, ja! Dices eso porque te ha dado el ramo de flores como a la más bonita del público.

CAMILA.- De verdad que no; ya no me acordaba siquiera, y ahora que hablas, me acuerdo de que me dejó atónita; yo hubiera querido que le llevase el ramo a mamá, que era la más guapa de todas.

PEDRO.- Eres tú quien la representabas, y encuentro que, después de mi tía, el burro no podía escoger mejor.

MAGDALENA.- ¿Es que yo soy fea?

PEDRO.- No, por cierto; pero cada cual tiene su gusto, y Cadichón ha preferido a Camila.

ENRIQUETA.- ¡Que lástima que Cadichón no pueda Hablar! ¡Cuántas cosas nos contaría!

ISABEL.- ¡Quién sabe si nos comprende! Yo he leído las *Memorias de una muñeca*. Y esta muñeca ha escrito que todo lo oía y todo lo veía.

ENRIQUE.- ¿Y tú te crees eso?

ISABEL.- Sí que lo creo.

ENRIQUE.- Pero ¿cómo va a escribir una muñeca?

ISABEL.- Escribía por la noche con una plumita de colibrí y escondía sus Memorias debajo de la cama.

MAGADALENA.- No creas esas bobadas, Isabelita; la que escribe esas Memorias es una señora, y para hacer el libro más divertido hace como que es una muñeca la que escribe.

Hablando, hablando, llegamos al castillo; los niños corrieron en busca de su abuelita y le contaron todo lo que yo había hecho y lo que se había maravillado la gente.

- ¡Es en verdad maravilloso este Cadichón! -exclamó, viniendo a acariciarme-. He conocido borriquitos muy listos, pero como Cadichón, ninguno. Hay que confesar que somos bien injustos con los burros.

Me volví hacia ella y la miré con agradecimiento.

- ¡Parece que me comprende! –dijo la señora-. Mi pobre Cadichón: mientras yo viva, no te venderé y te haré cuidad todo lo que te mereces.

Yo suspiré pensando en su edad; tenía cincuenta y nueve años, y yo sólo nueve o diez.

“¡Amitos querido! –pensé para mí-. Cuando vuestra abuelita muera, guardadme, os lo ruego, no me vendáis" y dejadme morir en vuestro servicio.”

En cuanto al desgraciado dueño del burro sabio, me arrepentí amargamente más tarde de la jugarreta que le hice, y ya veréis el daño que causé queriendo mostrar mi talento.



XX

La rana

L vanidoso chico que había matado a mi amigo *Medor* había obtenido su perdón, quizá a fuerza de bajezas, y se le permitía volver a casa de la abuelita

E Yo no lo podía sufrir y buscaba la ocasión de jugarle alguna treta, porque no era nada caritativo y aún no había aprendido a perdonar.

Este Augusto era cobarde y siempre estaba hablando de su valor. Un día en que su padre lo había llevado de visita y en que paseaba con los niños por el parque, Camila dió un salto atrás y dió un grito.

PEDRO.- ¿Qué te pasa?

CAMILA.- He tenido miedo de una rana, que me ha saltado encima del pie.

AUGUSTO.- ¿Las ranas te asustan, Camila? Yo no tengo miedo de ningún bicho.

CAMILA.- ¿Por qué, pues, el otro día diste un brinco cuando te dije que tenías una araña en el brazo?

AUGUSTO.- Porque no entendí lo que me decías.

PEDRO.- No es verdad, porque me dijiste: “Pedro, quítamela, te lo ruego”

Yo escuchaba la conversación y me aproveché, como vais a ver. Los niños se habían sentado en la hierba, Al acercarme a ellos, vi una ranita verde, cerca de Augusto, el cual tenía en la chaquetilla un bolsillo entreabierto. Cogí con cuidado la rana por una patita y la puse en el bolsillo del vanidoso. Me alejé en seguida, para que Augusto no pudiera adivinar que era yo quien le había hecho el regalito.

Yo no oía bien lo que decían, pero veía que Augusto continuaba albándose de que él no tenía miedo de nada: ni de los leones. En éstas, necesitó sonarse y metiendo la mano en el bolsillo, la retiró, dando un grito de terror; se levantó veloz y chilló:

- ¡Quitadme esto!... ¡Tengo miedo!... ¡Socorro, socorro!

CAMILA.- (Entre risueña y asustada.) ¿Qué es eso, Augusto?

AUGUSTO.- ¡Un bicho! ¡Un bicho!... Quitádmelo…

PEDRO.- Pero ¿dónde está ese bicho?

AUGUSTO.- ¡En mi bolsillo! Lo noto, lo he tocado… ¡Quitadme ese bicho!

Enrique.- Quítatelo tú mismo, cobardón.

ISABEL.- ¿Con que quieres que te lo quitemos nosotros y tú no te atreves a tocarlo?

Los niños acabaron por reírse de las contorsiones de Augusto, que no sabía como librarse de su rana, a la que sentía removerse en el bolsillo. El espanto aumentaba a cada movimiento de la rana.

Por fin, loco de terror, no halló mejor medio para librarse de aquello que quitarse la chaquetilla, que tiró al suelo, quedándose en mangas de camisa.

Enrique entreabrió el bolsillo; la rana, viendo una salida, se escapó de un brinco y todos pudieron ver una graciosa ranita asustada, que saltaba y se apresuraba a ponerse en salvo.

CAMILA.- (Riendo.) El enemigo se da a la fuga.

PEDRO.- ¡Ten cuidado, no corra detrás de ti!

ENRIQUE.- No te acerques, que podría devorarte.

MAGDALENA.- ¡Nada hay más peligroso que una rana!

ISABEL.- Si no fuese más que un león, Augusto se le echaría encima; pero ¡una rana! Todo su valor no podría defenderlo de sus garras.

LUIS.- Y se te olvidan los dientes.

SANTIAGO.- (Atrapando la rana) Ya puedes ponerte la chaquetilla; tengo a tu enemigo prisionero.

Augusto permanecía todo avergonzado ante las risas y las burlas de los niños.

PEDRO.- Ayudemos a vestirlo, que se ha quedado sin fuerza.

ENRIQUE.- Mira que no se te pose algún moscardón encima; sería un nuevo peligro.

Augusto quiso escaparse, pero todos corrieron tras él. Fue una caza muy divertida para todos, menos para Augusto, que estaba rojo de ira y de despecho. Yo formé parte, galopando detrás y delante de él, redoblando su terror con mis rebuznos y mis tentativas para agarrarlo por los fondillos de su pantalón; por fin lo atrapé, pero tiró tan fuerte que el pedazo se me quedó entre los dientes, lo cual redobló las risas de los niños.

Conseguí, por fin, agarrarlo más sólidamente; dio tal grito que me hizo pensar que yo tenía bajo mi diente algo más que la tela del pantalón. Se paró en seco. Pedro y Enrique acudieron los primeros; yo tiré ligeramente, lo que le hizo dar otro chillido y no moverse más, hasta que entre Pedro y Enrique le pusieron su chaqueta. Lo solté en seguida, en cuanto ya no se necesitó mi ayuda., y me alejé con la alegría en el corazón, por haber conseguido ponerlo en ridículo. Nunca supo cómo se había encontrado aquella rana en su bolsillo, y desde ese feliz día ya no se atrevió a hablar más de su valor… delante de los niños.

XXI

El "poney"

H ubiera debido estar mi venganza satisfecha, pero no era así; aún sentía hacia el desdichado Augusto un rencor que me obligó a jugarle una nueva picardía, de la que mucho me arrepentí después.

Cuando la historia de la rana, nos vimos libre de él cerca de un mes. Pero su padre nos lo volvió a traer un día, lo que no dio gusto a nadie.

- ¿Qué haremos para distraer a este chico? –preguntó Pedro a Camila.

CAMILA.- Proponle una excursión en burro por el bosque. Enrique montará en Cadichón; Augusto, en el borrico de la granja, y tú montarás en tu poney.

PEDRO.- ¡Buena idea, con tal que le guste a él!

CAMILA.- Tiene que gustarle. Haz ensillar el poney y los burros; cuando estén listos, que monte en el suyo.

Pedro fue a buscar a Augusto, que estaba haciendo rabiar a Luis y a Santiago, pretendiendo ayudarlos para embellecer su jardinito. Se lo revolvía todo, arrancaba las matas, suplantaba las flores, cortaba las plantas de fresa y ponía el desorden por doquiera. Los pobrecillos trataban de impedirlo, pero él los rechazaba con su azadilla, y cuando Pedro llegó los encontró llorando ante el desastre de sus plantas y de sus flores.

- ¿Por qué mortificas a mis pobres primitos? –pregunto Pedro con aire enojado.

AUGUSTO.- No los mortifico; al contrario, los ayudo.

PEDRO.- Pero puesto que no quieren que los ayudes…

AUGUSTO.- Quiero favorecerlos aunque no quieran.

LUIS.- Nos da guerra porque es más grande que nosotros; contigo y con Enrique no se atrevería.

AUGUSTO.- ¿Qué no me atrevería? Repite esa palabra "peque".

Santiago.- ¡No! ¡No te atreverías! Pedro y Enrique son más fuertes que una rana, me parece a mí.

A la palabra rana, Augusto se puso encarnado, y dijo a Pedro:

-Bueno, ¿qué querías?; parece que me buscabas para algo…

PEDRO.- (Con frialdad.) Sí, venía a proponerte una excursión en burro, si quieres venir, con Enrique y conmigo a pasear por el bosque.

AUGUSTO.- (Apresuradamente.) Claro que sí.

Pedro y Augusto fueron a la cuadra y pidieron al cochero que ensillara al poney, a mi camarada y a mí.

AUGUSTO.- ¡Ah! ¡Tenéis un poney! Me gustan mucho a mí…

PEDRO.- Me lo ha regalado abuela.

AUGUSTO.- ¿Y sabes montar a caballo?

PEDRO.- Sí; hace dos años que me ejercito.

AUGUSTO.- Me gustaría montar en el poney.

PEDRO.- Si no has aprendido a montar, no te lo aconsejo.

AUGUSTO.- No he aprendido, pero monto tan bien como cualquiera. ¿Quién no sabe montar a caballo?

PEDRO.- ¿Cuándo has montado tú, si tu padre no tiene caballos de silla?

AUGUSTO.- He montado en borricos, que es lo mismo. Bien me puedes cede tu poney por una vez.

PEDRO.- ¡Oh! No es por negártelo; pero el poney es algo vivo y…

AUGUSTO.- ¿Y qué?

PEDRO.- Que… que podría tirarte al suelo.

AUGUSTO.- (Picado.) No tengas cuidado: soy más listo de lo que te crees. Si quieres hacerme ese favor, verás que sé guiarlo tan bien como tú.

PEDRO.- Como quieras, Augusto. Toma el poney, yo montaré en el burro de la huerta, y Enrique, en Cadichón.

Enrique llegó y ya estábamos todos listos. Augusto se acercó al poney, que se agitó un poco. Augusto lo miró con inquietud.

-Tenedlo bien hasta que me monte –dijo.

EL COCHERO.- No hay peligro, señorito. El animal no es malo, no tenga miedo.

AUGUSTO.- (PICADO.) ¿Miedo yo?... ¿Yo, que no tengo miedo de nada?

ENRIQUE.- (Bajito, a Pedro.) Excepto de las ranas.

AUGUSTO.- ¿Qué andas ahí hablando al oído?

ENRIQUE.- (Con picardía.) ¡Oh, nada! Que creí ver allí una rana entre la hierba.

Augusto se mordió los labios muy furioso y no replicó. Acabó por izarse sobre el poney, y se puso a tirar de la rienda; el poney retrocedió; Augusto se agarró a la silla.

-No tire usted señorito; un caballo no se lleva como un burro –dijo el cochero riendo.

Augusto aflojó la rienda. Yo iba delante con Enrique. Pedro seguía en el burro de la huerta. Tuve la picardía de lanzarme al galope; el poney quería adelantarme; yo corría a más y mejor; Pedro y Enrique se reían.

Augusto gritaba y se agarraba a las crines; todos corríamos, y yo estaba resuelto a no parar hasta ver a Augusto por el suelo.

El poney, excitado por las risas y los gritos, no tardó en pasarme delante; yo le seguía de cerca y le mordiscaba la cola cuando se atrasaba un poco. Así galopamos cosa de un cuarto de hora; Augusto peligraba a cada paso y se agarraba siempre al cuello de su caballo. Para apresurar su caída di una dentellada más fuerte a la cola del poney, que se puso a cocear con tal fuerza que, a la primera, Augusto se encontró sobre el cuello, y a la segunda pasó por encima de la cabeza de su montura, cayó sobre el césped y quedó tendido sin movimiento.

-Augusto, Augusto, ¿estas herido? –le preguntaron con inquietud.

-Creo que no…, yo no sé… -contestó Augusto, que se levantó temblando.

Cuando estuvo en pie le flaqueaban las piernas y le castañeteaban los dientes. Pedro y Enrique lo examinaron y, no hallándole ni un rasguño, lo miraron con lástima despreciativa.

PEDRO.- Es triste ser cobarde hasta ese punto.

AUGUSTO.- (Temblando.) Yo… no… soy… cobarde… Sólo que… he… tenido… miedo…

PEDRO.- Espero que ya no querrás volver a montar a caballo. Toma mi burro y yo montaré en mi poney.

Y sin esperar respuesta, montó ágilmente sobre el poney.

AUGUSTO.- (Con tono lastimero.) Me gustaría más Cadichón.

ENRIQUE.- Como quieras. Yo tomaré a Grisón, el burro de la huerta.

Mi primer impulso fue el de impedir al estúpido de Augusto su intención; pero formé otro plan, que servía mejor a mis rencores. Me dejé, pues, montar por mi enemigo y seguí a distancia al poney.

Si Augusto hubiera osado pegarme para hacerme ir más de prisa, yo lo hubiera arrojado al suelo; pero conocía el cariño que me tenían todos y me dejó ir a mi guisa.

Tuve cuidado, entre el bosque, de pasar cerca de malezas y de los espinosos matorrales, para que el rostro de mi jinete fuera rozado por las ramas llenas de pinchos de estos arbustos. Se quejó a Enrique, que le contestó fríamente:

- Cadichón sólo lleva mal a los que no quiere; es probable que tú no estés entre sus simpatías…

Después tomamos el camino de regreso; el paseo no divertía a Enrique ni a Pedro, que oían sin cesar las lamentaciones de Augusto, a quien nuevas ramas azotaban y arañaban; supongo que no iba más contento que sus compañeros.

Mi horroroso proyecto iba a realizarse. Al volver por la granja, teníamos que pasar al borde un foso, adonde iba a parar el conducto que recibía las aguas sucias y grasas de la cocina; allí se arrojaban toda clase de inmundicias.

Yo dejé pasar a Pedro y a Enrique delante; llegado a la orilla del foso, di un salto y de una sacudida arrojé a Augusto en mitad del agua negra. Quiso gritar, pero el agua le entraba en la boca, llegándole hasta las orejas.

Yo me reía por dentro y me decía: “Medor, estás vengado.”

No meditaba en el daño que podría causar a aquel pobre chico, que, al matar a Medor, había cometido una torpeza y no una maldad; no pensaba que yo era el peor de los dos.

Por fin, Pedro y Enrique, que se habían apeado, no viéndonos a mí ni a Augusto, se sorprendieron del retraso y, volviendo atrás, me divisaron a la orilla del foso, contemplando con aire satisfecho a mi enemigo, que luchaba por salir de él.

Se acercaron, y viendo a Augusto en un peligro serio, dieron un grito, asustados, y llamaron a los criados de la granja, que acudieron a sacar a Augusto. Cuando estuvo en tierra firme nadie se le quería acercar, de tan marradísimo como estaba y de lo mal que olía.

- Vamos, Augusto –le dijeron-, síguenos, pero de lejos; ese lodo apesta de un modo insoportable.

Augusto, todo mohino, nos seguía a distancia. Yo iba a la vanguardia, caracoleando y rebuznando con todas mis fuerza. Pedro y Enrique, descontentos de mi alborozo, me mandaban callar.

Este ruido inacostumbrado atrajo la atención de todos los de la casa, que se asomaron a las ventanas, de modo que cuando llegamos al castillo, vimos las caras asomadas, y poco después, grandes y chicos, viejos y jóvenes, todos habían bajado y hacían círculo en torno nuestro. Augusto estaba en medio. La abuelita fue la primera que dijo:

-Hay que dar un baño a ese pobre chico y ver si está herido.

-Yo me encargo –dijo el padre de Augusto-. Sígueme, hijo; ya veo, por tu andar, que no tienes herida ni contusión. Ven al estanque; te vas a meter en él y allí te jabonarás bien. El agua no está fría en esta estación. Pedro hará el favor de prestarte ropas y calzado.

Y se dirigió al estanque. Augusto temía a su padre y le siguió sin rechistar. Yo corrí para asistir a la operación, que fue larga y molesta, porque el lodo se le había pegado mucho a la piel y a los cabellos.

Los criados llevaron jabón, ropas, calzado. Augusto salió al cabo de media hora, limpio; pero tiritando, y tan abochornado, que no quiso dejarse ver y obtuvo de su padre que lo llevara en seguida a su casa.

Entre tanto, Pedro y Enrique habían contado sus dos caídas.

-Creo –dijo Pedro –que de las dos caídas tiene la culpa Cadichón, que no quiere a Augusto. Cadichón mordió la cola al poney, obligándolo a ir al galope. Yo no estaba

en la segunda caída, pero Cadichón tenía un aire tan triunfal y rebuznaba tan alegremente, que tiene trazas de ser él quien ha tirado a Augusto al foso. Lo aborrece…

MAGDALENA.- ¿Cómo lo sabes?

PEDRO.- Lo demuestra de mil maneras. ¿Te acuerdas el día de la rana cómo atrapó a Augusto por los fondillos de su pantalón? ¿Verdad, Cadichón, que detestas Augusto y que has sido malo con él adrede?

Yo conteste con un rebuzno y después le lamí la mano.

CAMILA.- ¿Sabes que Cadichón es un burro verdaderamente extraordinario? Estoy segura de que nos oye y nos entiende.

Yo la miré con dulzura y apoyé la cabeza sobre su hombro.

CAMILA.- ¡Qué lástima, Cadichón, que te estés volviendo tan malo y que nos obligues a quererte menos! Ahora veo que tienes una inteligencia extraordinaria, que los burros no son burros más que porque se los trata como a burros; es decir, con dureza y hasta con crueldad, y que no pueden querer a sus amos ni servirlos bien.

ENRIQUE.- Según eso, ¿crees que Cadichón descubrió a los ladrones por habilidad?

CAMILA.- Claro que sí. ¿Por qué, si no?

ENRIQUE.- Porque había visto por la mañana entrar a sus camaradas en el subterráneo y quería ir con ellos.

CAMILA.- ¿Y los trucos del burro sabio?

ENRIQUE.- Por envidia y mala idea.

CAMILA.- ¿Y las carreras de asnos?

ENRIQUE.- Por vanidad de burro.

CAMILA.- ¿Y el incendio cuando salvó a Paulina?

ENRIQUE.- Por instinto.

CAMILA.- Cállate ya; me aburres.

ENRIQUE.- Pero ¡si quiero mucho a Cadichón! Sino que lo tomo por lo que es: por un burro, y tú lo tomas por un genio. Nota que si tiene el talento que dices, entonces es malísimo.

CAMILA.- ¿Por qué?

ENRIQUE.- Al poner en ridículo al pobre burro sabio y a su amo, les ha impedido ganarse la vida. Luego le ha hecho mil maldades a Augusto, que no le ha hecho nada, y demás muerde y cocea a los demás animales para echarlos.

CAMILA.- Es verdad. Enrique. Ya casi prefiero creer que Cadichón no sabe lo que hace…

Y Camila se alejó corriendo con Enrique, dejándome solo y descontento de lo que acababa de oír.

Comprendía muy bien que Enrique tenía razón, pero no quería confesármelo a mí mismo, y, sobre todo, no quería cambiar y reprimir los sentimientos de orgullo, de ira y de venganza, a los cuales me había abandonado siempre.



XXII

El castigo

Me quedé solo hasta que anocheció; nadie vino a visitarme.

Me aburría, y al oscurecer me fui cerca de los criados, que tomaban el aire a la puerta de la cocina, y charlaban así:

EL COCINERO.- Yo que la señora, me desharía de ese burro.

LA DONCELLA.- ¡Ya, ya! ¡Qué jugarreta le ha hecho al pobre Augusto! Hubiera podido ahogarse…

EL CRIADO.- Y encima, aún saltaba y se alegraba, como si hubiera hecho alguna hazaña.

EL COCHERO.- Pues las va apagar. En vez de cena, le voy a dar una paliza…

EL CRIADO.- ¡Cuidado! Que si la señora se entera…

EL COCHERO.- ¿Y de qué se va enterar? ¿Crees que le voy a pegar delante de ella? Esperaré a que esté en la cuadra.

EL CRIADO.- Si, pues espérate sentado. Como hace siempre su gusto y entra en la cuadra cuando le da la gana…

EL COCHERO.- Ya lo haré yo entrar, quieras que no, y le quitaré esos humos.

Todos se echaron a reír. Yo me puse furioso y busqué el medio de evitar aquel castigo. Hubiera querido echarme encima de ellos y morderlos a todos, pero no me atrevía por miedo a que fuesen en grupo a quejarse a la señora.

El cochero, entre tanto, entró en la cocina, salió después y pasando delante de mi, me echó al cuello un lazo corredizo; yo tiré hacia atrás para romperlo y él hacia delante para hacerme avanzar; los dos tirábamos de nuestro lado y yo sentía que la cuerda me estrangulaba; ni siquiera podía rebuznar y tuve que ceder a la tracción del cochero, que me condujo así hasta la cuadra, cuya puerta abrieron con prisa los demás criados.

Una vez dentro, el cochero cerró la puerta, cogió un látigo de carretero y empezó a pegarme implacablemente, sin que nadie tomara mi defensa.

Por más que rebuzné y me defendí, mis jóvenes amos no me oyeron, y el maldito cochero me hizo expiar a sus anchas todas las picardías de que me acusaba.

Me dejó al fin en un estado de abatimiento y de dolor imposible de describir.

Era la primera vez que me veía humillado y golpeado en aquella casa. Después he reconocido que yo me había buscado aquel castigo.

Al otro día, muy tarde, me sacaron; yo tenía ganas de morder al cochero, pero me detuvo el temor de que me echasen. Me dirigí hacia la casa y vi a los niños reunidos delante, que charlaban con animación.

-Ahí está ese pícaro –dijo Pedro al verme-. Vamos a echarle, no sea que nos muerda o nos haga algo malo, como al pobre Augusto.

CAMILA.- ¿Qué le ha dicho el médico a papá?

PEDRO.- Pues que Augusto está muy mal; tiene fiebre y delirio…

SANTIAGO.- ¿Qué es el delirio?

PEDRO.- El delirio es cuando se tiene tanta calentura, que ya no se sabe lo que se dice; no conoce uno a nadie, y se ven una porción de cosas que no existen.

LUIS.- ¿Y qué ve Augusto?

PEDRO.- Cree siempre ver a Cadichón, que quiere tirarse sobre él, que le muerde y le patea; el médico está muy inquieto. Papá y mis tíos han ido a verlo.

MAGDALENA.- ¡Qué feo está lo que ha hecho Cadichón!

- ¡Sí, muy feo! Exclamó Santiago, volviéndose hacia mí-. ¡Anda , malo! ¡Ya no te quiero!

-Ni yo, ni yo, ni yo-. Repitieron todos los niños-; vete, que ya no te queremos.

Me quedé consternado. Todos, hasta mi Santiaguito, a quien yo quería tanto, me rechazaban.

Me alejé lentamente algunos pasos; me volví y los miré con un aire tan triste, que Santiago se conmovió; corrió hacia mí, y me dijo con voz cariñosa:

- Oye, Cadichón; no te queremos ahora; pero si eres bueno, te volveremos a querer como antes.

- ¡No, como antes no! –exclamaron los niños.

- Ya ves, Cadichón, ya ves lo que es el ser malo –añadió Santiago, pasándome la mano por el cuello-. Ya ves que nadie te quiere… Pero –añadió acercándose a mi oreja- yo aún te quiero un poco, y si dejas de ser malo, te querré mucho, lo mismo que antes.

ENRIQUE.- Ten cuidado, Santiago; no te arrimes, no te arree un bocado o una coz.

SANTIAGO.- ¡Oh, no! Estoy seguro de que a nosotros no nos muerde…

ENRIQUE.- ¡Toma! ¿Por qué no? Bien ha tirado dos veces a Augusto…

SANTIAGO.- Es que Cadichón no lo quiere…

ENRIQUE.- ¿y por qué? ¿Qué le ha hecho Augusto?

Santiago no contestó, porque, en efecto, no podía contestar nada; pero movió la cabeza y, volviéndose hacia mí, me hizo una caricia que me emocionó hasta hacerme llorar. El abandono de todos los demás me hacía más patentes aún estas pruebas de cariño de mi pequeño Santiago, y, por primera vez, sentí un sincero arrepentimiento en mi corazón.

Pensé con inquietud en la dolencia del desdichado Augusto. Por la tarde supe que se había empeorado. Mis amitos fueron a verle; sus primas aguardaban con impaciencia.

- ¿Cómo está? ¿Qué noticias? –les gritaron desde lejos, en cuanto los divisaron.

PEDRO.- Un poco mejor.

ENRIQUE.- Su pobre padre da lástima; llora y solloza y pide a Dios que le deje a su hijo…

ISABEL.- Vamos a rezar todos por él nuestras oraciones de la tarde. ¿Queréis?

-¡Sí, sí! –dijeron todos los niños al mismo tiempo.

MAGDALENA.- ¡Pobre Augusto! Si se llegara a morir…

ISABEL.- ¿Y dónde está su madre, que no se la ve nunca?

PEDRO.- Sería asombroso que la viésemos, pues se murió hace diez años.

ENRIQUE.- Y lo que es singular, es que la pobre señora murió por haber caído al agua desde una barca.

ISABEL.- ¿Cómo? ¿Murió ahogada?

PEDRO.- No, porque la sacaron en seguida, pero hacía calor y se impresionó tanto entre el frío del agua y el susto, que le dio fiebre y delirio, lo mismo que a Augusto, y murió ocho días después.

CAMILA.- ¡Dios mío, Dios mío! ¡Con tal que no le suceda lo mismo a Augusto!

ISABEL. Por eso tenemos que rezar mucho; quizá Dios nos concederá lo que le pedimos.

MAGDALENA.- ¿Dónde está Santiago?

CAMILA.- Estaba aquí hace un momento. Se habrá ido a casa.

No había ido a casa, sino que, apartado de todos, de rodillas y con la cara entre las manos, rezaba y lloraba.

¡Y era yo quien tenía la culpa de la enfermedad de Augusto, de la inquietud de su padre y del pesar de mi buen Santiaguito!...

Esta idea me apenó y me dije que no debía haber vengado a Medor.

"¿Qué bien le he hecho con esto? –me pregunté-. ¿Está menos perdido para mí? La venganza, ¿de qué me ha servido más que para hacerme temer y aborrecer?"

Al día siguiente, Santiago y Luis fueron a esperar al médico, que salía de ver a Augusto.

- ¿Cómo está? ¿Cómo está, señor Dulzón? –le preguntaron los dos.

DOCTOR DULZÓN.- (Muy lentamente.) No muy mal, niños. No tan mal como yo temía.

SANTIAGO.- Entonces, señor Dulzón, ¿no cree usted que pueda morirse?

DOCTOR DULZÓN.- (Lo mismo.) ¡No, no, no! No está grave.

SANTIAGO Y LUIS.- ¡Oh, qué alegría! Gracias, señor Dulzón. Adiós. Nos vamos en seguida para tranquilizar a nuestros primitos.

DOCTOR DULZÓN.- Esperad un poco. Ese burro, ¿no es Cadichón?

SANTIAGO.- Sí, es Cadichón.

DOCTOR DULZÓN.- (Con calma.) Pues tened cuidado, no os vaya a tirar a un foso, como lo ha hecho con Augusto. Decid a vuestra abuelita que haría bien en venderlo, porque es un animal peligroso.

El doctor Dulzón saludó y se fue. Yo me quedé tan confuso y humillado, que no pensé en echar a andar hasta que mis amitos me lo repitieron tres veces:

- ¡Vamos, Cadichón, anda!... ¡Arre, Cadichón, que tenemos prisa!... ¿No nos oyes? ¡Arre, arre, arre!

Arranqué, al fin, y de una carrera los llevé al castillo, donde esperaban a la entrada primos, primas, tíos y tías, papás y mamás.

- ¡Esté mejor! –exclamaron Santiago y Luis, y contaron la conversación con el doctor, sin olvidar su consejo.

Yo aguardaba impaciente la respuesta de la señora, que reflexionó unos instantes.

- Es cierto, hijitos, que Cadichón ya no se merece nuestra confianza; os recomiendo a los más pequeños que no montéis en él; a la primera tontería que haga se lo daré al molinero, que le hará llevar sacos de harina, pero quiero esperar aún a ver si se corrige. Veremos de aquí a dentro de algunos meses.

Yo estaba cada vez más triste, humillado y arrepentido; pero sólo podía reparar el mal que había hecho a fuerza de paciencia, de dulzura y de tiempo.

Augusto fue mejorando; pocos días después estuvo ya bien y no se ocuparon más de él en el castillo.

Pero a mí no se me olvidaba, porque, a cada paso, oía decir en trono mío:

- ¡Cuidado con Cadichón! ¡Acuérdate de Augusto!



XXIII

La conversión

D esde aquel día en que arrojé a Augusto al foso, el cambio de todos los de la casa para mí era visible. Hasta los animales no me trataban como antes; cuando yo llegaba, se alejaban, evitando mi presencia. Ya he dicho, a propósito de mi amigo Medor, que nosotros, los animales nos comprendemos, sin hablar como los hombres; que los movimientos de los ojos, de las orejas y de la cola reemplazan en nosotros a las palabras.

Demasiado sabía yo lo que había motivado tal cambio y me irritaba aún más que me afligía, cuando un día, estando solo, como de costumbre, echado al pie de un abeto, vi acercarse a Enrique y a Isabel, que se sentaron y siguieron hablando.

ISABEL.- Tienes razón, Enrique, y me paso lo que a ti. Ya no quiero a Cadichón, desde que fue tan malo para Augusto.

ENRIQUE.- Y no sólo eso. ¿Te acuerdas cuando en la feria fue tan malísimo para el amo del burro sabio?

ISABEL.- ¡Ja, ja, ja! Sí, me acuerdo bien. Todo el mundo se reía, pero no demostró buen corazón.

ENRIQUE.- ¡Qué va! Humilló al pobre burro y a su amo, que se fue sin haber ganado nada. Al marcharse, su mujer y sus hijos lloraban; no tenían para comer.

ISABEL.- Todo por culpa de Cadichón. ¿Y te acuerdas de las bribonadas que le hacía a su antiguo amo, según nos han contado? Se le comía las verduras, le chafaba los huevos, le manchaba la ropa… No se le puede querer.

Isabel y Enrique se levantaron y continuaron el paseo. Por de pronto me enfadé y anduve discurriendo una pequeña venganza; pero luego pensé que tenían razón. Siempre me había vengado, ¿y para qué me había servido esto? Para ser un desgraciado.

Cuando rompí brazo y dientes a mi antigua dueña, si me hubiesen atrapado, me hubieran medio matado de una paliza.

Hice mil picardías al otro amo, que fue bueno para mí, en tanto que no me volví holgazán y malo; después, me maltrató.

Cuando Augusto mató a mi amigo Medor, no reflexioné que fue por torpeza y no por mala idea. Si era tan estúpido, no era culpa suya, y por la mía estuvo casi a la muerte.

¡Y muchas menudas maldades que no he referido!

Con todo esto, lo que conseguí fue verme solo. Nadie venía a consolarme ni a acariciarme.

"¿Qué hacer? –me decía a mí mismo tristemente-. Si pudiera hablar, prometería ser bueno y manso de aquí en adelante…; pero no puedo, porque no hablo"

Me eché en la hierba y lloré, no como los hombres, que derraman lágrimas, sino en el fondo de mi corazón; lloré y gemí y, por primera vez, me arrepentí sinceramente.

Reflexioné mucho tiempo, resulto a volverme bueno y a reconquistar la amistad de mis dueños y de mis camaradas, y comencé al punto el ensayo de mis buenas resoluciones.

Hacía algún tiempo que yo tenía un camarada, al que trataba muy mal; pasaba siempre delante de él, le coceaba y le mordía si trataba de pasar delante de mí; el pobre

animal había acabado por ceder siempre el primer puesto y por someterse a todas mis voluntades.

Al anochecer, a la hora de entrar en la cuadra, me hallé en la puerta casi al mismo tiempo que mi camarada, que se ladeó con apresuramiento para dejarme entrar el primero; pero como había llegado algunos pasos antes, yo me detuve a mi vez y le hice signo de pasar. El pobre asno me obedeció temblando, inquieto por mi cortesía y temiendo una jugarreta, tal como un bocado o una coz. Se quedó muy sorprendido al verse sano y salvo.

Viendo su asombro, le dije:

- Hermano, he sido malo para ti, pero ya no lo seré más; te he despreciado y maltratado; ya no lo volveré a hacer. Perdóname, y de ahora en adelante no veas en mí más que a un buen camarada.

-Gracias, gracias –contestó el pobre burro, todo contento-; era muy desgraciado y seré feliz; estaba triste y estaré alegre; estaba solo y ahora estaré protegido y querido. ¡Oh, gracias!

Comiendo nuestra cena seguimos hablando, lo cual ocurría por primera vez. Encontré que era mejor y más sensato que yo, y le rogué que me sostuviera en mi nueva vida; me lo prometió con tanto afecto como modestia.

Los caballos, testigos de nuestra conversación y de mi no acostumbrada dulzura, se miraban y me miraban con sorpresa. Y oí decir al primer caballo:

- Esta es una farsa de Cadichón; alguna mala treta le va a jugar a su camarada.

- Pobre jumento –dijo el segundo caballo-; lástima le tengo. Si le advirtiésemos que desconfiase…

- Ahora, no –contestó el otro caballo-. ¡Silencio! Cadichón es tan malo, que si nos oye, se vengará-.

Me hirió la mala opinión que tenían de mí aquellos dos caballos. El tercero no rechistaba y me observaba atentamente. Yo lo miré con tristeza, de lo que pareció extrañado, pero continuó silencioso, observándome siempre.

Abatido por la pena y por el remordimiento, me tendí en la paja y noté que mi lecho era menos mullido y espeso que el de mi camarada. En lugar de enfadarme, como hubiera ocurrido antes, me dije que eso era justo.

“He sido malo –pensé-, y me castigan; me he hecho aborrecer y me lo hacen sentir. Aún debo estar contento de que no me hayan enviado al molino, donde me hartarían de trabajo y de palos.”

Gemí durante algún tiempo y me dormí. Al despertarme, vi entrar al cochero, que me despertó de un puntapié, desató mi cuerda y me dejó suelto; me quedé en la puerta y vi con asombro cepillar y arreglar cuidadosamente a mi camarada, ponerle la silla inglesa y dirigirlo hacia la escalinata.

Inquieto, temblando de emoción, lo seguí. ¡Cuáles no fueron mi pesar y mi desolación cuando vi a Santiaguito, mi preferido, acercarse a mi camarada y montar en él, después de algunas dudas!

Me quedé anonadado. El buen Santiaguito notó mi pena, porque se acercó a mí, me acarició la cabeza, y me dijo tritemente:

- ¡Pobre Cadichón! ¡Ya ves lo que has hecho! Ya no puedo montarte; mis papás temen que me tires al suelo. Adiós, pobre Cadichón, no tengas pena, que te quiero siempre.

Y se fue despacio, seguido del cochero, que le decía:

- Cuidado, no te acerques a Cadichón; te morderá y morderá al borriquito, porque es más malo que arrancado.

- No lo ha sido nunca conmigo, ni lo será –respondió Santiago.

Pronto los pedí de vista y me quedé en el mismo sitio, abismado en mi dolor. Lo que lo redoblaba era la imposibilidad de dar a conocer mi arrepentimiento y mis buenas resoluciones.

No pudiendo soportar el horrible peso que oprimía mi corazón, eché a correr sin saber adónde iba. Corrí mucho tiempo, rompiendo vallas, saltando fosos, atravesando ríos; sólo me detuve ante un muro que no podía franquear.

Miré en torno mío. ¿Dónde estaba? Creí reconocer el lugar, pero sin poder localizarlo enteramente. Estaba sudando a mares; había corrido muchas horas, a juzgar por la marcha del sol. Di la vuelta a la esquina del muro, y retrocedí con sorpresa y espanto. Me encontraba a dos pasos de la tumba de Paulina.

Mi dolor fue aún más amargo.

- ¡Paulina! ¡Mi querida amita! –exclamé-. Tú me querías porque era bueno, y yo a ti porque eras buena y desgraciada. Después he encontrado otros amos que también me trataban con cariño. Era feliz. Pero todo ha cambiado; mi mal genio, mi vanidad, mi carácter vengativo, han destruido toda mi felicidad. No me quiere nadie.

Lloré amargamente por dentro. Un pensamiento consolador me reanimó. “Si me vuelvo bueno –me dije-, y hago tanto bien como mal he hecho, quizá mis amitos vuelvan a estimarme, sobre todo, Santiaguito… Pero ¿cómo hacer para demostrarles mi buena voluntad?”

Así meditaba, cuando oí unos pasos pesados y una voz de hombre, que decía:

- ¿Qué lloriqueas, simple? ¿Te van a dar pan las lágrimas? Y si yo no tengo nada que daros, ¿qué le voy a hacer?

- Estoy cansado, padre.

-Bueno, pues descansemos un poco a la sombra de esta pared.

Dieron la vuelta al muro y se sentaron cerca de la tumba donde yo estaba. Reconocí con sorpresa al pobre amo de Mirliflor, a su mujer y a su hijo. Todos estaban muy flacos.

El padre me miró, se sorprendió y dijo con algunos titubeos:

- Si no veo mal, ahí esté el maldito burro que nos echó a perder la feria de Laigle… ¡Bribón! ¡Me las vas a pagar todas juntas!

Y levantándose, se acercó a mí. No traté de apartarme, de lo que pareció sorprendido.

- No es él –dijo-, porque está ahí como un poste… ¡Qué hermoso burro! Si yo dispusiera de él siquiera un mes, no te faltaría pan, hijo, ni a tu madre tampoco, ni yo tendría el estómago vacío.

Tomé al punto mi partido; resolví seguir a aquel hombre y sufrirlo todo para reparar el mal que le había hecho, ayudándole a ganar dinero.

Cuando reanudaron su marcha, yo los seguí.

- Es extraño –dijo el hombre- que este burro se empeñe en seguirnos. Ya que él quiere, dejémosle andar.

Al llegar al pueblo, se presentó a un posadero y le pidió alojamiento, diciéndole honradamente que no llevaba un cuarto en el bolsillo.

- Ya hay bastantes mendigos en el país sin que vengan los de fuera –contestó el posadero-; vaya a otra puerta, buen hombre.

Yo me acerqué al posadero y le hice varias reverencias, hasta que se echó a reír.

- ¡Vaya un burro! –dijo-. Si quiere usted que nos divierta con sus habilidades, consiento en darles comida y cama.

- Posadero –contestó el hombre-, daremos una representación, pero cuando tengamos algo en el estómago, porque en ayunas no hay voz de mando que valga.

- Pasas, pasad, que os van a servir ahora mismo; anda, Madelón, da de comer a los tres, sin contar el burro.

Madelón les sirvió una buena sopa, otro plato y queso, que se zamparon en un santiamén.

A mi me pusieron hierba abundante, que apenas probé; la pena me quitaba el apetito.

El posadero salió a convocar a todo el pueblo para verme; el patio se llenó de gente y yo entré en el corro con mi nuevo amo, que estaba muy apurado, ignorando lo que yo sabía hacer y si había recibido educación de burro sabio:

Al azar, me dijo:

- Saluda a la sociedad.

Yo saludé a derecha, a izquierda, delante y detrás. Y todos, venga aplaudir.

- ¿Qué le vas a mandar que haga? –le dijo bajito su mujer-. No sabrá lo que le dices…

- Probaremos; vamos, Mirliflor (este nombre me hizo suspirar), da un beso a la más linda de la sociedad.

Yo miré a todos lados y divisé a la hija del posadero, bonita morena de unos quince años, que estaba detrás de todo el mundo. Me fui derecho a ella, aparté con la cabeza a los que tapaban el paso y puse el morro sobre la frente de la chica, que se echó a reír y me pareció muy contenta.

- Oiga, tío Hutfer: ¿lo ha aleccionado usted, verdad? –dijeron algunos, riéndose.

-No, palabra de honor –contestó Hutfer-, ni por el forro.

-Ahora, Mirliflor –indicó el hombre-, vete a buscar algo, lo que puedas hallar, y dáselo al más pobre de la sociedad.

Yo me dirigí al comedor, cogí un pan y, llevándolo en triunfo, lo puse en las manos de mi nuevo dueño.

Risa general y aplausos. Uno dijo:

-Eso sí que no se lo ha enseñado el tío Hutfer. Bien ha aprendido las lecciones de su amo.

- ¿Y le va usted a dejar el pan? –dijo otro.

- ¡Ah, eso no! –dijo Hutfer-. Devuelva eso, usted, el hombre del burro: eso no entra en el convenio.

- Es verdad, posadero –contestó el hombre-; y, sin embargo, mi burro ha dicho lo cierto en lo de que yo soy el más pobre, porque ni mi mujer, ni mi hijo, ni yo habíamos comido desde ayer, por no tener dos perras chicas.

- Déjeles el pan, padre –dijo Enriqueta Hutfer-, y Dios nos lo pagará.

- Si te escuchase, Enriqueta –dijo Hutfer-, daríamos todo lo que tenemos.

- Y no somos más pobres por eso, padre; el buen Dios nos da suerte.

- Bueno, ya que lo deseas, que se guarde su pan.

A estas palabras, fui yo y le saludé profundamente; después cogí con los dientes una cestita vacía y la presenté a cada uno para que pusieran su limosna.

Al terminar mi ruedo, la cestita estaba llena; se la llevé a mi amo, la vacié en sus manos, la volví a poner donde estaba antes y me retiré gravemente, con aplausos de todos.

Me sentía contento y me afirmaba en mis buenas resoluciones.

Mi nuevo dueño parecía encantado; iba a retirarse, cuando todo el mundo le rodeó, solicitando una segunda representación para el día siguiente; se apresuró a prometerlo, y se fue a la sala a descansar con su mujer y su hijo.

La mujer miró a todas partes, y no viendo más que a mí, que había alargado la cabeza sobre el marco de la ventana, dijo a su marido en voz baja:

- Oye, tú: ¿no es raro el encuentro de este burro, que nos sigue sin más ni más, y nos hace ganar dinero? ¿Cuánto hay?

- No lo he contado aún –contestó el hombre.

Y se pusieron a contarlo entre los tres.

Yo pensé: "Sin duda tiene, gracias a mí, para vivir ocho días; quiero hacerle ganar aún más con la representación de mañana, y después me volveré a mis dueños: quizá me recibirán con cariño."

Me retiré de la ventana y me fui a pastar unos cardos frescos; entré en seguida en la cuadra de la posad, donde hallé a varios caballos ocupando los mejores puestos; me acomodé modestamente en el peor rincón; allí pude meditar a mis anchas, pues nadie me conocía ni se ocupaba de mí.

Al oscurecer, Enriqueta Hutfer entró en la cuadra, revisó si todos tenían lo que hacía falta, y viéndome en aquel rincón húmedo, sin paja ni heno ni avena, llamó a uno de los mozos de cuadra.

- Fernando –dijo-, ponle paja a este pobre burro para que no se acueste en el suelo húmedo, échale un buen pienso y mira si tiene sed.

FERNANDO.- Señorita Enriqueta, usted arruinará a su padre, mirando por todo el mundo. ¿Qué importa que el burro esté a gusto o no?

ENRIQUETA.- Tú no encuentras que soy demasiado buena cuando miro por ti, Fernando; quiero que aquí se trate bien a todos, personas y animales. Haz la cama al burro, y dale de beber y de comer.

Con esto salió, y Fernando hizo, refunfuñando, lo que le había ordenado su joven ama.

Al mullir la paja, me dio dos palos con la horquilla, echó ante mí un puñado de avena y me puso cerca un cubo de agua.

Yo no estaba atado y hubiera podido marcharme, pero preferí sufrir un poco más y dar mi segunda y última representación.

En efecto, al día siguiente vinieron a sacarme; mi amo me llevó a una plaza que estaba llena de gente. El pregonero había vociferado por la mañana, tocando el tambor:

"Esta tarde, gran representación del burro sabio, llamado Mirliflor, enfrente de la alcaldía y de la escuela."

Lucí las habilidades de la víspera y añadí danzas ejecutadas con gracia: valses y polcas; hice a Fernando la inocente jugarreta de invitarle a valsar rebuznando ante él y presentándole la parte delantera como para obligarle. Primero rehusó, pero como todos gritaban: "¡Sí, sí, que baile con el burro!", se lanzó por fin al ruedo riendo y haciendo mil piruetas, que yo imité lo mejor que pude.

Cansado al fin, dejé a Fernando danzar solo y fui a buscar a la posada un cesto, que presenté dando la vuelta, como el día anterior, a los espectadores. Tanto se llenó, que tuve que vaciarlo en la blusa del que creían mi dueño; después volví a pedir, y cuando todos hubieron dado, saludé al público y di el dinero al hombre.

Hallé con esto que ya había hecho bastante por él, que mi falta estaba reparada y que ya podía volver a mi casa. Así que, atravesando entre la multitud, partí al trote.

- ¡Eh! ¡Que se larga su burro! –dijo Hutfer, el posadero.

Mi pretendido amo se volvió, me miró con inquietud, y me llamó:

- ¡Mirliflor! ¡Mirliflor!

Viéndome continuar el trote, le oí exclamar con tono quejumbroso:

- ¡Detenedlo, por favor! Es mi pan y mi vida… ¡Cogedlo, cogedlo!

- ¿De qué tiene usted ese asno? –preguntó un hombre, llamado Clonet-. ¿Y desde cuándo?

- Lo tengo… desde que es mío –contestó él con algo de apuro.

- Ya lo oigo –replicó Clonet-; pero, ¿desde cuándo es de usted?

El hombre no contestó.

CLONET.- Es que me parece que lo conozco; mucho me engaño si no es Cadichón, el aso del castillo.

Yo me había parado; oía los murmullos y veía el apuro de mi amo, cuando, de repente, atravesó la muchedumbre y echó a correr del lado opuesto a mí, seguido de su mujer y de su chico.

Algunos quisieron perseguirlo, pero otros se opusieron diciendo que ya era inútil, puesto que yo me había escapado, y que el hombre sólo se llevaba un dinero que yo le había hecho ganar honradamente.

- En cuanto a Cadichón –decían- no dejará de encontrar su camino, y no se dejará atrapar si no le da la gana.

La gete se dispersó y yo seguí mi trote, esperando llegar a casa antes de la noche; pero faltaba aún mucho camino, yo estaba cansado, y me vi obligado a descansar a una legua del castillo. Era ya de noche y las cuadras debían de estar cerradas; me decidí a dormir en un pinar, cerca de un riachuelo.

Apenas me hube tendido en mi lecho de musgo, oí andar con precaución y hablar quedo. Miré y no vi nada, pues la noche estaba muy negra. Me volví todo orejas, y oí la conversación siguiente:

XXIV

Los ladrones

O es aún bastante de noche, Finote; lo mejor será emboscarnos en el pinar.

N - Pero, Pasaportado –dijo Finote-, hay que estudiar las entradas y salidas.

PASAPORTODO.- Bueno, ¿y qué vamos a hacer al castillo?

FINOTE.- ¿Qué vamos a hacer? Arramblar con todo lo del huerto: alcachofas, guisantes, zanahorias, frutas. No faltará tarea.

PASAPORTODO.- ¿Y luego?

FINOTE.- ¿Cómo luego? Pues saltaremos la pared con todo y lo iremos a vender al mercado de Moulins.

PASAPORTODO.- ¿Has marcado el sitio de la pared por donde debemos trepar?

FINOTE.- No, no lo he marcado; por eso creo que debía ir por allí a estudiar el sitio.

PASAPORTODO.- Y si te ven, ¿qué dirás?

FINOTE.- Haré como que voy a pedir un pedazo de pan.

PASAPORTODO.- No, no. Tengo otra idea. Conozco el huerto; hay un sitio donde la pared está algo derruida, y poniendo los pies en los agujeros llegaré a lo alto; ya encontraré una escala y desde arriba te la echaré, porque tú no ere ágil.

FINOTE.- No soy un gato como tú.

PASAPORTODO.- ¿Y si alguien viene entre tanto?

FINOTE.- Si es un perro, lo mato; llevo el cuchillo bien afilado.

PASAPORTODO.- ¿Y si es un hombre?

FINOTE.- (Rascándose la oreja.) ¿Un hombre?... A un hombre no se le mata como a un perro. Y si fuera por algo que mereciese la pena, pero por cuatro legumbres… ¡Además, ese castillo está siempre lleno de gente!

PASAPORTODO.- Bueno, ¿qué harías?

FINOTE.- Pues escaparme; sería lo más seguro.

PASAPORTODO.- Convenido. Vamos cerca de la tapia del huerto, tú te quedas a distancia para advertir si pasa alguien; yo trepo y te echaré una escalera de cuerda…

FINOTE.- Bueno…

En éstas, se vuelve con inquietud, escucha y dice bajito:

- Parece que he oído moverse algo… ¿Habrá alguien por ahí?

PASAPORTODO.- ¿Quién ha de haber por el pinar? Siempre has te tener miedo. Será un sapo u otro bicho.

Y se callaron.

Yo no me moví más, y me pregunté qué podía hacer para impedir a los ladrones que entrasen y para hacerlos prender.

No podía prevenir a nadie, ni siquiera defender la entrada en el huerto. Sin embargo, después de haberlo pensado bien, tomé un partido que podía impedir a los ladrones su maniobra.

Esperé a que se hubieran marchado para irme a mi vez. No quería moverme hasta el momento en que no pudieran oírme.

La noche estaba negra; yo sabía que no podían ir muy de prisa; tomé un atajo y llegué mucho tiempo antes que ellos a la tapia del huerto. Conocía el sitio que había indicado Pasaportado. Me arrimé a la tapia; no podían verme.

Esperé un cuarto de hora; nadie aparecía.

Por fin oí pasos sordos y un ligero cuchicheo; los pasos se acercaron con cautela; unos se dirigían hacia mí: Era Pasaportado; otros se alejaban al otro extremo de la tapia: era Finote.

Yo no veía, pero lo oía todo.

Cuando Pasaportado llegó al sitio donde algunas piedras caídas habían dejado agujeros capaces para poner los pies, empezó a trepar, tanteando con los pies y con las manos; yo oía y me enteraba de todos sus movimientos. Estaba quietísimo y apenas respiraba.

Cuando se hubo encaramado a la altura de mi cabeza, me lancé contra la tapia, lo agarré por la pierna y tiré fuerte; antes de darse cuenta, ya estaba derribado en el suelo, aturdido por el golpe, tundido por las piedras; para impedir que llamase a su camarada, le arreé una coz en la cabeza, que lo dejó sin conocimiento. Me quedé quieto a su lado, pensando que su camarada acudiría a ver lo que pasaba.

No tardé, en efecto, en oír a Finote, andando sigilosamente.

Daba algunos pasos, se detenía, escuchaba… ¡nada!..., volvía a andar otro poco… Así llegó cerca de su camarada; pero como todo se le volvía mirar a lo alto de la tapia, no veía que estaba tendido en tierra, sin movimiento.

- ¡Eh!... ¡Eh! ¿Tienes la escala?... ¿Puedo subir? –dijo en voz baja.

Y el otro sin rechistar.

Vi que no tenía gana de trepar y temí que se escapase: era tiempo de obrar.

Me lancé sobre él y le hice caer, tirándole por detrás de la blusa, y le arreé, como al otro, una buena coz en la cabeza, con lo que obtuve el mismo éxito; allí se quedó sin sentido al lado de su amigo.

Entonces comencé a rebuznar con mi voz más formidable; corrí a la casa del jardinero, a las cuadras, al castillo, rebuznando con tal fuerza, que desperté a todo el mundo. Algunos hombres, los más valientes, salieron con armas y linternas; corrí hacia ellos, y los llevé, corriendo delante, cerca de los ladrones tumbados al pie de la tapia.

EL PAPÁ DE PEDRO.- ¡Dos hombres muertos! ¿Qué ha sucedido aquí?

EL PAPÁ DE SANTIAGO.- No están muertos; respiran.

EL JARDINERO.- Este se queja.

EL COCHERO.- ¡Sangre!... Tiene una herida en la cabeza.

EL PAPÁ DE PEDRO.- ¡Y el otro también está herido! Parece una coz de caballo o de jumento.

EL PAPÁ DE SANTIAGO.- Sí; se ve la señal de la herradura en la frente.

EL COCHERO.- ¿Qué mandan los señores? ¿Qué desean que se haga con estos hombres?

EL PAPÁ DE PEDRO.- Hay que llevarlos a casa, enganchar el coche y llamar al médico. Mientras les aguardamos, procuraremos hacerlos volver en sí.

El jardinero llevó unas angarillas donde pusieron a los heridos y los llevaron a una pieza grande donde guardaban plantas en invierno. Los dos continuaban sin movimiento.

EL JARDINERO.- (Mirándolos con atención.) No conozco estas caras.

EL PAPÁ DE LUIS.- Quizá llevan papeles que permitan reconocerlos y así podríamos avisar a sus familias que están aquí y heridos.

El jardinero registró en sus bolsillos, retiró algunos papeles, que remitió al papá de Santiago, dos cuchillos muy afilados y un gran manojo de llaves.

- ¡Ah! –exclamó-. ¡Esto indica el oficio de estos señores! Venían a robar y quizá a matar.

- Empiezo a comprender –dijo el papá de Pedro-. La presencia de Cadichón y sus rebuznos lo explican todo. Estos dos venían para robar; Cadichón lo ha adivinado con su acostumbrado instinto; ha luchado contra ellos, los ha coceado y después se ha puesto a rebuznar para llamarnos a todos.

- Sin duda es así –dijo el papá de Santiago-. ¡Menudo servicio nos ha hecho este buen Cadichón! Ven, Cadichón mío, que ya tienes el indulto…

Yo estaba contento, y me paseaba cerca del invernadero, mientras socorrían a Finote y a Pasaportado.

El doctor Dulzón no tardó en llegar; los ladrones no habían recuperado aún el conocimiento. Examinó sus heridas.

DOCTOR DULZÓN.- ¡Vaya dos coces bien aplicadas! Se ve la señal de una herradura pequeña… Será de burro. Pero… -añadió mirándome-, ¿no será alguna nueva maldad de ese animal que nos examina como si nos entendiese?

EL PAPÁ DE PEDRO.- Maldad, no, sino fiel servicio e inteligencia. Esos hombres son ladrones; vea usted estos cuchillos y los papeles que llevaban.

Y se puso a leer:

"Núm. 1. Castillo con mucha gente; no es fácil de robar; huerto, fácil; legumbres y fruta; tapia poco alta".

"Núm. 2. Prebisterio. Cura viejo, sin armas. Criada sorda y vieja. Bueno para robar durante la misa".

"Núm. 3. Castillo de Sourval. Amo, ausente; mujer sola en el entresuelo; criado, en el segundo piso; mucha plata. Bueno para robar. Matar si gritan".

"Núm. 4. Castillo de Chanday. Perros de presa; envenenarlos; nadie en el bajo; plata, galería de curiosidades ricas, alhajas que robar. Matar, si acuden"

- Ya veis –dijo el papá-, que éstos son unos bandidos que venían a robar el huerto, a falta de otra cosa. Mientras usted se cuida de ellos, voy a mandar que avisen a los gendarmes.

El doctor Dulzón sacó una lanceta de un estuche y sangró a los dos ladrones, que no tardaron en abrir los ojos y que parecieron asustados de verse rodeados de gente. Cuando se recobraron un poco, quisieron hablar.

- ¡Silencio, bribones! –les dijo el doctor con calma y lentitud-. Silencio; no necesitamos vuestros discursos para saber quiénes sois y a lo que veníais.

Finote se echó mano al bolsillo y no halló sus papeles; buscó su cuchillo y no lo encontró. Miró a Pasaportado con aire sombrío y le dijo en voz baja:

- Ya te decía yo que había notado ruido.

- Cállate –contesto Pasaportado-; pueden oírte. Hay que negarlo todo.

FINOTE.- Pero ¿y los papeles? Los tienen.

PASAPORTODO.- Dirás que nos los hemos encontrado.

FINOTE.- ¿Y los cuchillos?

PASAPORTODO.- También los cuchillos, ¡pardiez! Hay que tener audacia.

FINOTE.- ¿Quién te ha dado ese golpazo en la cabeza, que te ha atontado así?

PASAPORTODO.- No sé nada. Me encontré en el suelo y golpeado sin saber cómo.

FINOTE.- Lo mismo me pasó a mí.

PASAPORTODO.- Ya acabaremos por saber quién es. Los que nos han herido vendrán a declarar.

FINOTE.- Es verdad. Hasta ahora, hay que negarlo todo. Vamos a convenir en los detalles para no contradecirnos. En primer lugar…

EL PAPÁ DE LUIS.- Separad a esos dos; van a entenderse sobre las mentiras que han de decir.

Dos hombres asieron a Finote y otros dos se apoderaron de Pasaportado, y, a pesar de su resistencia, los ataron de pies y manos, y llevaron a Pasaportado a otro sitio.

El brigadier de la gendarmería llegó cuando empezaba a amanecer, escoltado por cuatro gendarmes, porque le habían dicho que se trataba de arrestar a dos ladrones.

Los padres de mis amitos le contaron lo ocurrido y le enseñaron los papeles y los cuchillos.

- Este género de cuchillos –dijo el brigadier- indica que son ladrones peligrosos, de los que asesinan para robar, como además se ve por estos papeles, que son indicaciones de robos para efectuar en estos contornos. No me extrañaría que estos dos fuesen los apodados Finote y Pasaportado, bandidos muy peligrosos, escapados de presidio, que se buscan en diversas provincias y que han cometido numerosas fechorías. Voy a interrogarlos por separado.

Y entró en el invernadero, donde se había quedado Finote.

EL BRIGADIER.- (Mirándole.) ¡Buenos días, Finote! ¡Con que te has dejado atrapar?

Finote se estremeció, pero no contestó nada.

EL BRIGADIER.- ¿Qué? ¿Hemos perdido la lengua? Pues bien lista la tenías en el último proceso.

FINOTE.- ¿A quién habla usted, señor?

EL BRIGADIER.- A ti mismito.

FINOTE.- No le conozco a usted.

EL BRIGADIER.- Pero yo sí te conozco a ti. Eres Finote, escapado de presidio.

FINOTE.- Se equivoca, señor. No soy ése.

EL BRIGADIER.- ¿Pues quién eres? ¿De dónde venías? ¿A qué ibas?

FINOTE.- Iba a la feria de Moulins, a comprar corderos.

EL BRIGADIER.- ¿De veras? ¿Y tu camarada? ¿También compra corderos y borreguitos?

FINOTE.- No sé; nos encontramos por casualidad, poco antes de ser atacados y golpeados por una cuadrilla de ladrones.

EL BRIGADIER.- ¿Y estos papeles que llevabais en los bolsillos?

FINOTE.- No sé qué son. Los hemos encontrado no muy lejos de aquí y no hemos tenido tiempo ni de mirarlos.

EL BRIGADIER.- ¿Y los cuchillos?

FINOTE.- Los cuchillos estaban con los papeles.

EL BRIGADIER.- Sí que es suerte haber hallado y recogido todo sin ver gota, con lo negra que estaba la noche.

FINOTE.- ¡La casualidad! Mi camarada pisó encima, se agachó y, palpando, palpando, hemos cogido papeles y cuchillos, que nos hemos repartido.

EL BRIGADIER.- Pues ha sido lástima, porque el hallazgo es como para meteros en la cárcel.

FINOTE.- ¿En la cárcel a personas honradas?

EL BRIGADIER.- Eso ya lo veremos. Hasta la vista, Finote. Gendarmes, cuidad de que no se escape, como lo ha hecho más de una vez.

Y el brigadier salió, dejando a Finote abatido e inquieto.

- ¡Con Tal que Pasaportado diga lo mismo que yo! Pero mucha suerte sería.

Al ver entrar al brigadier, Pasaportado se vió perdido, pero hizo de tripas corazón y adoptó un aire indiferente.

EL BRIGADIER.- ¿Cómo está usted así, herido y atado?

PASAPORTODO.- No sé quién me ha atacado tan brutalmente.

EL BRIGADIER.- Vamos por orden. ¿Quién es usted?

PASAPORTODO.- Soy un vendedor de sidra.

EL BRIGADIER.- ¿Su nombre?

PASAPORTODO.- Roberto Portodo.

EL BRIGADIER.- ¿Adónde iba usted?

PASAPORTODO.- Por aquí y por allá, en busca de sidra, donde la venden.

EL BRIGADIER.- ¿Tiene usted un camarada?

PASAPORTODO.- Sí. Es mi asociado.

EL BRIGADIER.- ¿Y qué papeles son esos que llevaba usted en el bolsillo?

PASAPORTODO.- Unos papeles perdidos sin duda por algunos bandidos; yo iba a llevarlos a la comisaría.

EL BRIGADIER.- ¿Y los cuchillos?

PASAPORTODO.- Los habíamos comprado para defendernos; dicen que hay ladrones por el país… Precisamente nos han atacado antes que los hayamos visto.

BRIGADIER.- Pues Finote no dice eso.

PASAPORTODO.- Finote ha pasado tanto miedo que ha perdido la memoria; no hay que creer lo que dice.

EL BRIGADIER.- Claro que no lo he creído, ni lo que usted me dice, tampoco, amigo Pasaportado, porque ahora le reconozco; Se ha traicionado usted.

Pasaportado se dio cuenta de la tontería que había cometido, reconociendo que su camarada se llamaba Finote. Este era un mote que le habían puesto en presidio. En cuanto a Pasaportado, su verdadero apellido era Portodo, pero un día que se daba prisa para pasar al refectorio, Finote le dijo: “Pasa, Portodo.” Y ya se le quedó de mote.

No había medio de negar, y se calló, alzando los hombros.

El brigadier salió dejándole en un estado de rabia y de susto fácil de concebir.

- ¿Cree usted, doctor, que estos hombres pueden ir a pie hasta la ciudad? –preguntó el brigadier al doctor Dulzón.

- Creo que sí, no haciéndolos ir de prisa –contestó el doctor con lentitud-. Pero tienen la cabeza tan lastimada, que bien pudiera ser que se muriesen dentro de pocos días.

El brigadier estaba apurado; era bueno, y no quería hacer sufrir sin necesidad.

El papá de Pedro y de Enrique, viendo sus dudas, le ofreció una carreta. El brigadier aceptó y dio las gracias.

Cuando la carreta estuvo enganchada, hicieron acomodar en ella a Finote y a Pasaportado; cada uno iba entre dos gendarmes.

El brigadier, a caballo, iba al lado del carro, y no perdía de vista a sus presos. No tardaron en desaparecer, y yo me quedé solo ante la casa, pastando la hierba y esperando con impaciencia el paseo de mis amitos; sobre todo deseaba ver a Santiaguito; el servicio que acaba de prestar debía haberme hecho perdonar mi maldad pasada.

Cuando llegó enteramente el día, y cuando todos estuvieron levantados, vestidos y desayunados, un grupo se precipitó sobre la escalinata. Eran los niños.

Todos corrieron hacia mí y me acariciaron a porfía.

Pero, entre todas las caricias, las de Santiaguito fueron las más cariñosas.

SANTIAGO.- ¡Mi buen Cadichón, ya has vuelto! Yo tenía tanta pena de que te hubieses ido… Ya ves que te queremos siempre.

CAMILA.- Es verdad que se ha vuelto muy bueno.

MAGDALENA.- Y que ya no tiene aquel aire insolente que se le había puesto desde hace algún tiempo.

ISABEL.- Y ya no muerde a su camarada ni a los perros guardianes.

SANTIAGO.- Y que ha salvado las frutas del huerto haciendo atrapar a los ladrones.

ISABEL.- ¿Cómo ha podido hacer eso?

PEDRO.- No se sabe cómo, pero él ha advertido a todos con sus rebuznos. Papá, los tíos y los criados han salido y han visto a Cadichón yendo y viniendo con inquietud de la casa al jardín; le han seguido con faroles y los ha llevado hasta el huerto; allí han visto a los ladrones desmayados.

SANTIAGO.- ¿Y cómo han conocido que eran ladrones? ¿Es que los ladrones tienen caras y trajes extraordinarios, que no se parecen a los nuestros?

ISABEL.- ¡Ya lo creo! He visto una banda de ladrones y llevaban sombreros puntiagudos, unas capas color marrón y unas caras feroces, con unas barbas…

- ¿Dónde los has vistos? ¿Cuándo? –preguntaron todos los niños al mismo tiempo.

ISABEL.- Los he visto, el invierno pasado, en el teatro Franconi.

ENRIQUE.- ¡Ja, ja, ja! ¡Qué tonta eres! Yo creía que eran verdaderos ladrones los que habías visto en alguno de tus viajes, y me extrañaba que mi tío y mi tía no nos hubieran hablado nunca de ellos.

ISABEL.- (Picada.) Pues sí, señor; eran verdaderos bandidos, y los gendarmes se batieron contra ellos y los mataron o los cogieron presos. Y yo tuve mucho miedo, porque hubo algunos pobres gendarmes heridos.

PEDRO.- ¡Ja, ja, ja! ¡Pero qué simple! Lo que tú has visto es lo que se llama una comedia, que está representada por personas pagadas y que vuelven a hacerlas todas las tardes.

ISABEL.- ¿Cómo van a volver a empezar, si las han matado?

PEDRO.- ¿Pero no ves que es que fingen que los matan o hieren y que están tan buenos como tú y como yo?

ISABEL.- Entonces, ¿en qué han conocido mi papá y mis tíos que esos hombres eran ladrones?

PEDRO.- Porque han encontrado en sus bolsillos cuchillos para matar gente, y…

SANTIAGO.- (Interrumpiendo.) ¿Cómo son los cuchillos para matar a la gente?

PEDRO.- Pues…, pues… como todos los cuchillos.

SANTIAGO.- Entonces, ¿cómo se sabe que son para matar personas? A lo mejor los tienen para cortar el pan.

PEDRO.- ¡Qué cargante eres, Santiago! Siempre quieres que te expliquen y me has interrumpido cuando yo iba a decir que les han encontrado papeles donde habían escrito que robarían verduras, que matarían al cura y a otras personas.

SANTIAGO.- ¿Y por qué no querían matarnos a nosotros?

ISABEL.- Porque sabían que mi papá y mis tíos son muy valientes y que tienen pistolas y fusiles, y que todos los hubiéramos ayudado.

ENRIQUE.- Sí que tú serías de una famosa ayuda si viniesen a acometernos.

ISABEL.- Yo sería tan valiente como el que más, y sabría muy bien agarrar a los bandidos por las piernas para impedirles que mataran a papá.

CAMILA.- ¡Ea!, no discutáis y dejad a Pedro que cuente lo que sabe.

- El señorito Augusto los busca –dijo el jardinero, que llegaba con una provisión de legumbres para la cocina.

- ¿Dónde está? –preguntaron Pedro y Enrique.

- En el jardín –contestó el jardinero-; no se atreve a entrar en el castillo por miedo de encontrar a Cadichón.

Yo suspiré y pensé que el pobre Augusto tenía razón de temerme, desde el triste día en que por poco le ahogué en el foso, después de haberle hecho arañarse con las espinas y haber hecho caer brutalmente de su poney, al que previamente yo había mordido.

"Le debo una reparación –me dije-. ¿Cómo haría yo para prestarle algún servicio y demostrarle que ya no tiene motivos para temerme?"



XXV

La reparación

*M*ientras yo me devanaba los sesos para demostrar mi arrepentimiento a Augusto, los niños se acercaron a sitio donde yo reflexionaba, al tiempo que pastaba la hierba.

Vi que Augusto se quedaba a distancia, mirándome con aire desconfiado.

Pedro.- Hoy hace calor y no creo que un largo paseo resulte agradable. Mejor será quedarnos a la sombra del parque.

AUGUSTO.- Pedro tiene razón; además de yo me he quedado tan débil que un largo paseo me fatiga.

ENRIQUE.- ¿Le tienes mucha tirria a Cadichón, que tuvo la culpa de tu enfermedad?

AUGUSTO.- No creo que lo hiciera adrede; algo le asustaría en el camino, saltó y me tiró. Así que no le odio; solo que…

PEDRO.- ¿Qué?

AUGUSTO.- (Enrojeciendo ligeramente.) Que prefiero no montar en él.

La generosidad del pobre chico me conmovió y aumentó mi pesar por haberle maltratado.

Camila y Magdalena propusieron jugar a las comiditas; les habían construido un horno en el jardín, que encendían con ramas secas, que iban a recoger por sí mismas.

Se aceptó la proposición con alegría; todos corrieron a pedir delantales de cocina, y volvieron para prepararlo todo en el jardín.

Augusto y Pedro llevaron ramas, que partían por medió, y llenaron el horno con ellas.

Antes de encenderlo, se reunieron para saber qué iban a hacer de almuerzo.

CAMILA.- Yo haré una tortilla.

MAGDALENA.- Y yo, café con leche.

ISABEL.- Yo, unas chuletitas.

PEDRO.- Yo, una salsa a la vinagreta.

SANTIAGO.- Yo prepararé fresas con leche.

LUIS.- Yo untaré las tostadas con mantequilla.

AUGUSTO.- Pues yo cortaré el pan, pondré los platos, prepararé el vino y el agua y serviré a todos.

Con esto, cada cual fue a pedir a la cocina lo que le hacía falta para el plato que pensaba preparar. Camila llevó huevos, mantequilla, sal, pimienta, una sartén y un tenedor.

CAMILA.- Necesito lumbre para fundir la mantequilla. ¡Augusto, Augusto! Haz el favor de encender el horno.

AUGUSTO.- ¿Por dónde se enciende?

CAMILA.- Por aquí, y de prisita, mientras bato los huevos.

MAGDALENA.- ¡Augusto, Augusto! Corre a la cocina para traer el café, que se me ha olvidado.

AUGUSTO.- Tengo que encender la lumbre.

MAGDALENA.- Después; lo primero es el café, que tengo mucha prisa.

Augusto se fue corriendo.

ISABEL.- ¡Augusto, Augusto! Que necesito una parrilla para asar las chuletitas; acabo de cortarlas, y ¡y me han salido más bien!...

Augusto, que corría con el café, volvió a buscar la parrilla.

PEDRO.- Necesito aceite para mi vinagreta.

ENRIQUE.- Y yo vinagre para mi ensalada. ¡Augusto, vivo: vete por aceite y vinagre!

Augusto, que llegaba con la parrilla, volvió corriendo a buscar el vinagre y el aceite.

CAMILA.- ¿Y mi lumbre? ¿Así es como enciendes, Augusto? Ya están batidos los huevos y tengo que hacer la tortilla.

AUGUSTO.- Me dais tantos encargos, que aún no he tenido tiempo de encender la lumbre.

ISABEL.- Y yo necesito brasas para asar las chuletas. ¿Te has olvidado, Augusto?

AUGUSTO.- No, pero no he podido; no hago más que ir y venir.

ISABEL.- Bueno, pues date prisa.

LUIS.- Me hace falta un cuchillo para cortar las tostadas. ¡Augusto, un cuchillo!

SANTIAGO.- Y yo necesito azúcar molida.

ENRIQUETE.- Yo tengo sed…

JUANA.- Come cerezas, que refrescan.

SANTIAGO.- Y yo también quiero comer, que también tengo sed.

LUIS.- Lo mismo digo, y entre tanto descanso, que es muy pesado eso de hacer tostadas.

Y he aquí los cuatro pequeños que rodean el cesto de las cerezas.

Y tanto se refrescaron con ellas, que dieron fin del cesto. Entonces se miraron con inquietud.

JUANA.- Ya no queda nada.

ENRIQUETA.- Van a reñirnos.

LUIS.- ¡Dios mío! ¡Dios mío!... ¿Qué hacer?

SANTIAGO.- Pidamos auxilio a Cadichón.

LUIS.- ¿Qué quieres que haga Cadichón? No puede hacer que haya cerezas cuando nos las hemos comido todas.

SANTIAGO.- Es igual; mi buen Cadichón, ven a ayudarnos.; mira nuestro cesto vacío y procura llenarlo.

Y Santiago me ponía el cesto vacío debajo del morro para hacerme comprender lo que esperaba de mí. Yo lo olfateé y partí al trote; fui a la cocina, donde había visto poner otro cesto de cerezas, agarré el asa con los dientes, me lo llevé trotando y lo fui a depositar en medio de los niños reunidos.

Un grito de alegría acogió mi vuelta. Los demás se volvieron a aquel grito y preguntaron qué ocurría.

- ¡Es Cadichón! ¡Es Cadichón! –respondió Santiago-. Quiero que sepan lo bueno y lo listo que es Cadichón.

Y corriendo hacia ellos, les contó cómo había reparado su golosina. En lugar de reñir a los pequeños, alabaron a Santiago por su sinceridad y prodigaron también los mayores elogios a mi inteligencia.

Durante este tiempo Augusto había preparado la lumbre para Camila y las brasas para Isabel; Camila hacía su tortilla, Magdalena hervía su café, Enrique asaba sus costillitas, Pedro arreglaba la ensalada, Enrique daba vuelta a sus patatas asadas, Santiago preparaba las fresas en leche, Luis tenía ya un montón de tostadas, Enriqueta

ponía azúcar molida en el azucarero, Juana colocaba las cerezas y Augusto, sudando y resoplando, corría para llevar agua fresca y vino, para adornar los manteles con entremeses, sardinas, aceitunas, rabanillos. Había olvidado la sal, y a lo mejor una cuchara; se daba cuenta de que faltaban los vasos; descubría que habían caído moscas en el vino o en los platos.

En fin, cuando todo estuvo listo y todos los platos estaban ya sobre el mantel, Camila se dio un golpe en la frente.

- ¡Hemos olvidado lo principal, que es pedir permiso a nuestras mamás para almorzar fuera y comer de nuestra cocina!

- ¡Vamos corriendo –exclamaron los niños-; Augusto cuidará el almuerzo!

Y todos corrieron hacia la casa y se precipitaron en el salón donde estaban reunidos sus padres.

La presencia de los niños, encarnados y sofocados, con sus delantales de cocina, que les daban traza de una cuadrilla de marmitones, sorprendió a los papás.

Después de algunas preguntas y explicaciones, el permiso fue concedido y se volvieron a todo escape a reunirse con Augusto y con el almuerzo.

Augusto había desaparecido.

- ¡Augusto! ¡Augusto! –gritaron.

- ¡Aquí estoy! ¡Aquí estoy! –contestó una voz, que parecía bajar del cielo.

Todos levantaron la cabeza y divisaron a Augusto, encaramado en lo alto de una encina, y que bajaba con lentitud y cuidado.

- ¿Por qué has trepado ahí? ¿Qué idea te ha dado? –dijeron Pedro y Enrique.

Augusto seguía bajando sin contestar.

Cuando estuvo en el suelo, los niños vieron con sorpresa que estaba pálido y temblando.

MAGDALENA.- ¿Qué te ha sucedido, Augusto?

AUGUSTO.- Sin Cadichón no habríais encontrado ni a mí ni el almuerzo; me he subido a la encina para salvar la vida.

PEDRO.- Cuéntanos… ¿Cómo ha podido ser eso?

CAMILA.- Escuchemos comiendo, que me muero de hambre.

Se colocaron en la hierba, en torno del mantel.

Camila sirvió la tortilla, que todos encontraron excelente. Isabel sirvió a su vez las chuletitas que estaban buenas, aunque demasiado asadas.

Todo fue elogiado y todo estuvo bien servido. Mientas comían, Augusto contó lo que sigue:

- Apenas os fuisteis, cuando vi acudir dos perrazos de presa, atraídos por el olor de la comida; agarré un palo y creí que los podría echar. Pero ellos veían las chuletas, la tortilla, el pan, la mantequilla, la leche; en vez de tener miedo del palo, quisieron tirarse sobre mí, y uno me saltó a la espalda…

ENRIQUE.- ¿Cómo? ¿Entonces es que le habías vuelto la espalda?

AUGUSTO.- (Enrojecido.) No, pero es que yo había tirado el palo, y como ya no tenía nada para defenderme, comprenderás que no me iba a dejar devorar por aquellos perrazos hambrientos.

ENRIQUE.- (Burlón.) Comprendido: giraste sobre los talones y pies para qué os quiero.

AUGUSTO.- Yo corrí para ir en vuestra busca, pero los malditos perros corrieron detrás de mí, cuando en éstas, Cadichón agarró por el pellejo del lomo al más grande y lo sacudió, mientras yo trepaba al árbol; el otro saltó detrás y me agarro de la ropa, y me hubiera hecho pedazos si Cadichón no me hubiese defendido también; lanzó al aire al primer perro, que fue a caer, todo ensangrentado, algunos pasos más lejos;

cogió por el rabo al que me atarazaba, que me soltó al punto; después de arrojarlo a distancia, se volvió y le arreó una coz que ha debido de romperle los dientes. Los dos perros se han escapado aullando, y yo iba a bajar del árbol cuando habéis vuelto.

Admiraron mucho mi valor y me acariciaron y aplaudieron.

SANTIAGO.- (Con aire radiante.) Ya veis que Cadichón se ha vuelto bonísimo y yo lo quiero más que nunca. ¿Verdad, Cadichón, que seremos siempre buenos amigos?

Yo contesté con un rebuzno alegre; los niños se rieron y volvieron a su almuerzo. Magdalena sirvió su café con leche.

SANTIAGO.- ¡Oh, qué rico está!

LUIS.- Yo quiero más.

ENRIQUETA Y JUANA.- Y yo. Y yo también.

Magdalena estaba muy contenta del éxito de su café; es justo decir que todos lo habían hecho bien y que se lo comieron todito.

Sin embargo, el pobre Santiago tuvo un momento de humillación. Había azucarado la leche y puesto dentro las fresas limpias y el plato estaba muy bien. Desgraciadamente, terminó antes que los demás. Viendo que le sobraba tiempo, quiso perfeccionarlo, y se puso a chafar las fresas dentro de la leche. Estuvo chafa que te chafa hasta que las fresas quedaron hechas papilla.

Cuando Santiago las sirvió, dijo Camila:

- ¿Qué es eso? ¿Caldo colorado? ¿Con qué lo has hecho?

- No es caldo –contestó Santiago algo confuso-; son fresas con leche. Es muy rico, Camila; prueba…

- ¿Fresas? –dijo Magdalena-. Yo no las veo… Esto es un asco.

- ¡Sí, sí, un asco! –exclamaron los otros.

- Yo creía que bien chafadito estaría mejor –dijo el pobrecillo con los ojos llenos de lágrimas-. Pero, si queréis, iré a coger más fresas y a buscar más leche a la granja.

- NO, no, Santiaguito –dijo Isabel, conmovida por su pena-; puede que esté bueno. ¿Quieres ponerme?

Santiago, lleno de alegría, besó a Isabel y le llenó su plato.

Los demás viendo la buena voluntad del niño, le pidieron también, y todos, después de haber probado, declararon que estaba riquísimo, aún mejor que con las fresas enteras.

Santiaguito, que examinaba con inquietud sus caras mientras probaban su postre, se puso radiante cuando vió el éxito de su invento; se sirvió a sí mismo y, aunque no quedaba muy poco, aún le pesó no haber hecho más.

Acabado el almuerzo, se pusieron a fregar la vajilla en un gran lebrillo olvidado allí, y que una gotera había llenado de agua durante la noche.

No fue esto lo menos divertido del asunto, y cuando todo estuvo enjuagado, bien seco y llevado y colocado en su sitio, los niños volvieron a sus estudios, y Augusto se despidió para volver a su casa.

Antes de irse, Augusto me llamó, y viendo que me acercabas, corrió hacia mí y me dio las gracias, con palabras y con caricias, por el servicio que le había hecho.

Vi este sentimiento de gratitud con placer y me confirmó en la idea de que Augusto era mejor de lo que yo le había juzgado por de pronto; que no tenía rencor ni maldad, y que si era algo cobardón y tontuelo, no era culpa suya.

Tuve ocasión, pocos días después de hacerle un nuevo favor.



XXVI

La barca

ANTIAGO.- ¡Qué lástima que no podamos hacer todos los días una comidita como la de la semana pasad! ¡Fue tan divertido!

S

LUIS.- ¡Y qué bien almorzamos!

CAMILA.- Lo que más me gustó fue la ensalada con patatas y la salsa a la vinagreta.

MAGADALENA.- Ya sé por qué. Es porque mamá te prohíbe habitualmente comer cosas con vinagre.

CAMILA.- (Riendo.) Puede ser: las cosas que se comen pocas veces son las que más le gustan a uno.

PEDRO.- ¿Qué haremos hoy para divertirnos?

ISABEL.- Es verdad, que es jueves y tenemos permiso toda la mañana.

ENRIQUE.- ¿Y si pescásemos peces en el estanque para freírlos?

CAMILA.- ¡Buena ocurrencia! Tendremos un plato de pescado para mañana, que es día de vigilia.

MAGDALENA.- Pero… ¿tenemos cañas de pescar?

PEDRO.- Tenemos anzuelos, pero cañas, no.

ENRIQUE.- ¿Y si fuese algún criado a comprar al pueblo?

PEDRO.- No venden allí.

CAMILA.- Ahí viene Augusto; quizá tenga cañas de pescar en su casa y se puede mandar a buscarlas con el poney.

SANTIAGO.- Yo iré con Cadichón.

ENRIQUE.- Tú solo no puedes ir tan lejos.

AUGUSTO.- (Llegando.) ¿Qué es lo que queréis ir a buscar con Cadichón, amigos?

- Cañas para pescar. ¿Tienes tú, Augusto?

AUGUSTO.- No, pero no hay que ir a buscarlas tan lejos; con un cuchillo haremos todas las que queramos.

ENRIQUE.- ¡Es verdad! ¿Cómo no se nos había ocurrido?

AUGUSTO.- Vamos pronto a cortarlas al bosque. ¿Tenéis cortaplumas? Yo tengo el mío en el bolsillo.

PEDRO.- Yo tengo uno muy bueno, que me trajo Camila de Londres.

ENRIQUE.- Y yo también, el que me dio Magdalena.

SANTIAGO.- Y yo también tengo el mío.

LUIS.- Y yo.

AUGUSTO.- Pues vamos. Vosotros pelaréis la corteza y arrancaréis las ramas pequeñitas.

- Y nosotras, ¿qué hacemos entre tanto? –Preguntaron Camila, Magdalena e Isabel.

- Haced preparar todo lo que hace falta para pescar; el pan, los gusanos y los anzuelos.

Y todos se dispersaron, cada cual a lo suyo.

Yo me dirigí despacito al estanque, y esperé más de media hora la llegada de los niños.

Los vi, por fin, acudir, llevando anzuelos y todos los avíos de pesca.

ENRIQUE.- Creo que habría que agitar el agua para hacer salir los peces.

PEDRO.- Al contrario, no hay que hacer ningún ruido; los peces se van al fondo si se los asusta.

CAMILA.- Yo creo que sería bueno atraerlos echándoles migas de pan.

MAGDALENA.- Sí, pero no muchas, porque si les damos demasiado, se les quita el hambre.

ISABEL.- Dejadme a mi e id preparando los anzuelos, mientras les echamos el pan.

Isabel cogió el pan, y a la primera miga que echó, media docena de peces se precipitaron encima.

Isabel les echó más, Luis, Santiago, Enriqueta y Juana quisieron ayudar, y tantas migas echaron, que los peces, hartos, acabaron por no querer más.

- Temo que les hemos echado demasiado –dijo Isabel, bajito, a Luis y a Santiago.

SANTIAGO.- ¿Y eso qué importa?

ISABEL.-Pues que no querrán morder el anzuelo, porque ya no tienen hambre.

SANTIAGO.- ¡Ay! Los primos y las primas se van a enfadar.

ISABEL.- N o digamos nada. Están entretenidos con sus anzuelos, puede que los peces piquen de todos modos.

PEDRO.- (Llevando las cañas.) Ya están los anzuelos listos; cada uno que sostenga su caña… y a pescar.

Cada cual lanzó la suya al agua y esperaron algunos minutos muy quietecitos.

Ningún pez picaba.

AUGUSTO.- Este sitio no es bueno; vamos más lejos.

ENRIQUE.- Yo creo que no hay peces por aquí, porque veo migas flotando; no se las han comido.

CAMILA.- Id al otro lado del estanque, cerca de la barca.

PEDRO.- Por allí está más hondo.

ISABEL.- ¿Y eso qué importa? ¿O crees que se van a ahogar los peces?

PEDRO.- Los peces, no; pero algunos de nosotros sí, si tuviese la desgracia de caerse.

ENRIQUE.- ¿Y por qué hemos de caer? Sostenemos la caña lo bastante lejos para no correr peligro.

PEDRO.- Es verdad, pero no quiero que vayan los pequeños.

SANTIAGO.- ¡Oh, Pedro, te lo suplico; déjame ir contigo, que nos quedaremos lejos del agua!

PEDRO.- No, no; quedaos donde estáis; pronto volveremos, porque no creo que haya más peces allí que aquí. Además –añadió, bajando la voz-, es culpa vuestra si hoy no pescamos nada; he observado que les echabais demasiado pan; no se lo quiero decir a Enrique, a Augusto, a Camila ni a Magdalena; pero es justo que se os castigue por vuestro aturdimiento.

Santiago no insistió y fue a contar a los demás culpables lo que había dicho Pedro. Se resignaron a quedarse allí, esperando que los peces picasen, pero no picó ninguno.

Yo había seguido a Pedro, a Enrique y a Augusto al otro extremo del estanque. Pero nada. Por más que cambiaban de sitio y sumergían sus anzuelos, los peces no aparecían.

AUGUSTO.- Oíd; tengo una gran idea; en vez de aburrirnos esperando que a los peces se les antoje venir, hagamos una pesca en grande; pillemos quince o veinte de un golpe.

PEDRO.- ¿No podemos atrapar ni uno y vamos a atrapar quince o veinte? ¿Cómo?

AUGUSTO.- Con una red.

ENRIQUE.- Eso es muy difícil. Papá dice que hay que saber manejarla.

AUGUSTO.- ¡Difícil! ¡Qué va! Yo he lanzado la red, diez, veinte veces. Es muy sencillo.

PEDRO.- ¿Y cogiste muchos peces?

AUGUSTO.- No, porque no lancé la red en el agua.

ENRIQUE.- ¿Cómo es eso?

AUGUSTO.- La arrojaba en el hierba, sólo para aprender el manejo.

PEDRO.- ¡No es lo mismo! Estoy cierto de que en el agua lo haría muy mal.

AUGUSTO.- ¿Mal? Ahora verás si la lanzó mal o no. Corro a buscar la red que tenemos secándose al sol en el patio.

PEDRO.- No, Augusto, te lo ruego. Si sucediese cualquier cosa, papá nos reñiría.

AUGUSTO.- Pero ¿qué nos va a suceder? ¿No te digo que en casa siempre pescan con red? Voy en un vuelo.

Y Augusto salió corriendo, dejando a Pedro y a Enrique descontentos e inquietos.

No tardó en volver, arrastrando la red.

- Hela aquí –dijo-. Ahora, ¡cuidadito, peces!

Y lanzó la red con bastante traza; después tiró de ella despacito.

- ¡Tira más de prisa! –dijo Enrique.

- No, no –dijo Augusto-; hay que ir con cuidado para que los peces no rompan las mallas y se escapen.

Pero la red salió vacía; ni un solo pez se había colado dentro.

- ¡Oh! –exclamó-. Una vez no vale, y no hay que desanimarse.

Y volvió a la carga; pero no obtuvo más éxito.

- Ya sé lo que es –dijo-. Estoy demasiado a la orilla; no hay bastante agua. Voy a meterme en la barca y así podré desenrollar bien la red.

PEDRO.- No, Augusto, no te metas en la barca; podrías liarte entre las ramas y las cuerdas y volcar en el agua.

AUGUSTO.- Pareces un crío de dos años. Pedro. Yo tengo más valor que tú. Vas a ver.

Y brinco en la barca, que osciló fuertemente. Augusto tuvo miedo, pero hizo como que se reía, y yo vi que iba a cometer alguna torpeza.

Al fin desplegó y tendió mal su red, porque le estorbaban los movimientos de la barca; sus manos estaban inseguras, y vacilaba sobre sus pies.

Sin embargo, pudo más el amor propio y lanzó la red. Pero el movimiento fue detenido por el miedo de caerse al agua; la red se le enganchó en el hombro izquierdo y le dio tal sacudida, que le hizo caer en el estanque de cabeza.

Pedro y Enrique dieron un grito de terror, que respondió al grito de angustia que dio el desdichado Augusto al sentirse caer.

Se encontraba envuelto en la red, que dificultaba sus movimientos y no le permitía echarse a nadar para llegar a la orilla. Cuanto más se agitaba, más se le enredaba la red en torno del cuerpo.

Yo veía cómo se hundía poco a poco. Unos momentos más y estaba perdido.

Pedro y Enrique no podían prestarle auxilio, pues ni uno ni otro sabían nadar. Antes que pudiesen acudir otros, Augusto tenía que perecer infaliblemente.

No tardé mucho en tomar mi partido, me arrojé resueltamente al agua, nadé hacia él y me sumergí pues estaba ya a bastante profundidad. Agarré con los dientes la red que lo envolvía; nadé hacia la orilla, subí la pendiente, muy escarpada, siempre tirando de Augusto, a riesgo de ocasionarle algunos chichones, arrastrándole entre las piedras y las raíces, y le conduje hasta la hierba, donde se quedó completamente inmóvil.

Pedro y Enrique, pálidos y trémulos corrieron hacia él, le quietaron, con no poco trabajo, la red que lo aprisionaba, y , viendo acudir a Camila y a Magdalena, les pidieron que fuesen a buscar socorro.

Los pequeños, que habían visto desde lejos la caída de Augusto, acudieron también corriendo, y ayudaron a Pedro y a Enrique a enjugarle la cara y el pelo, impregnado de agua.

Los criados de la casa no tardaron en llegar. Se llevaron a Augusto, ya sin conocimiento, y los niños se quedaron solos conmigo.

SANTIAGO.- ¡Excelente Cadichón! ¡Tú eres quien ha salvado la vida a Augusto!... ¿Habéis visto con qué valor se ha tirado al agua?

LUIS.- Sí, sí… ¡Y cómo se ha sumergido para coger a Augusto!

ISABEL.- ¡Y con qué cuidado lo ha dejado tendido en la hierba!

SANTIAGO.- ¡Pobre Cadichón! ¡Estás todo mojado!

ENRIQUETEA.- No lo toques, Santiago, que va a mojarte la ropa; mira cómo chorrea agua por todas partes.

SANTIAGO.- (Abrazándome.) ¡Bah! ¿Qué importa eso? No estaré tan mojado como Cadichón.

LAUIS.- En vez de tantas zalamerías, mejor fuera que lo llevases a la cuadra; allí lo frotaremos con puñados de paja y le daremos avena para que entre en calor y cobre fuerzas.

SANTIAGO.- ¡Tienes razón! Ven, Cadichón, ven.

Seguí a Santiago y a Luis, que fueron camino de la cuadra, haciéndome seña de ir con ellos.

Allí se pusieron los dos a friccionarme con tanta viveza, que acabé por sudar. Durante ese tiempo, Enriqueta y Juana me peinaban la una, las crines, y la otra, la cola. Cuando acabaron, yo estaba resplandeciente de limpio y comí con un apetito extraordinario la medida de avena que Santiago y Luis me presentaron.

JUANA.-Me parece que Cadichón tiene demasiada avena.

ENRIQUETA.- Es para recompensarle, Juanita.

JUANA.- Es que yo querría coger un poco.

ENRIQUETA.- ¿Para qué?

JUANA.- Para darles un poco a mis conejitos, que no tienen nunca y que les gusta tanto.

ENRIQUETA.- Si Santiago y Luis te ven coger de la avena de Cadichón, se enfadarán.

JUANA.- No me verán. Esperaré a que no miren.

ENRIQUETA.- Entonces serás una ladrona, porque le robarás la avena al pobre Cadichón, que no puede quejarse porque no puede hablar.

JUANA.- (Tristemente.) Es verdad. Y, sin embargo, mis pobres conejitos estarían tan contentos de tener un poco de avena…

Y Juanita se sentó cerca de mi pesebre, viéndome comer.

ENRIQUETA.- ¿Por qué te quedas ahí, Juanita? Ven conmigo a saber noticias de Augusto.

JAUNA.- No. Espero a que Cadichón acabe de comer, porque si se deja algo de avena, podré cogerla, sin robar, para llevársela a los conejos.

Enriqueta insistió, pero Juana rehusó y se quedó conmigo. Enriqueta se fue con sus primas y sus primos.

Yo comía lentamente; quería ver si Juana, una vez sola, sucumbiría a la tentación de obsequiar a sus conejos a expensas mías. La niña miraba de cuando en cuando mi pesebre.

- ¡Cuánto come! –decía-. No acaba nunca… No debe de tener ya hambre, y está ahí come que te come… La avena disminuye; con tal que no se la zampe toda… Con que dejase un poco, yo estaría tan contenta…

Yo me hubiera comido todo lo que tenía delante, pero la pobre pequeña me dio lástima; no tocaba nada, a pesar de su deseo. Hice, pues, como que ya tenía suficiente, y abandoné el pesebre, dejando la mitad de la avena; Juana dio un grito de alegría y, empinándose, cogió la avena a puñados, que echó en su delantal de seda negra.

- ¡Qué bueno eres, Cadichón guapo! No he visto en mi vida un burro mejor que tú… ¡No eres nada glotonazo!... Y todo el mundo te quiere por lo bonísimo que eres… ¡Qué contentos van a estar los conejitos! Ya les diré que eres tú el que les regala la avena.

Y Juana, que había acabado de echarla toda en su delantal, salió corriendo.

La vi llegar a la casita de los conejos y contarles lo bueno que era yo, que no era comilón y que ellos debían hacer como yo, y dejar, a su vez, un poquito de avena para los pajaritos.

- Ya volveré –les dijo-, y veré si habéis sido tan buenos como Cadichón…

Cerró en seguida la puerta y corrió a reunirse con Enriqueta.

Yo la seguí para saber cómo le iba a Augusto, y, al acercarme al castillo, vi con alegría que estaba ya sentado en el césped con sus amigos.

Al verme, se levantó, vino hacia mí, y dijo, acariciándome:

- He aquí mi salvador; sin él, estaba muerto; he perdido el sentido en el momento en que Cadichón, cogiendo la red, empezaba a sacarme, pero vi muy bien cómo se lanzó al agua para salvarme. No lo olvidaré nunca y no pasaré ninguna vez por aquí sin saludar a Cadichón.

LA ABUELITA.- Eso está bien, Augusto. Cuando se tiene corazón, se tiene gratitud hacia un animal como hacia un hombre. Yo me acordaré siempre de los buenos servicios de Cadichón, y suceda lo que suceda, estoy decidida a no desprenderme nunca de él.

CAMILA.- Pero, Abuelita, hace algunos meses, lo querías mandar al molino. Y allí hubiera sido muy desgraciado.

LA ABUELITA.- Es cierto que tuve ese pensamiento, después de la jugarreta que le hizo a Augusto y a causa de una porción de picardías de que se quejaban todos en la casa. Pero estaba resuelta a conservarlo en recompensa de sus antiguos servicios. Ahora, no sólo se quedará con nosotros, sino que cuidaré de que sea muy dichoso.

SANTIAGO.- (Saltando al cuello de su abuelita.) ¡Oh, gracias, abuelita, gracias! Seré yo quien cuide a mi querido Cadichón; yo le querré y él me querrá más que a nadie.

LA ABUELITA.- ¿Por qué quieres que te prefiera? Eso no es justo…

SANTIAGO.- Sí, abuelita, es justo, porque yo le quiero más que mis primos y mis primas, porque cuando fue malo, yo todavía le quería un poco… y hasta un mucho. (Añadió riendo.) ¿No es verdad, Cadichón?

Yo fui y puse la cabeza sobre su hombro. Todo el mundo se echó a reír y Santiago continuó:

- ¿Verdad, primitos, que consentís en que Cadichón me quiere más a mi?

-Sí, si –contestaron todos con mucha risa.

SANTIAGO.- Y ya ves, abuelita, que, además fui yo quien traje a Cadichón, de modo que es justo que me quiera más que a nadie.

LA ABUELITA.- (Sonriendo.) Me parece de perlas, querido mío; pero cuando no estés aquí, ya no podrás cuidarlo.

SANTIAGO.- (Con viveza). Pues yo estaré siempre aquí, abuelita.

LA ABUELITA.- No, hijo mío, no estarás siempre, puesto que tu papá y tu mamá te llevarán cuando se vayan.

Santiago se quedó triste y pensativo; permanecía con el brazo apoyado en mi lomo y la cabeza apoyada en su mano.

De pronto su cara se iluminó y dijo:

- Abuelita, ¿quieres darme a Cadichón?

LA ABUELITA.- Te daré todo lo que tú quieras, querido niño, pero no podrás llevártelo a París.

SANTIAGO.- No, es verdad; pero será mío y cuando papá tenga un castillo, llevaremos allí a Cadichón.

LA ABUELITA.- Te lo regalo con esa condición, hijo mío. Entre tanto, se quedará aquí y vivirá probablemente más que yo. No olvides entonces que Cadichón es tuyo, y que te dejo el cuidado de que le hagas vivir feliz.



CONCLUSIÓN

Desde aquel día mi buen amito Santiago pareció quererme más aún. Yo por mi parte, hice todo lo posible por hacerme útil y agradable, no sólo a él, sino a todas las personas de la casa.

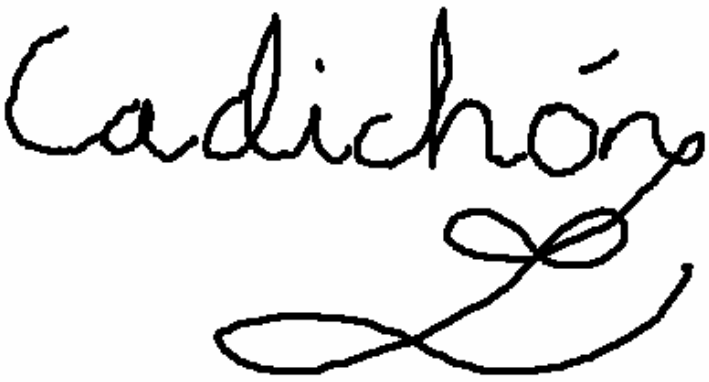
No tuve que arrepentirme de los esfuerzos que había hecho para corregirme, porque todo el mundo se aficionó a mí más y más.

Yo continué velando sobre los niños, guardándolos de diversos accidentes, protegiéndolos contra los hombres y los animales malos.

Augusto nos visitaba con frecuencia; nunca olvidaba acercarse a mi, como lo había prometido, y me traía una golosina: ya una manzana, ya una pera, ya pan y sal, que me gustaba mucho, ya un puñado de lechugas o algunas zanahorias; nunca, en fin, olvidaba darme aquello que sabía que me apetecía. Lo cual prueba cuánto me había equivocado sobre la bondad de su corazón, que yo juzgaba malo porque el pobre chico había sido alguna vez tonto y vanidoso.

Lo que me dio la idea de escribir mis *Memorias* fue una serie de conversaciones entre Enrique y sus primos y primas. Enrique sostenía siempre que yo no comprendía lo que hacía ni por qué lo hacía. Sus primas y Santiago, sobre todo, tomaban el partido de mi inteligencia y de mi voluntad de obrar bien. Aproveché un invierno que fue muy rudo, que no me permitía estar fuera, para componer y escribir algunos sucesos importantes de mi vida. Quizá os distraerán, jóvenes amigos, y, en todo caso, os harán comprender que, si queréis estar bien servidos, hay que tratar bien a nuestros servidores; que los que creéis más bestias, no lo son tanto como parecen; que un burro tiene, como cualquiera un corazón para amar a sus dueños y para sufrir sus malos tratos, una voluntad para vengarse o para demostrar su cariño; que puede, gracias a sus amos, ser feliz o desgraciado, ser un amigo o un enemigo, aunque no sea más que un pobre burro.

Vivo feliz, amado por todos, cuidado como un amigo por mi amito Santiago; empiezo a ser viejo, pero los asnos viven mucho tiempo, y en tanto que yo pueda andar y sostenerme, emplearé mis fuerzas y mi inteligencia en el servicio de mis dueños.







Apéndice.





Shophie Rostopchin. Condesa de Segur (San Petersburgo 1799 - París 1874). Escritora francesa de origen ruso, que debe su fama a sus libros de literatura infantil. Hija del conde Rostopchín, gobernador de Moscú y primer ministro del zar Pablo I La familia marchó a Francia en 1817, al caer en desgracia ante el zar Alejandro I, hijo del anterior. En París, dos años más tarde, se casaría con el conde Eugène de Segur.

Descuidada por su marido, pasa gran parte de su vida retirada en sus posesiones de Nouettes (Orne) que debía de inspirarla a menudo para decorado de sus relatos. Lugar donde se dedicaría a escribir para sus nietas Madeleine y Camille de Malavet, que habían quedado a cargo suyo pues su padre se trasladó a Londres al ser nombrado secretario de la embajada, historias de corte moralista sobre los peligros que encuentran los niños en su vida cotidiana, es decir, cuentos de iniciación para la infancia. Se forma así una obra, esencialmente compuesta a base de diálogos en tono de alerta, que constituyen una serie de relatos y cuentos que impactan mucho en los niños.

Su primer libro publicado, “Nuevos cuentos de hadas” (1856), ilustrado por Gustave Doré, tuvo tanto éxito, que la hizo dedicarse a una producción constante en colaboración con la Bibliothèque Rose del editor Hachette. A esta primera obra seguiría luego la trilogía que constituyen "Las vacaciones" (1858), "Las desgracias de Sofía" (1864) y "Las niñas modelos" (1865). Obras conocidas suyas son también “Memorias de un burro” (1860), “François, el jorobado” (1864), “Juan que llora y Juan que ríe” (1865), “Un diablillo” (1865), “El general Dourakine” (1866), “El mesón del ángel custodio” (1866) y “Después de la lluvia el buen tiempo” (1871).



Aa Bb Cc Dd Ee Ff Gg Hh Ii Jj Kk Ll Mm Nn Oo Pp Qq Rr Ss Tt Uu Vv Ww Xx Yy Zz

INDICE

Memorias de un burro ……..Página 1
I. El mercado ……. 2
II. La persecución ……. 6
III. Los nuevos dueños …… 8
IV. El puente ……. 11
V. El cementerio ……. 15
VI. El escondite ……. 18
VII. El medallón ……. 22
VIII. El incendio ……. 25
IX. Carrera de burros …… 28
X. Los buenos amos …… 33
XI. Cadichón, enfermo …… 37
XII. Los ladrones …… 39
XIII. Los subterráneos …… 43
XIV. Teresa …… 47
XV. La caza …… 54
XVI. Medor …… 60
XVII. Los chicos de la escuela …….. 65
XVIII. El bautizo ……... 68
XIX. El burro sabio ……... 72
XX. La rana …… 79
XXI. El poney…… 82
XXII. El castigo …… 89
XXIII. La conversión ……... 94
XXIV. Los ladrones …….. 103
XXV. La reparación ……..… 113
XXVI. La barca …….. . 120
Conclusión …… 129
Apéndice …… 131

Este libro ha sido mecanizado por José Méndez

